

SOBRE LA MENTE Y EL PENSAMIENTO

Krishnamurti

La inteligencia no es la ingeniosa búsqueda de argumentos, de contradicciones y opiniones antagónicas —como si la verdad pudiera encontrarse por medio de opiniones, lo cual es imposible—, sino que consiste en comprender que la acción del pensamiento, con todas sus capacidades y sutilezas, con su extraordinaria e incesante actividad, no es inteligencia.

*Brockwood Park,
4 de setiembre de 1982*

PRÓLOGO

Jiddu Krishnamurti nació en la India en 1895 y a la edad de trece años le tomó bajo su protección la Sociedad Teosófica; los directores de la misma consideraron que él era el vehículo para el «instructor del mundo» cuyo advenimiento habían estado proclamando. Krishnamurti habría de emerger pronto como un maestro poderoso, inflexible e inclasificable; sus charlas y escritos no tenían conexión con ninguna religión específica y no pertenecían a Oriente ni a Occidente, sino que eran para todo el mundo. Repudiando firmemente la imagen mesiánica, en 1929 disolvió de manera dramática la vasta y acaudalada organización que se había constituido en torno a él y declaró que la verdad era «una tierra sin senderos» a la cual resultaba imposible aproximarse mediante ninguna religión, filosofía o secta convencional.

Por el resto de su vida rechazó insistentemente la condición de gurú que otros trataron de imponerle. Continuó atrayendo grandes auditorios en todo el mundo, pero negando toda autoridad, no queriendo discípulos y hablando siempre como un individuo habla a otro. En el núcleo de su enseñanza estaba la comprensión de que los cambios fundamentales de la sociedad podían tener lugar sólo con la transformación de la conciencia individual. Se acentuaba constantemente la necesidad del conocimiento propio, así como la inteligente captación de las influencias restrictivas y separativas originadas en los condicionamientos religiosos y nacionalistas.

Krishnamurti señalaba siempre la urgente necesidad de una apertura para ese «vasto espacio del cerebro que contiene en sí una energía inimaginable». Ésta parece haber sido la fuente de su propia creatividad y la clave para el impacto catalizador que ejerció sobre tan amplia variedad de personas.

Krishnamurti continuó hablando por todo el mundo hasta su muerte, a los noventa años. Sus charlas y diálogos, sus diarios y sus cartas han sido reunidos en más de sesenta volúmenes. Esta serie de libros dedicados a temas específicos se ha recopilado a partir de ese vasto cuerpo de enseñanzas. Cada libro se concentra en una cuestión que tiene particular importancia y urgencia en nuestras vidas cotidianas.

SEATTLE, 23 DE JULIO DE 1950

El pensamiento nunca es nuevo, pero la relación es nueva siempre, y el pensamiento aborda esta cosa vital, verdadera, nueva, con el trasfondo de lo viejo. O sea, el pensamiento trata de entender la relación conforme a los recuerdos, las pautas y los condicionamientos del pasado, y de aquí surge el conflicto. Antes de poder comprender la relación, debemos comprender el trasfondo del pensador, comprensión que consiste en darse cuenta, sin optar, de todo el proceso del pensamiento; es decir, debemos ser capaces de ver las cosas tal como son, sin traducirlas según nuestros recuerdos y nuestras ideas preconcebidas, que son la consecuencia del condicionamiento pasado.

De modo que el pensar es la respuesta del trasfondo, del pasado, de las experiencias acumuladas; es la respuesta de la memoria en sus diferentes niveles; individual y colectivo, personal y racial, consciente e inconsciente. Todo esto es nuestro proceso del pensar. Por lo tanto, nuestro pensar jamás puede ser nuevo. No puede haber una idea «nueva», dado que el pensar jamás puede renovarse; nunca puede ser fresco, original, porque es la respuesta del trasfondo, o sea, de nuestro condicionamiento, de nuestras tradiciones y experiencias, de nuestras acumulaciones personales y colectivas.

Por consiguiente, cuando acudimos al pensamiento como un medio de descubrir lo nuevo, comprobamos su absoluta inutilidad. El pensamiento sólo puede descubrir sus propias proyecciones, jamás puede descubrir nada nuevo; sólo puede reconocer aquello que ha experimentado, no aquello que nunca ha experimentado antes.

Esto no es algo metafísico, complicado o abstracto. Si lo miran un poquito más atentamente, verán que mientras el «yo» (la entidad compuesta por todos estos recuerdos) esté experimentando, jamás podrá haber descubrimiento de lo nuevo. El pensamiento, que es el «yo», jamás puede experimentar a Dios, porque Dios o la realidad es lo desconocido, lo inimaginable, lo que no puede formularse ni etiquetarse ni verbalizarse. La palabra *Dios* no es Dios. El pensamiento nunca puede, pues, experimentar lo nuevo, lo incognoscible; sólo puede experimentar lo conocido y funcionar dentro del campo de lo conocido, no puede ir más allá. Tan pronto el pensamiento se ocupa de lo desconocido, la mente se agita buscando siempre introducir lo desconocido dentro de lo conocido. Pero es imposible traer lo desconocido dentro de lo conocido; de aquí el conflicto entre lo conocido y lo desconocido.

LONDRES, 7 DE ABRIL DE 1952

¿Qué es el pensar? Cuando decimos «yo pienso», ¿qué entendemos por eso? ¿Cuándo somos conscientes de este proceso del pensar? Por cierto, nos damos cuenta de él cuando hay un problema, cuando estamos ante un reto, cuando nos formulan una pregunta, cuando existe una fricción interna. Se nos revela como un proceso autoconsciente. Por favor, no me escuchen como a un conferenciante que expone un tema; ustedes y yo estamos examinando las modalidades de nuestro propio pensamiento, al cual usamos como un instrumento en la vida cotidiana. Espero, pues, que estén observando su propio pensar; no se limiten a escucharme, porque eso es inútil sin lo otro. No llegaremos a ninguna parte si tan sólo me escuchan y no observan su propio proceso del pensar, si no se dan cuenta de su propio pensamiento, advirtiendo la manera como surge, como nace. Eso es lo que estamos tratando de hacer ustedes y yo: ver qué es este proceso del pensar.

Indudablemente, el pensar es una reacción. Si yo les formulo una pregunta, ustedes responden a ella, responden conforme a su memoria, a sus prejuicios, a su educación, al clima a todo el trasfondo constituido por el condicionamiento de cada uno; conforme a eso responden, conforme a eso piensan. Si uno es cristiano, comunista, hindú o lo que fuere, ese trasfondo es el que responde; y es este condicionamiento el que, obviamente, crea el problema. El centro de ese trasfondo es el «yo» en el proceso de la acción. Mientras no comprenda-

mos ese trasfondo, mientras no comprendamos el proceso de pensamiento que da origen al problema y le pongamos fin, el conflicto será inevitable, tanto interna como externamente, en nuestros pensamientos, en nuestras emociones y acciones. Ninguna clase de solución, por ingeniosa, por bien ideada que sea, podrá terminar jamás con el conflicto entre los seres humanos, entre ustedes y yo. Comprendido esto, dándonos cuenta de cómo surge el pensamiento, de qué fuente brota, nos preguntamos: «¿Puede alguna vez terminar el pensamiento?».

Éste es uno de los problemas, ¿verdad? ¿Puede el pensamiento resolver nuestros problemas? Pensando sobre el problema, ¿lo hemos resuelto? Cualquier clase de problema, económico, social, religioso, ¿ha sido alguna vez verdaderamente resuelto por el pensar? En nuestra vida cotidiana, cuanto más pensamos acerca de un problema, tanto más complejo, insoluble e incierto se vuelve. ¿Acaso no es así en nuestra vida real de todos los días? Ustedes, considerando cuidadosamente ciertos aspectos del problema, podrán ver con mayor claridad el punto de vista de otra persona, pero el pensamiento no puede ver el problema en su integridad y plenitud, sólo puede verlo parcialmente; y una respuesta parcial no es una respuesta completa. Por lo tanto, no es una solución.

Cuanto más pensamos en un problema, cuanto más lo investigamos, analizamos y discutimos, tanto más complejo se vuelve. ¿Podemos, pues, mirar el problema de un modo abarcador, total? ¿Cómo es esto posible? Ésa es, a mi parecer, nuestra mayor dificultad. Porque nuestros problemas se están multiplicando: hay peligro inminente de guerra, hay todo tipo de trastorno en nuestras relaciones. ¿Cómo podemos comprender todo eso de una manera extensa, completa? Obviamente, ello podrá ser resuelto sólo cuando seamos capaces de considerarlo globalmente, no en compartimientos, no dividido. ¿Y cuándo es eso posible? Por cierto, es posible únicamente cuando el proceso del pensar —que tiene su fuen-

te en el «yo», en el trasfondo de la tradición, del condicionamiento, del prejuicio, de la esperanza, de la desesperación— ha llegado a su fin. ¿Podemos, pues, comprender este «yo» no analizándolo, sino viendo la cosa tal como es, percibiéndola como un hecho y no como una teoría? No se trata de disolver el «yo» a fin de obtener un resultado, sino de ver el funcionamiento de este «yo» que se halla constantemente activo. ¿Podemos observarlo sin ningún movimiento que intente destruirlo o fortalecerlo? Ése es el problema, ¿verdad? Si dentro de cada uno de nosotros no existiera el centro del «yo» con su deseo de poder, posición, autoridad, continuación y conservación propia, ¡seguramente se terminarían todos nuestros problemas!

El «yo» es un problema que el pensamiento no puede resolver. Tiene que haber un estado de percepción alerta que no pertenece al pensamiento. Estar alerta, sin condena ni justificación alguna, a las actividades del «yo», tan sólo estar alerta, es suficiente. Porque si uno está alerta con el objeto de descubrir cómo resolver el problema, cómo transformarlo, cómo producir un resultado, entonces eso sigue estando dentro del campo egocéntrico, el campo del «yo». Mientras estemos buscando un resultado, ya sea mediante el análisis, mediante la percepción alerta o por medio del constante examen de cada pensamiento, seguimos permaneciendo en el campo del pensar, o sea, en el campo del «yo», del ego.

RAJGHAT, 23 DE ENERO DE 1955

Interlocutor: Cuando usted ofrece sus pláticas, las ideas nacen de su pensar. Como sostiene que todo pensar se halla condicionado, ¿no están también condicionadas sus ideas?

Krishnamurti: Obviamente, el pensar está condicionado. El pensar es la respuesta de la memoria, y la memoria es el resultado del conocimiento y la experiencia precedentes, o sea, del condicionamiento. Por lo tanto, todo el pensar se halla condicionado. Y el interlocutor pregunta: «Puesto que todo pensar se halla condicionado, ¿no está también condicionado lo que usted dice?». Es una pregunta realmente muy interesante, ¿verdad?

Para pronunciar ciertas palabras, tiene que haber memoria, obviamente. A fin de comunicarnos, usted y yo debemos conocer el hindi, el inglés o algún otro idioma. El conocimiento de un idioma es memoria. Ése es un aspecto. Ahora bien, la mente de quien les habla, yo mismo, ¿estoy usando palabras sólo para comunicar algo, o la mente se halla en un movimiento de recordar? ¿Existe el recuerdo, no sólo de las palabras, sin también de algún otro proceso, y la mente usa las palabras para comunicar este proceso? Es en verdad un problema muy interesante si uno prosigue investigándolo a fondo.

Vea, el disertante tiene su acopio de información, de conocimientos, y lo distribuye; o sea, recuerda. Ha acumulado,

leído, recogido cosas; ha formado ciertas opiniones conforme a su condicionamiento, a sus prejuicios, y entonces utiliza el lenguaje para comunicarse. Todos conocemos este proceso tan común. Ahora bien, ¿es eso lo que ocurre aquí? Es lo que el interlocutor desea saber. Él dice, en efecto: «Si usted se limita a recordar sus experiencias, sus estados internos, y comunica esos recuerdos, entonces lo que dice está condicionado», lo cual es cierto.

Por favor, esto es muy interesante porque revela el proceso de la mente. Si observan su propia mente, verán de qué estoy hablando. La mente es el residuo de la memoria, de la experiencia, del conocimiento, y desde ese residuo, habla; existe el trasfondo, y desde ese trasfondo se comunica. El interlocutor desea saber si quien les habla tiene ese trasfondo y, por consiguiente, tan sólo repite, o si habla sin el recuerdo de la experiencia anterior y, debido a eso, experimenta a medida que habla. Vean, ustedes no están observando su propia mente. Es una cuestión delicada investigar el proceso del pensamiento; es como observar algo vivo bajo el microscopio. Si no observan la propia mente, son como un observador externo observando a algunos jugadores en un campo de deportes. Pero si todos estamos observando nuestras propias mentes, ello tendrá, entonces, una significación tremenda.

Si la mente comunica mediante palabras una experiencia que recuerda, entonces es obvio que tal experiencia está condicionada; no es algo viviente, en movimiento. Como en un recuerdo, pertenece al pasado. Todo conocimiento es del pasado, ¿no es así? El conocimiento nunca puede ser del ahora, siempre es un retroceso hacia el pasado. Ahora bien, el interlocutor quiere saber si quien les habla está simplemente extrayendo y distribuyendo desde el pozo del conocimiento. Si eso es lo que hace, entonces lo que comunica está condicionado, porque todo conocimiento pertenece al pasado. El conocimiento es estático; uno puede seguir añadiéndole más conocimientos, pero es una cosa muerta.

Entonces, en vez de comunicar el pasado, ¿es posible comunicar experimentando, viviendo? Por cierto, es posible hallarse en un estado de experiencia directa sin una reacción condicionada hacia lo que se experimenta, y usar palabras para comunicar no el pasado, sino la cosa viva que uno está experimentando directamente.

Cuando usted le dice a alguien: «Te amo», ¿está comunicando una experiencia recordada? Ha usado las habituales palabras «te amo», pero lo que comunica, ¿es algo que ha recordado, o es algo real que comunica instantáneamente? O sea, de hecho, ¿puede la mente dejar de ser el mecanismo de acumulación, de almacenamiento y, por ende, dejar de repetir lo que ha aprendido?

I: Me aterra la muerte. ¿Puedo dejar de temer a la inevitable aniquilación?

K: ¿Por qué da por sentado que la muerte es aniquilación o que es continuidad? Una u otra de las conclusiones son la consecuencia de un deseo condicionado, ¿no es así? Un hombre que se siente desdichado, infeliz, frustrado, dirá: «Gracias a Dios, pronto se terminará todo, no tendré que preocuparme nunca más». Él abriga la esperanza de la aniquilación total. Pero aquél que dice: «No he terminado con todo, deseo más», anhelará la continuidad.

Ahora bien, ¿por qué la mente supone esto o lo otro en relación con la muerte? Enseguida investigaremos la cuestión de por qué la mente teme a la muerte, pero primero liberemos a la mente de cualquier conclusión acerca de la muerte, porque está claro que sólo entonces podremos comprender qué es la muerte. Si creen en la reencarnación, que es una esperanza, una forma de continuidad, jamás comprenderán qué es la muerte, no más de lo que la comprendería un materialista, un comunista, o alguien que creyera en la aniquilación total. Para comprender qué es la muerte, la mente debe estar libre

tanto de la creencia en la continuidad como de la creencia en la aniquilación. Ésta no es una respuesta con trampa. Si uno quiere comprender algo, no debe abordarlo habiendo ya preparado su mente. Si quiere saber qué es Dios, no debe tener una creencia acerca de Dios, debe desechar todo eso y mirar. Si queremos saber qué es la muerte, nuestra mente debe estar libre de todas las conclusiones a favor o en contra. ¿Puede, entonces, su mente estar libre de conclusiones? Y si la mente está libre de conclusiones, ¿hay miedo? Indudablemente, son las conclusiones las que nos hacen temer a la muerte, por eso se inventan las filosofías.

Me gustaría tener unas cuantas vidas más para terminar mi obra, para llegar a ser perfecto; por lo tanto, encuentro esperanza en la filosofía de la reencarnación y digo: «Sí, renaceré, tendré otra oportunidad», etc. Así, en mi deseo de continuidad invento una filosofía o acepto una creencia que se convierte en el sistema que mantiene cautiva a la mente. Y si no deseo continuar porque la vida es para mí demasiado dolorosa, acudo a una filosofía que me asegure la aniquilación. Éste es un hecho simple y obvio.

Ahora bien, si la mente está libre de ambas conclusiones, ¿cuál es, entonces el estado de la mente con respecto al hecho que llamamos muerte? Si la mente no tiene conclusiones, ¿existe la muerte? Sabemos que la maquinaria se desgasta por el uso. El organismo de X puede durar cien años, pero se agota. Eso no es lo que nos preocupa. Pero internamente, psicológicamente, queremos que el «yo» continúe; y el «yo» está compuesto de conclusiones, ¿no es así? La mente tiene una serie de esperanzas, determinaciones, conclusiones, deseos: «He llegado», «quiero continuar escribiendo», «deseo encontrar la felicidad»... y anhela que estas conclusiones continúen; por eso teme que puedan terminar. Pero si la mente no tiene conclusiones, si no dice: «Soy alguien», «quiero que continúen mi nombre y mi propiedad», «quiero realizarme a través de mi hijo», etc., que son todos deseos, conclu-

siones, entonces ¿acaso la mente misma no está muriendo constantemente? Y para una mente así, ¿existe la muerte?

No aprueben lo que se dice. Esto no es una cuestión de estar de acuerdo ni es mera lógica. Es una experiencia real. Cuando muere la esposa de uno, o el esposo, o la hermana, o cuando uno pierde su propiedad, pronto descubrirá que se está aferrando a lo conocido. Pero cuando la mente está libre de lo conocido, ¿no es la mente misma lo desconocido? Después de todo, lo que tememos es abandonar lo conocido, siendo lo conocido nuestras conclusiones, las cosas que hemos juzgado, comparado, acumulado. Conozco a mi esposa, a mi familia, mi casa, mi nombre. He cultivado ciertos pensamientos, ciertas experiencias, ciertas virtudes, y tengo miedo de abandonar todo eso. Por lo tanto, mientras la mente se aferre a alguna forma de conclusión, mientras esté atrapada en un sistema, un concepto, una fórmula, jamás podrá conocer lo verdadero. Una mente que alimenta creencias es una mente condicionada, y tanto si cree en la continuidad como en la aniquilación, jamás podrá descubrir qué es la muerte. Sólo ahora, mientras estamos vivos, no cuando estemos inconscientes, muriendo, podemos descubrir la verdad acerca de esa cosa extraordinaria llamada muerte.

RAJGHAT, 6 DE FEBRERO DE 1955

Es muy importante comprender todo el proceso de nuestro pensar, y la comprensión de ese proceso no llega por medio del aislamiento. No hay tal cosa como el vivir en aislamiento. La comprensión del proceso de nuestro pensar llega cuando nos observamos en la relación diaria, cuando observamos nuestras actitudes, nuestras creencias, la manera como hablamos, como miramos a la gente, como tratamos a nuestras esposas, a nuestros maridos, a nuestros hijos. La relación es el espejo donde se revelan las modalidades de nuestro pensar. La verdad se encuentra en los hechos de la relación, no lejos de la relación. Obviamente, no hay tal cosa como vivir en aislamiento. Podemos cortar prudentemente con diversas formas de relación física, pero la mente sigue estando relacionada. La existencia misma de la mente implica relación, y el conocimiento propio radica en ver los hechos de la relación tal como son, sin inventar, condenar ni justificar. En la relación, la mente hace ciertas evaluaciones, juzga, compara; reacciona al reto conforme a ciertos tipos de recuerdos, y a esta reacción la llamamos pensar. Si la mente puede permanecer simplemente atenta a todo este proceso, ustedes encontrarán que el pensamiento se detiene. Entonces la mente está muy quieta, muy silenciosa, sin incentivos, sin moverse en dirección alguna; y en esa quietud, en ese silencio se manifiesta la realidad.

OJAI, 21 DE AGOSTO DE 1955

Interlocutor: La función de la mente es pensar. He pasado muchos años pensando acerca de las cosas que todos conocemos: negocios, ciencia, filosofía, psicología, arte y demás, y ahora mucho acerca de Dios. Habiendo estudiado los argumentos de numerosos místicos y otros escritores religiosos, estoy convencido de que Dios existe y soy capaz de contribuir con mis pensamientos al respecto. ¿Qué hay de malo en esto? ¿Acaso el pensar acerca de Dios no ayuda a realizar a Dios?

Krishnamurti: ¿Puede usted pensar acerca de Dios? ¿Y puede estar convencido de la existencia de Dios por haber leído todas las pruebas al respecto? El ateo también tiene sus argumentos; probablemente ha estudiado tanto como usted y sostiene que no hay Dios. Usted cree que Dios existe y él cree que no existe; ambos tienen creencias, ambos pasan el tiempo pensando en Dios. Pero antes de que usted pueda pensar en algo que no conoce, debe averiguar qué es el pensar, ¿verdad? ¿Cómo puede pensar acerca de algo que no conoce? Podrá haber leído la Biblia, el Bhagavad Gita u otros libros en los que diversos eruditos han descrito hábilmente lo que Dios es, aseverando esto y refutando aquello; pero mientras no conozca usted el proceso de su propio pensar, lo que piense acerca de Dios puede ser tonto y mezquino, y por lo general lo es. Puede acopiar un montón de argumentos sobre la existencia de Dios y escribir muy ingeniosos artículos al respec-

to; pero la primera pregunta es, sin duda: ¿Cómo sabe que lo que piensa es verdadero? Y ¿puede jamás el pensar dar origen a la experiencia de lo incognoscible? Lo cual no quiere decir que uno deba aceptar emocionalmente, sentimentalmente, cualquier disparate acerca de Dios.

¿No es importante, pues, descubrir si su mente está condicionada, antes que buscar aquello que es incondicionado? Por cierto, si su mente está condicionada, como lo está, por mucho que pueda investigar sobre la realidad de Dios, sólo puede recoger conocimientos o informaciones conforme a su condicionamiento. Así que su pensar acerca de Dios es una total pérdida de tiempo, una especulación carente de valor. Es como si yo, sentado en este bosquecillo, ansiara estar en la cima de aquella montaña. Si de verdad quiero averiguar qué hay en la cima de la montaña y más lejos, debo ir hacia allá. De nada sirve que esté sentado aquí especulando, construyendo templos, iglesias y excitándome acerca de todo eso. Lo que tengo que hacer es levantarme, luchar, impulsarme a ir allá y descubrir; pero como muy pocos estamos dispuestos a hacer eso, nos contentamos con sentarnos aquí y especular acerca de algo que no conocemos. Y yo digo que una especulación semejante es un obstáculo, un deterioro de la mente que no tiene ningún valor; sólo trae más confusión y más dolor al hombre.

Así, pues, Dios es algo de lo que no puede hablarse, algo que no puede ser descrito, que no puede ser puesto en palabras, porque debe permanecer siendo siempre lo desconocido. Apenas tiene lugar el proceso de reconocimiento, estamos volviendo al campo de la memoria. Digamos, por ejemplo, que uno tiene una experiencia momentánea de algo extraordinario. En ese preciso instante no hay un pensador que diga: «Debo recordar esto»; sólo existe el estado de experimentar. Pero cuando ese instante pasa, interviene el proceso de reconocimiento. La mente dice: «He tenido una experiencia maravillosa y desearía poder experimentar más de lo mismo»; así

comienza la lucha por el «más». El instinto adquisitivo, la persecución posesiva del «más» surge por diversas razones: porque nos proporciona placer, prestigio, conocimiento, porque nos convierte en una autoridad y todas estas tonterías.

La mente persigue aquello que ya ha experimentado; pero lo que ha experimentado pasó, ha desaparecido, está muerto, y para descubrir *lo que es*, la mente debe morir para aquello que ha experimentado. Eso no es algo que pueda cultivarse día tras día, que pueda recogerse, acumularse, conservarse, para después hablar y escribir al respecto. Todo lo que podemos hacer es ver que la mente está condicionada y, mediante el conocimiento propio, comprender el proceso de nuestro propio pensar. Debo conocerme a mí mismo, no como imagino que me gustaría ser, sino como soy de hecho, por feo, celoso, envidioso o codicioso que sea. Pero es muy difícil ver lo que uno es y no desear cambiarlo; ese deseo mismo de cambiar es otra forma de condicionamiento. Y así proseguimos, yendo de condicionamiento en condicionamiento, sin experimentar jamás algo más allá de lo limitado.

I: Yo le he escuchado a usted por muchos años y me he vuelto bastante hábil en observar mis propios pensamientos y darme cuenta de todo lo que hago. Pero jamás he tocado las aguas profundas ni he experimentado la transformación de que usted habla. ¿Por qué?

K: Creo que es bastante evidente por qué ninguno de nosotros experimenta algo más allá del mero observar. Puede haber raros momentos de un estado emocional en el que vemos, por decirlo así, la claridad del cielo entre las nubes, pero no me refiero a nada de ese tipo. Todas esas experiencias son transitorias y significan muy poco. El interlocutor quiere saber por qué, después de todos estos años, no ha descubierto las aguas profundas. ¿Por qué debería descubrirlas? ¿Comprende? Piensa que observando sus propios pensamientos va

a obtener una recompensa, o sea, que si hace *esto*, obtendrá *aquello*. En realidad no observa en absoluto, porque su mente se interesa en ganar una recompensa. Piensa que observando, estando atento, amará más, sufrirá menos, será menos irritable, logrará algo superior a esto; de modo que su observación es un proceso de compra. Con esta *moneda* está comprando *eso*, lo cual implica que su observar es un proceso de elección; por lo tanto, eso no es observar, no es atención. Observar es mirar sin elegir, vernos tal como somos, sin ningún movimiento del deseo por cambiar, lo cual resulta una tarea extremadamente ardua; pero eso no significa que uno vaya a permanecer en su actual estado. Usted no sabe qué ocurrirá si se ve a sí mismo tal como es, sin tratar de producir un cambio en lo que ve.

Voy a tomar un ejemplo y a desarrollarlo, y usted entenderá. Digamos que soy violento, como lo es la mayoría de la gente. Toda nuestra cultura es violenta, pero no examinaré ahora la anatomía de la violencia, porque ése no es el problema que estamos considerando. Soy violento y me doy cuenta de que lo soy. ¿Qué ocurre? Mi respuesta inmediata es que debo hacer algo al respecto, ¿no es así? Digo que debo transformarme en no violento. Eso es lo que nos han dicho durante siglos todos los instructores religiosos: que si uno es violento debe transformarse en no violento. Por consiguiente práctico, hago todas las cosas ideológicas. Pero ahora veo cuán absurdo es eso, puesto que la entidad que observa la violencia y desea transformarla en no violencia, sigue siendo violenta. De modo que no me intereso en la expresión de esa entidad, sino en la entidad misma.

Ahora bien, ¿qué es la entidad que dice: «No debo ser violento»? Esa entidad, ¿es diferente de la violencia que ella ha observado? ¿Son dos estados diferentes? Por cierto, la violencia y la entidad que dice: «Debo transformar la violencia en no violencia», son ambas la misma cosa. Reconocer ese hecho es poner fin a todo conflicto, ¿no es así? No existe más

el conflicto de tratar de cambiar, porque veo que el movimiento mismo de la mente para no ser violenta, es de sí el resultado de la violencia.

Así, pues, el interlocutor desea saber por qué no puede ir más allá de todas estas disputas superficiales de la mente. Es por la simple razón de que, de manera consciente o inconsciente, la mente está siempre buscando algo, y esa búsqueda misma engendra violencia, competencia, sentido de absoluta insatisfacción. Sólo cuando la mente está completamente silenciosa existe una posibilidad de alcanzar las aguas profundas de la vida.

RAJGHAT,

25 DE DICIEMBRE DE 1955

Interlocutor: La pregunta es: ¿Dónde termina el pensar y comienza la meditación?

Krishnamurti: Muy bien, señor. ¿Dónde termina el pensar? Espere un momento. Estoy investigando qué es el pensar, y digo que esta investigación misma es meditación. No es que primero termine el pensar y después empiece la meditación. Por favor, acompáñeme paso a paso. Si puedo descubrir qué es el pensar, jamás preguntaré cómo meditar, porque en el proceso mismo de descubrir qué es el pensar hay meditación. Pero esto significa que debo prestar atención completa al problema y no tan sólo concentrarme en él, lo cual es una forma de distracción.

Al tratar de descubrir qué es el pensar, debo conceder atención completa en la que no puede haber fricción ni esfuerzo, porque en tal caso hay distracción. Si estoy realmente resuelto a descubrir qué es el pensar, *ese problema mismo* genera una atención en la que no hay desviación alguna ni conflicto ni el sentimiento de que debo prestar atención.

BOMBAY, 28 DE FEBRERO DE 1965

Les ruego que escuchen esto. Háganlo mientras estoy hablando. No piensen al respecto, sino háganlo realmente ahora. O sea, estén conscientes de los árboles, de la palmera, del cielo; oigan el graznido de los cuervos, vean la luz sobre la hoja, el color del sari, los rostros; después muévase hacia lo interno. Verán que pueden observar, pueden estar atentos sin opción alguna a las cosas exteriores. Eso es muy fácil. Pero moverse en lo interno y estar atentos sin condenar, justificar ni comparar, es más difícil. Sólo estén conscientes de lo que ocurre dentro de ustedes; de sus creencias, sus temores, sus dogmas, sus esperanzas, frustraciones, ambiciones y todo lo demás. Entonces lo consciente y lo inconsciente comienzan a revelarse. Ustedes no tienen que hacer nada al respecto.

Sólo estén alerta, es todo cuanto tienen que hacer; háganlo sin condenar, sin forzar, sin tratar de cambiar aquello a lo que están alerta. Entonces verán que es como la marea que llega. Uno no puede impedir que la marea llegue; construyan un muro, hagan lo que quieran, ella vendrá con una energía tremenda. De igual modo, si están alerta sin optar, comienza a desplegarse todo el campo de la conciencia. Y, a medida que se despliega, ustedes deben seguir lo que se va revelando; esto se vuelve extraordinariamente difícil: seguir cada pensamiento, cada sentimiento, cada deseo secreto. Se vuelve difícil en el momento en que resisten, en que dicen: «Esto es

feo», «esto es bueno», «esto es malo», «conservaré esto», «no conservaré aquello».

Así es como empiezan con lo externo y se mueven hacia lo interno. Entonces encontrarán, cuando se muevan internamente, que lo interno y lo externo no son dos cosas distintas, que la percepción alerta externa no es diferente de la percepción alerta interna, que ambas son la misma cosa. Entonces verán que están viviendo en el pasado, y así jamás hay un instante de vivir verdadero; sólo lo hay cuando ni el pasado ni el futuro existen, o sea, en el instante presente. Encontrarán, pues, que siempre están viviendo en el pasado: lo que sintieron, lo inteligentes, lo buenos, lo malos que fueron... siempre en los recuerdos. Eso es memoria. Tienen que comprender, entonces, la memoria, no negarla, no reprimirla, no escapar de ella. Si un hombre ha hecho voto de celibato y se aferra a ese recuerdo, cuando se aparta del recuerdo se siente culpable; y eso sofoca su vida.

Comiencen, pues, a observarlo todo; de ese modo se volverán muy sensibles. Por lo tanto, escuchando, viendo no sólo el mundo externo, los gestos externos, sino también la mente interna que mira y, por eso, siente, cuando están alerta de ese modo, sin optar, no hay esfuerzo alguno. Es muy importante comprender esto.

DE «LA VERDADERA REVOLUCIÓN»

¿Es el sexo un producto del pensamiento? El sexo —el placer, el deleite, la compañía, la ternura que implica—, ¿es un recuerdo fortalecido por el pensar? En el acto sexual hay olvido, abandono de uno mismo, una sensación de que no existen el miedo, la ansiedad ni las dificultades de la vida. Recordando este estado de ternura y olvido de sí mismo y reclamando su repetición, uno rumia al respecto, por decirlo así, hasta la ocasión siguiente. ¿Es esto afecto, o es tan sólo la recordación de algo que ya ha pasado y que esperamos volver a capturar mediante su repetición? ¿Acaso la repetición de algo, por placentera que sea, no es un proceso destructivo?

El joven recobró repentinamente el habla:

—El sexo es un impulso biológico, como usted mismo lo ha dicho, y si esto es destructivo, ¿no es igualmente destructivo el comer, ya que también es un impulso biológico?

Si uno come cuando tiene hambre, eso es una cosa; pero si uno tiene hambre y el pensamiento dice: «Debo paladear tal o cual tipo de comida», entonces eso es pensamiento y es lo que constituye la repetición destructiva.

—En el sexo, ¿cómo sabe uno qué es un impulso biológico como el hambre, y qué es una exigencia psicológica como la codicia?—, preguntó el joven.

¿Por qué separa el impulso biológico de la exigencia psicológica? Y aún hay otra pregunta por completo diferente: ¿Por qué separa usted el sexo del acto de ver la belleza de una montaña o de una flor? ¿Por qué asigna una importancia tan tremenda a lo uno y descuida totalmente lo otro?

—Si el sexo es algo por completo diferente del amor, como usted parece indicar, ¿hay, entonces, necesidad alguna de hacer algo con respecto al sexo?—, preguntó el joven.

Jamás hemos dicho que el amor y el sexo sean dos cosas separadas. Hemos dicho que el amor es total, que no puede ser fragmentado, y el pensamiento, por su misma naturaleza, es fragmentario. Cuando el pensamiento domina, es obvio que no hay amor. Por lo general, el hombre conoce —quizá sólo eso conoce— el sexo del pensamiento, el cual consiste en rumiar el placer y su repetición. Por lo tanto, tenemos que preguntarnos: ¿Existe alguna otra clase de sexo que no pertenezca al pensamiento o al deseo?

El *sanyasi* había escuchado todo esto con tranquila atención. Ahora habló: —He resistido al sexo, he hecho voto de castidad, porque, debido a la tradición, a la razón, he visto que uno debe tener energía para consagrarse a la vida religiosa. Pero ahora veo que esta resistencia ha consumido una gran cantidad de energía. He gastado más tiempo y energía en resistir que los que jamás haya gastado en el sexo mismo. Por eso comprendo ahora lo que usted ha dicho: que un conflicto, de cualquier clase que sea, es un derroche de energía. El conflicto y la lucha embotan más que ver el rostro de una mujer, o tal vez más aún que el sexo mismo.

¿Hay amor sin deseo, sin placer? ¿Hay sexo sin deseo, sin placer? ¿Hay amor que sea total sin que intervenga en él pensamiento alguno? ¿Es el sexo algo del pasado o es algo nuevo cada vez? El pensamiento es, obviamente, viejo, así que estamos contrastando siempre lo viejo y lo nuevo. Formulamos preguntas desde lo viejo y queremos una respuesta en términos de lo viejo. Por lo tanto, cuando preguntamos si hay

sexo sin que opere y trabaje todo el mecanismo del pensamiento, ¿no significa eso que no nos hemos salido de lo viejo? Estamos tan condicionados por lo viejo, que no tentamos el camino en lo nuevo. Dijimos que el amor es total y siempre nuevo; nuevo no como opuesto a lo viejo, porque eso es otra vez lo viejo. Cualquiera afirmación de que hay sexo sin deseo carece por completo de valor, pero si usted ha entendido todo el significado del pensamiento, entonces tal vez dará con lo otro: Si, no obstante, exige placer a cualquier precio, entonces no existirá el amor.

El joven dijo:

—Ese impulso biológico del que usted habló es, precisamente, una exigencia así, porque aunque pueda ser diferente del pensamiento, engendra pensamientos.

—Quizá yo pueda responder a mi joven amigo, —dijo el *sanyasi*—, porque he pasado por todo esto. Me he ejercitado durante años para no mirar a una mujer. He controlado despiadadamente la exigencia biológica. El impulso biológico no engendra pensamientos; el pensamiento lo captura, lo utiliza, genera imágenes, representaciones mentales a causa de este impulso, y entonces el impulso es un esclavo del pensamiento. Es el pensamiento el que da origen al impulso durante la mayor parte del tiempo. Como dije, estoy empezando a ver la naturaleza extraordinaria de nuestro propio engaño y de nuestra falta de sinceridad. Existe en nosotros muchísima hipocresía. Jamás podemos ver las cosas tal como son, sino que tenemos que crear ilusiones acerca de ellas. Lo que usted nos está diciendo, señor, es que lo miremos todo con ojos claros, sin la memoria del ayer; ha repetido esto muy a menudo en sus pláticas. Entonces la vida no se convierte en un problema. Precisamente en mi vejez estoy empezando a darme cuenta de esto.

El joven no parecía del todo satisfecho. Quería que la vida fuera de acuerdo con *sus* términos, *con* la fórmula que *él* había elaborado cuidadosamente.

Por esto es muy importante conocerse a sí mismo, no según alguna fórmula o algún gurú. Esta constante percepción alerta en la que no existe opción alguna, termina con todas las ilusiones y toda la hipocresía.

Ahora el agua caía a torrentes y el aire estaba muy quieto; sólo se oía el sonido de la lluvia sobre el tejado y sobre las hojas.

SAANEN, 23 DE JULIO DE 1970

También tenemos que descubrir cuál es la función, el significado, la sustancia, la estructura del pensamiento, porque quizá sea el pensamiento el que divide, y al buscar una respuesta por medio del pensamiento, del raciocinio, obviamente debemos separar cada problema tratando de hallar una respuesta exclusiva para dicho problema. ¿Por qué tenemos siempre la propensión a resolver nuestros problemas separadamente, como si no estuvieran relacionados entre sí? Algunas personas quieren una revolución física para trastornar el orden social a fin de producir un orden mejor, pero olvidan toda la naturaleza psicológica del hombre. Tenemos que preguntarnos, pues, por qué es así. Y al formularnos la pregunta, ¿cuál es nuestra respuesta? ¿Es una respuesta del pensamiento o es la respuesta que surge cuando comprendemos la totalidad de esta inmensa, vasta estructura de la vida humana?

Quiero descubrir por qué existe esta división. Examinamos esto en otras oportunidades desde el punto de vista del observador y lo observado; olvidemos eso, desechemoslo y abordemos la cuestión de una manera diferente. ¿Es el pensamiento el que crea esta división? Y si descubrimos que es el pensamiento, entonces, como el pensamiento trata de encontrar una respuesta a un problema en particular, éste permanece siendo un problema separado de los otros problemas. ¿Avanzamos juntos? Por favor, no estén de acuerdo conmigo, no es cuestión de estar de acuerdo, sino de que vean por sí mismos la verdad o falsedad de ello, no de que lo acepten;

bajo ninguna circunstancia acepten nunca lo que les diga quien les habla. No hay autoridad alguna cuando conversamos juntos sobre estas cosas. Ni ustedes ni yo tenemos autoridad, sino que investigamos, observamos, miramos, aprendemos; por lo tanto, no es cuestión de acuerdos ni desacuerdos.

Tenemos que descubrir si el pensamiento, por su propia naturaleza y estructura, no divide la vida en muchos, muchos problemas; y si tratamos de encontrar una respuesta por medio del pensamiento, ésta sigue siendo una respuesta aislada y, por lo tanto, engendra más confusión, más desdicha. Así que, en primer lugar, uno tiene que descubrir por sí mismo—libremente, sin ningún prejuicio, sin ninguna conclusión—si el pensamiento opera de este modo. Porque casi todos tratamos de encontrar una respuesta de carácter intelectual, emocional o «intuitivo». Cuando uno usa la palabra *intuición* debe ser terriblemente cuidadoso, porque esa palabra puede contener un gran engaño. Uno puede tener una intuición dictada por sus propias esperanzas y amarguras, por sus propios temores, anhelos y deseos; en consecuencia, tenemos que cuidarnos de esa palabra y no usarla nunca.

Así, pues, tratamos de encontrar una respuesta, ya sea intelectual o emocional, como si el intelecto fuera algo separado de la emoción y la emoción fuera algo separado de la respuesta física, etc. Y como toda nuestra educación y cultura se basan en este enfoque intelectual de la vida, todas nuestras filosofías están basadas en conceptos intelectuales, que son puras sandeces. Toda nuestra estructura social así como nuestra moralidad descansan sobre esta división.

Entonces, si el pensamiento divide, ¿cómo divide? No se limiten a jugar con ello, obsérvenlo realmente en sí mismos. Es mucho más entretenido, y verán qué cosa extraordinaria descubrirán entonces. Serán una luz para sí mismos, serán seres humanos integrados, no acudirán a alguna otra persona para que les diga lo que deben hacer, lo que deben pensar y cómo deben pensar.

¿Divide, pues, el pensamiento? ¿Y qué es el pensamiento? El pensamiento puede ser extraordinariamente razonable, puede razonar consecutivamente, y necesita hacerlo así, con lógica, objetividad y sensatez, porque tiene que funcionar perfectamente, como un ordenador que opera sin ningún obstáculo ni conflicto. La razón es necesaria, la sensatez forma parte de esa capacidad de razonar. Y ¿qué es ese pensar, qué es el pensamiento?

¿Puede el pensamiento ser alguna vez fresco, nuevo? Porque cada problema lo es. Todos los problemas humanos —no los mecánicos, los científicos— son siempre nuevos. Y la vida, siendo siempre nueva, es abordada por el pensamiento, el cual trata de entenderla, cambiarla, traducirla, hacer algo con ella. Uno debe, pues, descubrir por sí mismo qué es el pensamiento. Y, ¿por qué divide el pensamiento? Si de verdad sintiéramos profundamente, si nos amáramos los unos a los otros, no verbalmente, sino de hecho —y eso sólo puede ocurrir cuando no hay condicionamiento, cuando no hay centro como el «yo» y el «tú»—, entonces llegaría a su fin toda esta división. Pero el pensamiento, que es la actividad del intelecto, del cerebro, no puede amar. Puede razonar, con lógica, objetividad y eficiencia. Para ir a la Luna, el pensamiento tiene que haber operado de un modo sumamente extraordinario —si el ir a la Luna valió la pena o no es un asunto diferente—. Es indispensable, pues, comprender el pensamiento. Y nos preguntábamos si el pensamiento puede captar algo nuevo, o si no hay pensamiento nuevo, si el pensamiento es siempre viejo; y cuando se enfrenta a un problema de la vida que es siempre nuevo, no puede ver su novedad, porque primero trata de traducir a los términos de su propio condicionamiento aquello que ha observado.

Así, pues, el pensamiento es necesario, debe funcionar lógicamente, cuerdamente, con salud y objetividad, no emocionalmente, no de manera personal; sin embargo, ese pensamiento mismo se divide como el «yo» y el «no yo», y trata de

resolver el problema de la violencia separadamente, como si no estuviera relacionado con todos los demás problemas de la existencia. El pensamiento es, pues, el pasado, es siempre el pasado; si no tuviéramos una grabadora como el cerebro, que ha acumulado toda clase de información, de experiencia tanto personal como colectiva, no seríamos capaces de pensar, de responder. ¿Vemos eso, lo vemos no verbalmente, sino *efectivamente*? Por lo tanto, como es el pasado el que se enfrenta a lo nuevo, lo nuevo debe traducirse en términos del pasado; en consecuencia, hay división.

¿Se preguntan ustedes por qué el pensamiento divide, por qué interpreta? Si el pensamiento es el producto del pasado, del ayer, con toda la información, el conocimiento, la experiencia, la memoria y demás, el pensamiento actúa sobre un problema y divide ese problema como si fuera algo separado de todos los demás problemas. ¿Correcto? No están muy convencidos. Voy a convencerles del todo, no porque quiera imponerme, lo cual es tonto, o quiera demostrar que mi argumento es mejor que el de ustedes, lo cual sería igualmente tonto, sino porque estamos tratando de descubrir la verdad al respecto, de descubrir realmente «lo que es». Ahora bien, dejen todo a un lado por el momento y observen su propio pensar. El pensamiento es la respuesta del pasado. Si no tuviéramos pasado, no habría pensamiento, habría un estado de amnesia. El pasado es pensamiento y, por lo tanto, dividirá inevitablemente la vida en presente y futuro. Mientras exista el pasado como pensamiento, ese pasado mismo tiene que dividir la vida en el tiempo como pasado, presente y futuro.

Simplemente sigan esto. Voy a investigarlo paso a paso, no salten para adelantarse a mí. Digamos que tengo un problema de violencia y quiero comprenderlo por completo, en su totalidad, de modo tal que la mente esté íntegra y absolutamente libre de violencia; puedo comprenderlo sólo si comprendo cuál es la estructura del pensamiento. Es el pensa-

miento el que engendra violencia: «mi» casa, «mi» propiedad, «mi» esposa, «mi» marido, «mi» país, «mi» Dios, «mi» creencia... todo lo cual es un completo desatino. ¿Quién hace esto, quién crea este perpetuo «mi», este «yo» en oposición a los demás? ¿Quién? La educación, la sociedad, el orden establecido, la iglesia son los que hacen esto, porque yo formo parte de todo ello. Y el pensamiento, que es materia, que es el resultado de la memoria, se encuentra en la estructura misma del cerebro y de sus células. La memoria es el pasado, el cual pertenece al tiempo. Y así, cuando el cerebro opera, ya sea psicológica, social, económica o religiosamente, debe operar siempre en términos de tiempo, del pasado, conforme a su condicionamiento particular.

El pensamiento es esencial, debe funcionar con lógica absoluta, completa objetividad e impersonalmente; sin embargo veo cómo el pensamiento divide, tanto psicológicamente como en relación al tiempo. Es inevitable que el pensamiento divida. Miren lo que ha ocurrido; el pensamiento dice: «El nacionalismo es muy corrupto, ha llevado a toda clase de guerras y males; tengamos hermandad, estemos todos unidos». Por lo tanto, el pensamiento funda la Sociedad de Naciones o las Naciones Unidas, pero sigue operando separativamente y manteniendo la separación: usted que es italiano, usted que conserva su soberanía italiana, y todo eso. Hablan de hermandad y, no obstante, se mantienen separados, lo cual es hipocresía. Ésta es una función del pensamiento, hacerse trampas a sí mismo.

El pensamiento no es salida, lo cual no implica matar la mente. ¿Qué es, entonces, aquello que mira cada problema que surge y lo ve como un problema total? Si uno tiene un problema de sexo, ése es un problema total relacionado con la cultura, el carácter y diversas otras formas de cuestiones vitales; no es un problema separado. Ahora bien, ¿qué mente es la que ve cada problema como un problema total, no como un fragmento?

Las iglesias, las diversas religiones han dicho: «Busca a Dios y todo se resolverá». Como si Dios, conforme a ellos, estuviera separado de la vida. Ha habido, pues, esta constante división, y observando esto me pregunto: ¿Qué es lo que mira a la vida como una totalidad? No leo libros; pero si uno observa la vida y sabe cómo mirar, aprenderá más que de cualquier libro, tanto externa como internamente. ¿Estamos avanzando juntos? ¿Qué es, entonces, lo que mira de ese modo a la vida? Conociendo la extensión, la eficiencia, la vastedad del pensamiento y sabiendo, al observarlo, que el pensamiento debe inevitable dividirse como el «yo» y «no yo», y que el cerebro es el resultado del tiempo y, por lo tanto, del pasado, y que cuando toda la estructura del pensamiento está operando no puede ver lo total, ¿qué es, entonces, lo que ve a la vida como una totalidad no dividida en fragmentos? ¿Han comprendido?

Interlocutor: Sigue habiendo una pregunta.

Krishnamurti: Hemos entendido pero sigue habiendo una pregunta, todavía queda una pregunta. Ahora bien, ¿quién formula esta pregunta? ¿El pensamiento? Inevitablemente. Cuando usted dice que ha comprendido pero que, no obstante, sigue habiendo una pregunta, ¿es eso posible? Cuando ha comprendido lo que el pensamiento hace en todos los niveles, el más alto y el más bajo, cuando ve todo eso y afirma: «Lo he comprendido muy bien», y después dice que hay una nueva pregunta, ¿quién es el que está formulado esa pregunta? Hay una sola pregunta: Este cerebro, todo el sistema nervioso, la mente que incluye todo eso dice: «He comprendido la naturaleza del pensamiento». El paso siguiente es: ¿Puede la mente mirar la vida en toda su vastedad, su complejidad, con todo su dolor aparentemente interminable, puede la mente ver la vida como una totalidad? Ésa es la única pregunta. Y no es el pensamiento el que plantea esa pregunta; la formula

la mente porque ha observado toda la estructura del pensamiento y conoce el valor relativo del pensamiento; por eso es capaz de preguntar: ¿Puede la mente mirar con ojos que jamás hayan sido contaminados por el pasado?

Ahora vamos a investigar eso. ¿Puede la mente, el cerebro —que es el resultado del tiempo, de la experiencia, de mil forma de influencia, de conocimiento acumulado, de todo eso que hemos reunido a través del tiempo como el pasado—, puede esa mente, ese cerebro estar en completo silencio para observar la vida con sus posibles problemas? Ésta es una pregunta realmente seria, no es un mero entretenimiento. Ustedes deben dedicar toda su energía, su capacidad, su vitalidad, su pasión, su *vida* a esto para descubrir, y no sólo sentarse allí y formularme preguntas. Tienen que dedicar su vida a descubrir, porque ésa es la única respuesta, la única salida para esta brutalidad y violencia, para este dolor, esta degradación, para todo lo que es corrupto. ¿Puede la mente, el cerebro, que también se ha corrompido en el curso del tiempo, puede todo eso aquietarse de tal modo que pueda ver la vida como una totalidad y, por lo tanto, libre de problemas? Cuando vemos algo como una totalidad, ¿cómo puede haber problema alguno? Un problema sólo surge cuando vemos la vida fragmentariamente. Observen la belleza de esto. Cuando ven la vida como un todo, entonces no hay en absoluto problema alguno. Sólo una mente y un corazón y un cerebro, divididos como fragmentos, crean problemas. El centro de esta fragmentación es el «yo»; el «yo» es un producto del pensamiento, el cual carece de realidad propia. El «yo», el «mi», «mi» casa, «mis» muebles, «mi» amargura, «mi» desilusión, «mi» deseo de llegar a ser alguien... el «mi» es el producto del pensamiento; «mis» apetitos sexuales, «mi» rencor, «mi» ansiedad, «mi» culpa; el «mi», el «yo», que es producto del pensamiento, divide. Y ¿puede la mente mirar sin el «yo»? Como no puede hacer esto, mirar la vida sin el «yo», ese mismo «yo» dice: «Me dedicaré a Jesús, a Buda, a esto, a aque-

Saanen, 23 de julio de 1970

llo»... ¿comprenden? Me convertiré en comunista y así me ocuparé de la totalidad del mundo». Cuando el «yo» se identifica con lo que considera que es lo más grande, eso sigue siendo parte del «yo».

SAANEN, 26 DE JULIO DE 1970

Estamos pidiendo a la mente que se examine a sí misma y perciba las consecuencias del temor, sus actividades, sus peligros. Vamos, pues, a examinar no sólo los temores físicos, sino también los muy, muy complejos temores que residen en lo profundo, debajo de la mente consciente. Casi todos tenemos temores físicos, ya sea el temor a una enfermedad que hemos pasado, con todo su dolor y su ansiedad, o a un peligro físico que hemos debido afrontar. Y cuando ustedes se enfrentan con un peligro directo de tipo físico, ¿hay temor? Por favor, investiguen, no digan: «Sí, hay temor»; descubran. En la India, en África y en regiones salvajes de Norteamérica, cuando uno se topa con un oso, una serpiente o un tigre, existe una acción inmediata. ¿No es así? Cuando uno se encuentra con una serpiente hay una acción instantánea; no es una acción consciente, deliberada; es una acción instintiva.

Y bien, ¿es temor eso? ¿O es inteligencia? Porque estamos tratando de descubrir qué acción es inteligencia y qué acción nace del temor. Cuando nos encontramos ante una serpiente hay una respuesta física instantánea. Escapamos, transpiramos, tratamos de hacer algo al respecto. La respuesta es una respuesta condicionada, porque durante generaciones nos han dicho que debíamos cuidarnos de las serpientes, de los animales feroces. Es una respuesta condicionada por eso el cerebro, los nervios, responden instintivamente a fin de protegerse. El protegerse uno a sí mismo es una respuesta na-

tural, inteligente. ¿Están siguiendo todo esto? Es necesario proteger el organismo físico, y una serpiente es un peligro; responder a ese peligro de manera autoprotectora es una acción inteligente.

Ahora bien, veamos el otro caso, que es el del dolor físico. Uno ha experimentado dolor ayer o el año pasado y teme que ese dolor pueda repetirse. El temor es causado por el pensamiento. Pensar acerca de algo que ha sucedido hace un año o ayer y que podría volver a suceder mañana, hace que el pensamiento genere temor. Investíguenlo, por favor, lo estamos compartiendo juntos, y eso implica que ustedes están observando sus propias respuestas acerca de sus actividades pasadas. Ahí el temor es el producto del pensamiento consciente o inconsciente; y el pensamiento es tiempo. No el tiempo cronológico del reloj, sino el tiempo como pensamiento que piensa sobre eso que ha sucedido ayer o hace muchos ayeres y teme que pueda suceder nuevamente. De modo que el pensamiento es tiempo. Y el pensamiento produce temor: podría morirme mañana, o se podría descubrir algo que hice en el pasado; el pensar al respecto engendra temor. Y bien, ¿hacen esto ustedes? Han experimentado dolor, en el pasado han hecho algo que no quieren que se descubra, o desean realizarse o hacer alguna cosa en el futuro y quizá no tengan capacidad para ello, todo lo cual es el producto del pensamiento y el tiempo. ¿Es esto lo que hacen? La mayoría de la gente lo hace.

Ahora bien, ¿puede llegar a su fin este movimiento del pensar que engendra temor en el tiempo y como tiempo? Existe la acción inteligente de protegerse, la preservación propia, la necesidad física de sobrevivir, lo cual es una respuesta natural, inteligente. Lo otro, el pensamiento pensando acerca de algo y proyectando la posibilidad de que eso ocurra o no ocurra nuevamente, engendra temor. Así que nos preguntamos: ¿Puede este movimiento del pensar, tan instintivo, tan inmediato, tan insistente, tan persuasivo, puede llegar

naturalmente a su fin? ¡No por medio de la oposición! Si nos oponemos a él, eso es todavía el producto del pensamiento, si ejercitamos la voluntad para detenerlo, eso también es el producto del pensamiento. Si decimos: «No voy a permitirme pensar de ese modo», ¿quién es la entidad que dice «no voy a permitirme»? Sigue siendo el pensamiento, porque espera que, al detener ese movimiento, podrá lograr otra cosa, la cual es, nuevamente, un producto del pensamiento. Por lo tanto, el pensamiento puede que proyecte eso y no sea capaz de lograrlo y entonces ello implica temor.

Nos preguntamos, pues, si el pensamiento, que ha engendrado este temor psicológico —no un solo temor, sino muchos temores—, si toda esa actividad puede terminar naturalmente, fácilmente y sin esfuerzo. Porque si uno se esfuerza, eso sigue siendo pensamiento y, por consiguiente, produce temor y uno continúa preso en el campo del tiempo. Así que hemos de comprender o aprender un modo por el cual el pensamiento pueda llegar naturalmente a su término y deje de engendrar temor. ¿Nos estamos comunicando? ¡No sé! Verbalmente, puede ser que hayan captado con claridad la idea, pero no se trata de eso. No estamos hablando tan sólo verbalmente, sino que consideramos nuestro temor, nuestra vida de todos los días; de eso estamos hablando, de nuestra vida, no de la descripción de nuestra vida. Porque la descripción no es lo descrito, la explicación no es lo explicado. La palabra no es la cosa. Se trata de la vida de ustedes, del temor de ustedes, y no es quien les habla el que lo pone al descubierto; son *ustedes* quienes al escucharlo han aprendido a descubrir qué es el temor y cómo el pensamiento engendra temor.

Nos preguntamos, pues, si el pensamiento, la actividad del pensamiento, que engendra, procrea, sostiene y alimenta al temor, puede llegar a su fin natural, dichosa y fácilmente, sin ninguna determinación previa, sin resistencia y sin acción alguna de la voluntad.

Y bien, antes de que podamos completar esa pregunta descubriendo la verdadera respuesta, también debemos investigar la persecución consciente o inconsciente del placer, porque es otra vez el pensamiento el que alimenta al placer. Uno experimentó un bello momento ayer, cuando contemplaba la puesta del Sol; dijo: «¡Qué crepúsculo maravilloso!», lo disfrutó muchísimo. Entonces interviene el pensamiento y dice: «¡Qué agradable fue eso! Mañana me gustaría repetir otra vez esa experiencia»; tanto si se trata de un bello crepúsculo como de alguien que nos elogia, de una experiencia sexual o de algún otro placer que hemos disfrutado, deseamos continuar experimentando. El placer no es tan sólo el placer sexual; hay un placer que se deriva de lograr algo, de ser «alguien», está el placer del éxito, el placer de la realización personal, el placer de lo que vamos a hacer mañana, el placer de algo que hemos experimentado artísticamente o de otras maneras y que deseamos que se repita. Todo eso es placer. Toda nuestra moralidad social se basa en el placer, ¿no es así? La moralidad social se basa en el placer y, por lo tanto, no es moralidad en absoluto, es inmoralidad. Van a descubrirlo; lo cual no quiere decir que rebelándose contra la moralidad social van a volverse muy morales, haciendo lo que les guste, durmiendo con quien les plazca. Lo descubrirán si experimentan con todo esto.

Por lo tanto, si vamos a comprender el temor y a liberarnos de él, también debemos comprender el placer, porque están relacionados entre sí. Esto no quiere decir que deban renunciar al placer. Ustedes saben, todas las organizaciones religiosas —que han sido la plaga de la civilización— han dicho que no debemos tener placer ni sexo. Dios no nos lo permitirá, debemos acercarnos a Dios como seres humanos torturados. Por eso no debemos mirar a una mujer, no debemos contemplar un árbol ni la belleza del cielo ni los hermosos contornos de una colina, los cuales podrían traernos a la mente el sexo y las mujeres. No debemos experimentar pla-

cer, o sea, no debemos tener deseos. De modo que cuando el deseo surja, hemos de tomar la Biblia o el Gita y perdernos en eso, o repetir ciertas palabras... todo ese disparate.

Así que para comprender el temor, uno debe también examinar la naturaleza del placer. Si no vamos a tener placer mañana, sentiremos temor, frustración. Hemos tenido placer ayer, placer sexual o de otra clase, y si no podemos tenerlo mañana, nos enojamos, nos trastornamos, nos ponemos histéricos, todo lo cual es una forma de temor. De modo que el temor y el placer son dos caras de la misma moneda; no es posible librarse de uno sin librarse del otro. Yo sé que ustedes quieren tener placer toda la vida y estar libres del temor, es todo lo que les interesa. Pero no ven que si les falta el placer mañana, se sienten frustrados, insatisfechos, enojados, ansiosos, culpables, y que aparecen todas las desdichas psicológicas. Por consiguiente, deben considerar a ambos, tanto al placer como al temor.

Al comprender el placer también tienen que comprender qué es el júbilo. ¿Es placer el júbilo, es placer el disfrute? El placer, ¿es algo por completo diferente del deleite pleno de la existencia? Vamos a averiguar todo esto. Primero nos preguntamos si el pensamiento, con todas sus actividades que engendran y alimentan el temor consciente o inconsciente, si ese pensamiento puede terminar de manera natural y sin esfuerzo alguno. Hay temores conscientes, así como también temores inconscientes de los que no nos damos cuenta. Los temores de los que no somos conscientes juegan en nuestra vida un papel mucho más importante que los otros. Ahora bien, ¿cómo van ustedes a dejar al descubierto los temores inconscientes? ¿Cómo van a exponerlos a la luz? ¿Mediante el análisis? ¿Quién es, entonces, el que analiza? Si dicen: «Analizaré mis temores», ¿quién es el analizador? Forma parte del fragmento que es el temor. Por lo tanto, el análisis de los propios temores no tiene en absoluto valor alguno. No sé si ven esto. Si acuden a un analista para que les analice los temores, el

analista es igual que ustedes, está condicionado por el especialista, por Freud, Jung, Adler, X, Y o Z. Analiza conforme a su condicionamiento. ¿Correcto? Por eso no les ayuda a liberarse del temor. Como dijimos, todo análisis niega la acción.

¿Pueden, pues, observar durante el día todo el movimiento de sus actividades, pensamientos y sentimientos, sin interpretar; simplemente observarlo? Entonces verán que los sueños poco significan, apenas si soñarán alguna vez. Si durante el día están despiertos, no semidormidos, si no están presos en sus creencias, en sus prejuicios, en sus absurdas y pequeñas vanidades, en su orgullo, en sus insignificantes conocimientos, sino que simplemente observan todo el movimiento de la mente consciente e inconsciente en acción, verán que no sólo se terminan los sueños, sino también que el pensamiento comienza a aquietarse, que ya no busca ni alimenta el placer y tampoco evita el temor.

¿No se ha tornado un poco más sensible la mente de ustedes? Antes simplemente andaban de un lado a otro llevando esta carga del temor y el placer. Al aprender sobre el peso que implica la carga, ¿no la han desechado y, por lo tanto, ahora caminan más cuidadosamente? Si de verdad han seguido esto, si lo han escuchado, si lo hemos compartido juntos, si hemos aprendido juntos, la mente de ustedes, observando —no a causa de una determinación, de un esfuerzo, sino simplemente observando— se ha tornado sensible y, en consecuencia, muy inteligente. Por favor, no asientan; si la mente no es sensible, no es sensible, no jueguen con esto.

Entonces, la próxima vez que surja el temor, como lo hará, la inteligencia responderá a él no en términos de placer, represión o escape. Esta mente inteligente, sensible, que se ha originado examinando, aprendiendo, considerando lo que implica esta carga, la ha desechado y, por lo tanto, se ha vuelto asombrosamente activa, sensible. Entonces puede formular una pregunta por completo diferente: Si el placer no es el modo de vivir, como lo ha sido para la mayoría de nosotros, ¿la vida es, entonces, árida, seca? ¿Cuál es la diferencia entre el placer y la alegría? ¿Significa que jamás podré disfrutar de la vida? Por favor, no asientan; descubran. Antes disfrutaban de la vida en términos de placer y temor. El placer inmediato: sexo, bebida, comida, matar un animal, atiborrarse de carne y todo lo demás. Placer inmediato. Ése ha sido el modo como vivían. Y de pronto descubren observando, examinando, que el placer no es en absoluto el modo de vivir, porque conduce al temor, a la frustración, a la desdicha, al dolor, a grandes perturbaciones tanto sociológicas como personales, etc. Por lo tanto, ahora nos hacemos una pregunta por completo diferente. Preguntamos: ¿Qué es el júbilo?

¿Hay un júbilo que no esté contaminado por el pensamiento y el placer? Porque si está contaminado por el pensamiento, se convierte nuevamente en placer y, por ende, en temor. ¿Existe, pues, un modo de vivir diariamente habiendo comprendido el placer y el temor, un modo de vivir que sea jubiloso, que sea un deleite y no un conservar el placer y el temor de día en día?

¿Saben ustedes qué es el deleite? Contemplar aquellas montañas, la belleza del valle, la luz sobre los cerros, los árboles, el río que fluye, deleitarse en ello. ¿Y cuándo se deleitan en ello? Cuando la mente, cuando el pensamiento no utiliza esas cosas como un medio de placer. Uno puede contemplar esa montaña, o mirar el rostro de una mujer o de un hombre, los contornos de un valle, el movimiento de un árbol, y experimentar con ello un deleite tremendo. Cuando eso

ha sucedido, se terminó; si lo guardan, entonces dan comienzo al dolor y al placer. ¿Pueden mirar y terminar con ello? Sean muy cuidadosos con esto, estén muy alerta. O sea, ¿pueden contemplar aquella montaña —no ser absorbidos por su belleza como un niño es absorbido por un juguete y después retorna a sus travesuras—, pueden contemplar esa belleza y que la contemplación misma, el deleite que implica sea suficiente, sin que conserven eso en la memoria y anhelan repetirlo mañana? Lo cual implica —vean el peligro— que pueden experimentar algún gran placer y *decir* que eso se ha terminado. Pero, ¿se ha terminado? ¿Acaso la mente, el cerebro, consciente o inconscientemente, no sigue pensando en ello, rumiándolo, intensificándolo, deseando que pronto suceda otra vez? El pensamiento no tiene nada que ver con el júbilo. Por favor, éste es un descubrimiento extraordinario si lo hacen por sí mismos, no si simplemente les hablan de ello. Existe, pues una diferencia inmensa entre el deleite, el disfrute, el júbilo, la dicha por una parte y el placer por la otra.

Ustedes pueden, pues, observar todo esto y descubrir la belleza del vivir; y esa belleza *existe*, y en ella no hay esfuerzo alguno, sino un vivir con gran éxtasis, un vivir en el que el placer, el pensamiento y el temor no intervienen en absoluto.

SAANEN, 18 DE JULIO DE 1972

Es asombrosamente bello e interesante ver cómo el pensamiento se halla ausente cuando tenemos un destello de discernimiento total (*insight*). El pensamiento no puede tenerlo. Sólo cuando la mente no opera de manera mecánica en la estructura del pensar, tenemos ese destello del discernimiento. Habiendo ocurrido éste, el pensamiento extrae una conclusión de ese discernimiento. Y entonces el pensamiento, que es mecánico, actúa. Habiendo tenido, pues, un discernimiento directo en mí mismo, lo cual implica en el mundo, tengo que descubrir si es posible no sacar de ello ninguna conclusión. Si saco una conclusión, actúo a base de una idea, de una imagen, de un símbolo, todo lo cual constituye la estructura del pensar; de ese modo, estoy impidiéndome constantemente el discernimiento, la comprensión de las cosas tal como son. Por consiguiente, tengo que investigar todo este problema de por qué el pensamiento interfiere y saca conclusiones cuando hay una percepción.

Percibo algo que es verdadero, percibo que controlarme a mí mismo —escuchen cuidadosamente esto— engendra dentro de mí una división, la del controlador y lo controlado; por lo tanto, engendra conflicto. Tengo un discernimiento en eso, el cual me muestra que ésa es la verdad, pero todo mi proceso del pensar está condicionado por la idea de que debo controlar; mi educación, mi religión, la sociedad en que vivo, la estructura familiar, todo me dice «controla», lo cual es la con-

clusión que me ha sido transmitida, la conclusión que también yo he adquirido, y actúo conforme a esa conclusión mecánica. Ahora tengo un discernimiento en todo este problema del control. Ese discernimiento se manifiesta cuando la mente está libre para observar, cuando no está condicionada, pero toda esta estructura del condicionamiento sigue existiendo. Así, pues, ahora hay una mente que dice: «¡Por Dios!, he visto muy claramente, pero también estoy preso en el hábito del control». Hay, entonces, una batalla: lo uno es mecánico, lo otro es no mecánico. Ahora bien, ¿por qué el pensamiento se aferra a toda la estructura del control? Porque es el pensamiento el que ha creado esta idea del control.

¿Qué significa controlar? Implica represión, división interna; o sea, una parte de mí dice: «Tengo que controlar a las otras partes». Esta división está creada por el pensamiento que dice: «Debo controlarme, porque de lo contrario no me adaptaré al medio, a lo que la gente dice, etc.; por lo tanto, tengo que controlar». Así que el pensamiento, siendo la respuesta de la memoria —y la memoria es el pasado, es la experiencia, el conocimiento, todo lo cual es mecánico—, tiene un poder inmenso. De aquí que el discernimiento y la percepción estén en lucha constante con el condicionamiento.

Ahora bien, ¿qué debe hacer la mente? Ése es nuestro problema. Uno ve algo nuevo, pero lo viejo sigue estando ahí: los viejos hábitos, las viejas ideas, las creencias, todo eso es tremendamente pesado. ¿Cómo ha de hacer la mente, entonces, para sostener un discernimiento sin sacar, en momento alguno, una conclusión? Porque si tengo una conclusión, ésta es mecánica, es el resultado del pensar, el resultado de la memoria. Desde la memoria surge una reacción como pensamiento. Entonces éste se vuelve mecánico, se vuelve viejo. Por favor, experimenten conmigo.

Está el discernimiento, el ver algo totalmente nuevo, claro, bello, y está el pasado con todos los recuerdos, la experiencia, el conocimiento; y de ese pasado surge el pensamiento,

que es cauteloso, vigilante, temeroso, que se pregunta cómo puede traer lo nuevo dentro de lo viejo. ¿Qué ocurre, entonces, cuando vemos esto claramente? Somos la consecuencia del pasado; aunque la generación más joven pueda romper con él y pensar que puede crear un mundo nuevo, no está libre del pasado. Reacciona al pasado; por lo tanto, continúa con el pasado.

Veo, pues, todo esto. Veo qué ha hecho el pensar, y también hay una clara percepción de que el discernimiento existe sólo cuando el pensamiento se halla ausente. Entonces, ¿cómo resuelven este problema? No sé si han reflexionado sobre ello, quizá lo estén considerando por primera vez. ¿Cómo responden a esto, cómo responde la mente?

Planteemos la cuestión de otro modo. La mente debe tener conocimientos: yo tengo que saber dónde vivo. La mente debe conocer el idioma que se habla. Debe ejercitar el pensamiento, el cual es la respuesta de la memoria, de la experiencia, del conocimiento, que es el pasado. El pensamiento debe operar; de lo contrario, si yo no pudiera pensar claramente, no habría comunicación posible entre ustedes y yo. El conocimiento es necesario, pues, para funcionar en el mundo mecánico. Ir de aquí hasta el lugar donde vivo, hablar un idioma, actuar desde el conocimiento, desde toda clase de experiencias, es mecánico. Y ese proceso mecánico debe continuar hasta cierto punto. Ése es mi discernimiento. ¿Lo tienen ustedes? De modo que, cuando existe un discernimiento en algo, no hay contradicción ninguna entre el conocimiento y la libertad respecto del conocimiento.

El discernimiento que tengo ahora es que el conocimiento resulta necesario, y también que existe ese discernimiento que llega cuando el pensamiento está ausente. Hay, pues, percepción, discernimiento todo el tiempo, sin contradicción alguna.

Veán la dificultad de poner en palabras lo que quiero comunicarles. Quiero comunicarles que una mente que opera siempre a base de una conclusión, se vuelve inevitablemente mecánica; siendo mecánica, tiene que escapar hacia alguna

clase de mitología, alguna clase de circo religioso. Y uno tiene un destello de discernimiento en eso. Dice: «¡Por Dios, cuán verdadero es!». Ahora, bien, si de ese discernimiento saca una conclusión, se ha movido a un lugar diferente, pero éste sigue siendo mecánico. Así, pues, cuando tienen discernimiento constante sin conclusión alguna, la mente se halla en estado creativo, que no es el estado de la mente en conflicto que, gracias al conflicto, produce cuadros, libros. Esa mente nunca puede ser creativa. Y bien, si ven eso, se trata de un discernimiento, ¿verdad?

Como saben ustedes, en literatura, en el mundo del arte, la gente dice que alguien es un gran artista, un gran escritor creativo. Ahora bien, si tras de la literatura miran ustedes al autor, verán que vive en conflicto diario con su mujer, con su familia, con la sociedad; es ambicioso, codicioso, desea poder, posición, prestigio, y tiene cierto talento para escribir. A causa de las tensiones, del conflicto, puede escribir libros muy buenos, pero no es creativo en el sentido profundo de la palabra. Y lo que aquí tratamos de ver es si cada uno de nosotros puede ser creativo en el sentido profundo de esa palabra; no en la expresión, o sea, no en escribir un libro, un poema, o en lo que fuere, sino en tener discernimiento y no sacar jamás una conclusión de ese discernimiento, de modo tal que uno pueda moverse constantemente de discernimiento en discernimiento, de acción en acción. Eso es espontaneidad.

Ahora bien, una mente así debe estar sola, es obvio, sola no en el sentido de estar aislada. ¿Conocen la diferencia entre el aislamiento y el estar solo? Estoy aislado cuando construyo un muro de resistencia a mi alrededor. Resisto. Ofrezco resistencia a cualquier crítica, a cualquier idea nueva, tengo miedo, deseo protegerme. No quiero que me lastimen. Por consiguiente, eso genera en mí una actividad egocéntrica, la cual es un proceso aislador. ¿Está claro? Y casi todos nos estamos aislando. He sido lastimado y no quiero que me lastimen. El recuerdo de esa herida psicológica permanece; por

lo tanto, resisto. O creo en Jesús, en Krishna o en lo que fuere, y resisto cualquier posibilidad de duda, cualquier cosa que critique mi creencia, porque en ella he encontrado seguridad. Eso aísla. El aislamiento puede incluir a miles, millones de personas, pero sigue siendo aislamiento. Cuando digo que soy católico, o comunista, esto o lo otro, estoy aislándome. Y la soledad es por completo diferente, no es lo opuesto del aislamiento, sino que —escuchen esto con atención— es tener un discernimiento directo y total respecto del aislamiento. *Ese discernimiento es soledad.*

¿Saben?, la muerte es el estado final de completo aislamiento. Uno está dejándolo todo atrás, sus obras, sus ideas; está completamente aislado por el miedo a esa cosa que llama muerte. Y ese aislamiento es completamente distinto de la comprensión acerca de la naturaleza de la muerte. Si uno tiene un discernimiento en eso, está solo.

Por lo tanto, una mente libre tiene discernimiento a cada instante, una mente libre no tiene conclusiones y, debido a eso, es no mecánica. Una mente así está en acción, una acción no mecánica, porque ve el hecho, a cada instante tiene discernimiento en todo. Por eso se mueve constantemente, está todo el tiempo activa. Y una mente así es siempre joven, fresca, no puede ser lastimada, mientras que la mente mecánica es susceptible de ser lastimada en todo momento.

Como el pensamiento, a base del cual se construyen todas nuestras civilizaciones, se vuelve mecánico, todas nuestras civilizaciones son mecánicas. En consecuencia, son corruptas. Por eso, pertenecer a cualquier organización es volverse corrupto o permitir que a uno lo corrompan. Y bien, eso es un discernimiento, ¿no es así? Entonces, ¿pueden ustedes moverse desde ese discernimiento a otro discernimiento y permanecer moviéndose, lo cual es vivir? En tal caso, la relación se transforma en una cosa por completo diferente. Nuestras relaciones se basan en conclusiones, ¿no es cierto? Observen bien esto, tengan en ello un discernimiento

directo y verán qué cambio tan extraordinario ocurre en sus relaciones.

En primer lugar, nuestra relación es mecánica, lo cual quiere decir que se basa en ideas, en una conclusión, en imágenes. Yo tengo una imagen de mi esposa y ella tiene una imagen de mí, imagen en el sentido de conocimiento, de una conclusión, de experiencias acumuladas; desde esta conclusión, ese conocimiento, esa imagen, ella actúa y, a través de la acción, añade más elementos a esa conclusión, a esa imagen, tal como yo también hago. De modo que la relación es entre dos conclusiones. Por lo tanto, es mecánica. Pueden llamarla amor, pueden dormir juntos, pero es mecánica. Siendo mecánica, desean excitación —excitación religiosa, excitación psicológica— y todas las formas posibles de entretenimiento para escapar a esta relación mecánica. Se divorcian y, tanto el hombre como la mujer, tratan de encontrar a otra persona que tenga algo nuevo, pero eso también pronto se vuelve mecánico.

Nuestras relaciones se basan, pues, en este proceso mecánico. Ahora bien, si tengo un discernimiento directo en esto, si lo veo tal como es realmente —el placer, el así llamado amor, el así llamado antagonismo, las frustraciones, las imágenes, las conclusiones que he formado acerca de ella y de mí mismo—, si tengo un discernimiento en eso, todo eso desaparece, ¿no es así? Ya no tengo más una imagen, que es una conclusión. De modo que la relación es directa, no a través de una imagen. Pero nuestra relación se basa en el pensamiento, el cual es mecánico y, obviamente, no tiene nada que ver con el amor. Puedo decir: «Amo a mi mujer», pero eso no es un hecho real. *Amo la imagen que tengo de ella cuando ella no me está atacando.* Descubro, pues, que la relación implica estar libre de imágenes, conclusiones y, por ende, significa responsabilidad y amor. Lo cual no es una conclusión, ¿comprenden?

Mi cerebro es el depósito del conocimiento, de múltiples experiencias, recuerdos, ofensas, imágenes, todo lo cual es pensamiento, ¿de acuerdo? Veán bien esto. Y mi cere-

bro, que es tanto el de ustedes como el mío, mi cerebro se ha condicionado en el curso del tiempo, de la evolución, del desarrollo. Y su función es vivir en seguridad completa, evidentemente, porque de lo contrario no puede operar. Construye, pues, a su alrededor un muro a base de creencias, dogmas, prestigio, posición, todas esas cosas, a fin de sentirse completamente seguro. ¿Han observado cómo opera el cerebro de ustedes? Si lo hacen, verán que puede funcionar notablemente bien, con lógica, con cordura, cuando no está atemorizado, o sea, cuando tiene seguridad completa. Ahora, bien, ¿existe la seguridad completa? Estando, pues, indeciso acerca de la existencia de la seguridad completa, procede a concluir que hay seguridad; saca una conclusión. De este modo, la conclusión se convierte en su seguridad. Pero no puedo disfrutarla, porque tengo miedo: puedo perder mi trabajo, mi mujer puede abandonarme... Tengo miedo, por eso pongo mi energía en una creencia, en una conclusión; *eso* se convierte en mi seguridad. Esa creencia, esa conclusión puede ser una ilusión, un mito, un desatino, pero es mi seguridad. La gente cree en todo ese asunto de las iglesias; es un mito absoluto, pero ésa es su seguridad. Encuentro, pues, seguridad en una creencia, en algún comportamiento neurótico, porque el comportarme neuróticamente también es una forma de seguridad.

Así, pues, el cerebro sólo puede funcionar libremente, plenamente, en completa seguridad. Debe tener seguridad, ya sea real o falsa, ilusoria o inexistente; por lo tanto, inventará una seguridad. Ahora bien, yo veo que no hay seguridad en la creencia, en una conclusión; no hay seguridad en ninguna persona, en ninguna estructura social, en ningún líder, en nadie a quien pueda seguir. Veo que no hay seguridad en nada de eso. Por consiguiente, la seguridad está en el ver, en el discernimiento. *Hay seguridad en el discernimiento, no en la conclusión.* ¿Lo han captado? No por lo que yo digo, sino por sí mismos. ¿Han captado esto, es verdadero para ustedes?

Tenemos, pues, este problema de una mente o un cerebro que sólo puede funcionar en completo orden, en completa seguridad, en completa certidumbre; de lo contrario se trastorna, se vuelve neurótico. Por lo tanto veo que cualquier persona, incluso yo mismo, que pertenezca a cualquier tipo de organización, que ponga su fe en una organización, en un líder, actúa neuróticamente. ¿Qué seguridad tiene una mente cuando ha descartado todo esto? Su seguridad está en el discernimiento, el cual despierta la inteligencia. La seguridad no está en la experiencia ni en el conocimiento, sino en la inteligencia. Y la capacidad de una inteligencia sostenida se encuentra en la percepción directa acerca del verdadero valor del conocimiento; allí está la seguridad. Por consiguiente, en esa inteligencia, en ese discernimiento, jamás hay temor. .

Sería algo extraordinario si pudiéramos, todos juntos, comprender esta única cosa: la naturaleza de la conciencia, la naturaleza de la percepción, la naturaleza del discernimiento. Porque entonces la mente está libre para vivir. Para *vivir*, no para vivir lastimada, en conflicto, en lucha constante, en la sospecha, en el temor y en todo lo demás que constituye esa desdicha que llamamos «vida».

SAANEN, 20 DE JULIO DE 1972

Creo que el problema central de nuestra existencia es el pensamiento, todo el mecanismo del pensar. Nuestra civilización, tanto en Oriente como en Occidente, se basa en el pensamiento, en el intelecto. El pensamiento es muy limitado, es mensurable, y el pensamiento ha hecho las cosas más extraordinarias; todo el mundo tecnológico, el viaje a la Luna, la posibilidad de construir casas cómodas para todos... Pero el pensamiento también ha hecho muchísimo daño: todos los instrumentos de guerra, la destrucción de la naturaleza, la contaminación de la Tierra... y también, si uno investiga a fondo, ve que ha creado las así llamadas religiones de todo el mundo. El pensamiento ha sido el responsable de la mitología cristiana con su Salvador, sus papas y sacerdotes, su salvación individual y todo lo demás. Además, el pensamiento ha sido el responsable de una particular clase de cultura con su desarrollo tecnológico y artístico, y con la crueldad, la brutalidad en las relaciones, las divisiones de clase, etc. Esta estructura del pensamiento es mecánica, es una filosofía mecánica, una física mecánica; y el pensamiento ha dividido a los seres humanos en el «yo» y el «no yo», el «nosotros» y el «ellos», el hindú, el budista, el comunista, los jóvenes y los viejos, los hippies, el orden establecido y demás. Toda esa estructura es el resultado del pensamiento. Creo que eso está bastante claro, ya sea en el campo religioso, seglar, político o nacional.

El pensamiento ha creado un mundo extraordinario: las maravillosas ciudades hoy en decadencia, el transporte veloz... Y el pensamiento también ha dividido a los seres humanos en su relación. El pensamiento, que es la respuesta de la memoria, de la experiencia, del conocimiento, separa a los seres humanos. O sea, en nuestras relaciones mutuas, el pensamiento ha formado, a base de una serie de acontecimientos, la imagen del «yo» y el «tú». Estas imágenes, que existen por obra de una constante acción recíproca, son mecánicas; en consecuencia, la relación se vuelve mecánica.

Por lo tanto, no sólo existe la división producida por el pensamiento en el mundo exterior, sino que también hay división dentro del ser humano mismo. Y uno ve que el pensamiento es necesario, absolutamente necesario, de otro modo uno no podría ir a su casa, no podría escribir un libro, no podría hablar. El pensar es la respuesta de la memoria, de la experiencia, del conocimiento, el cual es el pasado. El pensamiento proyecta el futuro a través del presente modificándolo, moldeándolo como futuro.

De modo que el pensamiento, si no es personal, tiene una función lógica, eficiente. Hay conocimiento acumulado como ciencia, y está toda la acumulación de las ideas. El conocimiento se vuelve importante, pero el conocimiento, lo conocido, impide que la mente vaya más allá del presente y el pasado. El pensamiento sólo puede funcionar en el campo de lo conocido, aunque pueda proyectar lo desconocido conforme a su propio condicionamiento, a su conocimiento de lo conocido. Y uno observa este fenómeno en todo el mundo: el ideal, el futuro, «lo que debería ser», lo que tiene que ocurrir según el trasfondo, el condicionamiento, la educación, el medio. Y el pensamiento es responsable también de la conducta, la vulgaridad, la grosería, la brutalidad, la violencia en todas las relaciones, etc. Así, pues, el pensamiento es mensurable.

El Occidente es la explosión de la cultura de los griegos, quienes pensaban en términos de medir. Para ellos, las mate-

máticas, la lógica, la filosofía, eran el resultado de la medida, o sea, del pensamiento. Sin comprender el mecanismo del pensamiento con su tremenda significación, y dónde éste se vuelve completamente destructivo, la meditación no tiene sentido. A menos que comprendamos esto, que tengamos un discernimiento profundo en todo el mecanismo del pensar, no podremos ir más allá. En Oriente, la explosión de la India se extendió por toda el Asia. No la India moderna, sino la India antigua (los indios modernos son igual que ustedes: románticos, vulgares, supersticiosos, temerosos, aferrados al dinero, ansiando posición, poder, prestigio, siguiendo a cierto gurú, ya conocen ustedes todas las cosas que ocurren en el resto del mundo; sólo que ellos tienen un color diferente, un clima diferente, una moralidad parcialmente distinta). De modo que los indios antiguos decían que la medida es una ilusión porque, cuando medimos algo, eso es muy limitado; y si basamos toda nuestra estructura, toda nuestra moralidad, toda nuestra existencia en la medida, que es pensamiento, entonces jamás podremos ser libres. Por eso decían, al menos según lo que he observado, que lo inconmensurable es lo real, y lo mensurable es lo irreal, es lo que ellos llaman «maya».

Pero vemos que el pensamiento —como intelecto, como la capacidad de entender, de observar, de pensar juntos con lógica, de diseñar, de construir— ha moldeado la mente humana, la conducta humana. En el Asia decían que, para encontrar lo inconmensurable, uno debe controlar el pensamiento, debe moldearlo, etc. Es exactamente lo mismo en Occidente. Allí también dijeron: controla, compórtate bien, no dañes, no mates; pero tanto en Oriente como en Occidente, mataron, se comportaron mal... hicieron de todo.

No podemos negar que el pensamiento es el problema central de nuestra existencia. Podemos imaginar que tenemos un alma, que hay un Dios, que existen el cielo, el infierno, pero todas estas cosas las inventamos por medio del pensa-

miento; las cualidades nobles y la terrible existencia que llevamos son productos del mecanismo del pensar. De modo que uno se pregunta: si el mundo, la existencia exterior, es el resultado de la filosofía mecanicista, de la física mecanicista, ¿qué lugar tiene el pensamiento en la relación, y qué lugar tiene en la investigación de lo inconmesurable, si es que lo inconmensurable existe? Ustedes deben descubrirlo, y esto es lo que vamos a compartir juntos.

Quiero descubrir qué es el pensamiento y qué importancia tiene el pensar para la existencia. Si el pensamiento es mensurable y, por lo tanto, muy limitado, ¿puede el pensamiento investigar algo que no pertenece al tiempo, a la experiencia, al conocimiento? ¿Comprenden mi pregunta? ¿Puede el pensamiento investigar lo inconmensurable, lo desconocido, lo innominable, lo eterno...? Se le ha dado muchísimos nombres, pero no son importantes. Porque si el pensamiento no puede investigarlo, ¿qué mente es capaz, entonces, de penetrar en esa dimensión que está más allá de las palabras? ¿Entienden? Porque la palabra es pensamiento. Usamos palabras para comunicar una idea determinada, un determinado pensamiento o sentimiento. Así, pues, el pensamiento, que se ocupa de recordar, imaginar, inventar, proyectar, calcular y, por tanto, funciona desde un centro constituido por el conocimiento acumulado como el «yo», ¿puede ese pensamiento investigar algo que él no es capaz de comprender? Porque sólo puede funcionar en el campo de lo conocido; de otro modo, el pensamiento se desconcierta, es incapaz de funcionar.

¿Qué es, entonces, el pensar? Necesito estar muy claro en mí mismo para averiguar qué es el pensar. Y para descubrir o encontrar el lugar exacto que ocupa. Dijimos que el pensar es la respuesta de la memoria, de la experiencia, del conocimiento almacenado en las células cerebrales. Por consiguiente, el pensamiento es el resultado del desarrollo, de la evolución, o sea, del tiempo; así que puede funcionar solamente dentro del espacio que crea alrededor de sí mismo. Y ese es-

pacio es muy limitado, ese espacio es el «yo» y el «no yo». El pensamiento, todo el mecanismo del pensar, tiene un lugar legítimo. Pero en la relación entre dos seres humanos, el pensamiento se torna destructivo. ¿Ven esto? El pensar es el producto del conocimiento, del tiempo, de la evolución, es el resultado de la filosofía y la ciencia mecanicista. Éstas se basan en el pensamiento, aunque de vez en cuando ocurre un descubrimiento nuevo en el cual el pensamiento no interviene en absoluto. Es decir, uno descubre algo nuevo, y ese descubrimiento no es un descubrimiento que pertenezca al pensar. Después, lo que uno ha descubierto lo traduce en los términos del pensamiento, de lo conocido. Un gran científico, aunque pueda tener un conocimiento inmenso, ese conocimiento está ausente en el instante en que ve algo totalmente nuevo. Tiene un discernimiento directo en ello; después lo traduce a lo conocido en palabras, en una frase, en secuencias lógicas. Y un pensar así es indispensable.

El conocimiento es, pues, esencial. Podremos añadirle o quitarle, pero la inmensidad del conocimiento es una necesidad humana. Ahora bien, en la relación entre seres humanos, ¿es necesario el conocimiento? Estamos relacionados unos con otros, somos seres humanos, vivimos en la Tierra, que es nuestra Tierra, no la Tierra cristiana o inglesa o india; es nuestra Tierra, con su belleza, con sus riquezas maravillosas... es nuestra Tierra para que vivamos en ella. Y, ¿qué lugar tiene el pensamiento en la relación? La relación significa eso, estar relacionados; significa responder el uno al otro en libertad y con la responsabilidad que ésta implica. Entonces, ¿qué lugar ocupa el pensamiento en la relación? El pensamiento, que es capaz de recordar, imaginar, inventar, proyectar, calcular, ¿qué lugar tiene en la relación humana? ¿Tiene lugar alguno? Por favor, estamos investigando dentro de nosotros mismos, no mecánicamente en alguna otra parte.

El pensamiento, ¿es amor? No digan que no, lo estamos investigando, examinando. ¿Cuál es nuestra relación cuando

vivimos juntos en una casa, el marido y la esposa, o los amigos, ¿cuál es nuestra relación? ¿Se basa en el pensamiento?; el pensamiento es también sentimiento, no pueden dividirse. Si se basa en el pensamiento, entonces la relación se vuelve mecánica. Y para casi todos nosotros así es nuestra relación: mecánica. Entiendo por mecánica la imagen creada con respecto a los demás y con respecto a uno mismo, la imagen que cada uno crea y difunde en cierto número de años o durante unos cuantos días. Usted ha formado una imagen de mí y yo he formado una imagen de usted, imágenes que son producto del pensamiento. La imagen se convierte en la defensa, la resistencia, el cálculo; yo construyo un muro alrededor de mí y alrededor de usted, y usted construye un muro a su alrededor y alrededor de mí, y a esto lo llamamos relación. Eso es lo que ocurre, se trata de un hecho.

Por lo tanto nuestra relación es el producto del pensamiento, es algo calculado, recordado, imaginado, inventado. ¿Es relación eso? Resulta fácil responder: «No, por supuesto que no». Cuando uno lo expone con tanta claridad desde luego que no lo es. Pero en los hechos, ésa es nuestra relación. Si no nos engañamos a nosotros mismos, ésa es la realidad. Yo no quiero que me lastimen, pero no me importa lastimar al otro, y así creo una resistencia y el otro hace lo mismo. Este proceso de relación recíproca se vuelve mecánico y destructivo. Y siendo la nuestra una relación mecánica, destructiva, tratamos de escapar de ella, consciente o inconscientemente.

Descubro, pues, porque tengo en ello un discernimiento directo, que cualquier clase de interferencia del pensamiento en la relación, la vuelve mecánica. Lo he descubierto. Para mí, ése es un hecho inmenso: que cuando el pensamiento interfiere en la relación es tan destructivo como una serpiente, un precipicio o un animal peligroso. Veo eso. ¿Qué debo hacer, pues? Veo que en cierto nivel del pensamiento es necesario, pero que en la relación es una cosa sumamente destructiva. O sea, mi mujer me ha lastimado, me ha dicho cosas, me ha ha-

lagado, me ha dado placer, sexual o de otra clase, me ha regañado, intimidado, dominado, frustrado... todas éstas son imágenes, conclusiones que tengo acerca de ella. Y cuando la veo, proyecto todo eso. Puedo tratar de controlarlo, de reprimirlo, pero está siempre ahí. Entonces, ¿qué puede uno hacer? Veo, tengo un discernimiento directo en todo el mecanismo del pensar. Todo el mecanismo, no el pensar en una dirección determinada, sino todo el mecanismo del pensar que opera en la existencia humana, es el mismo movimiento tanto externa como internamente. Y si la mente ha de ir más allá de ese mecanismo, muchísimo más allá, ¿cómo ha de dársele al pensamiento el alcance suficiente como para que actúe sin producir su propia frustración? ¡Vamos, vean la *belleza* de todo esto!

Porque, sin entrar en ese estado de algo que jamás puede ser penetrado por el pensamiento, sin comprender ese estado, la vida se vuelve muy mecánica, rutinaria, aburrida, agotadora... ustedes ya saben cómo es. Y sabiendo que es solitaria, terrible, fea, con algún placer o alguna alegría ocasional, queremos escapar, huir de este horror. Por eso imaginamos, creamos mitos; y los mitos tienen cierto lugar. El mito cristiano ha mantenido unida a la gente, los hindúes tiene grandes mitos, y estos mitos han generado cierta unidad; y cuando se acaban, ocurre la fragmentación, que es lo que está sucediendo actualmente en el mundo. Si piensan de verdad en ello, si lo piensan muy seriamente, no tienen mitos acerca de Jesús, de Buda, etc., han desechado todo eso.

Entonces, ¿cómo ha de producir la mente una armonía en la que no exista la división entre lo conocido y la libertad respecto de lo conocido? Lo conocido es el conocimiento, el funcionamiento del pensar, y está la libertad respecto del pensar. Las dos cosas, moviéndose juntas, lo hacen en perfecta armonía, en equilibrio, en la belleza del movimiento. ¿Han comprendido esto? ¿Han visto, en primer lugar, la pregunta? ¿Y la belleza de esa pregunta? No se trata de integrar las dos

cosas, lo cual es imposible, porque la integración significa juntar cosas distintas, agregar partes nuevas o quitar partes viejas; ello implica una entidad capaz de hacerlo, un agente externo que es la invención del pensamiento, tal como lo es el alma, el atman en la India y demás; eso sigue siendo pensamiento. Así que mi pregunta es: ¿pueden ambas cosas fluir juntas como dos ríos, moverse juntas: lo conocido y lo desconocido, la libertad respecto de lo conocido, y una mente dotada de la capacidad de discernimiento en una dimensión donde el pensar no existe en absoluto?

¿Es esto posible? ¿O es tan sólo una idea, una teoría? (Aunque la raíz etimológica de *teoría*, según el diccionario, es tener discernimiento, tener la capacidad de observar instantáneamente la verdad de algo, considerar, contemplar.) Y bien, ése es el problema: pensamiento y no pensamiento. Pensamiento cuando tengo que construir un puente, escribir un libro, pronunciar un discurso, calcular adónde iré... para eso uso el pensamiento. Y en la relación, nada de pensamiento, porque la relación es amor. Ahora bien, ¿pueden ambos, el pensamiento y el no pensamiento, moverse juntos todo el tiempo?

¿Pueden ambos movimientos vivir armoniosamente juntos, de modo tal que la conducta no se base en el pensamiento, ya que entonces se vuelve mecánica, condicionada, una relación de imágenes? ¿Puede, pues, existir este movimiento del conocer—puesto que siempre se está moviendo, no es estático, uno añade permanentemente más conocimiento—, y el movimiento en el cual el pensar como el hacedor de imágenes no interviene en absoluto? Si la pregunta está clara, ustedes verán que el pensamiento, que sigue operando, dice que para hacer eso debemos controlar. ¿Comprenden? Debemos controlar el pensamiento, contenerlo y no permitir que interfiera en la relación, debemos contruir un muro. Así, pues, el pensamiento está calculando, imaginando, recordando; recordando lo que alguien ha dicho acerca de que estos dos movimientos deben fluir juntos. De manera que el pensamiento

dice: «Recordaré eso, es una idea maravillosa»; en consecuencia, lo almacena como recuerdo y, conforme a ese recuerdo, va a actuar. Por eso afirma: «Debo controlar». Y toda la filosofía, la civilización mecanicista, toda la estructura religiosa, se basan en esto: el control; se supone que después de haber controlado, de haber reprimido suficientemente, uno estará libre, ¡lo cual es puro disparate!

El pensamiento comienza, pues, a crear una norma de cómo debe comportarse uno a fin de tener esa armonía. Por lo tanto, ¡ha *destruido* la armonía! Ahora bien, tengo un discernimiento en este problema, y gracias a eso veo que el control no es el camino; el control implica represión, una entidad que controla, que sigue siendo el pensamiento como el controlador, el observador, el veedor, el experimentador, el pensador. Tengo un discernimiento directo en eso. ¿Qué hace, entonces, la mente?

¿Cómo tenemos un discernimiento? ¿Qué es el discernimiento? ¿Cómo ocurre? Ustedes saben lo que entiendo por discernimiento: es cuando vemos *instantáneamente* que algo es falso o que algo es la verdad. Nos sucede de vez en cuando. Vemos algo de manera total y decimos: «¡Por Dios, qué verdadero es!». Ahora bien, ¿cuál es el estado de la mente que lo dice? Ese estado no tiene nada que ver con el pensamiento, nada que ver con la lógica o la dialéctica, que implican opinión. ¿Cuál es el estado de la mente que ve el hecho de manera instantánea y, por lo tanto, ve la verdad acerca del mismo? Obviamente, si el pensador está ahí, no hay percepción. ¿Correcto? Si el pensamiento dice: «Produciré un estado extraordinario mediante la represión, el control, mediante diversas formas de sacrificio, ascetismo, privación del sexo, etc.», pasará por todos estos fenómenos esperando dar con lo otro. Busca lo otro porque esto es limitado, es agotador, fastidioso, mecánico; así, en su deseo de tener más placer, más excitación, aceptará las cosas del pensamiento.

De modo que ahora estamos investigando qué es observar sin el observador. Porque el observador es el pasado, se halla dentro del campo del pensar, es el resultado del conocimiento, y por lo tanto, de la experiencia y todo eso. ¿Hay, pues, una observación sin el observador, que es el pasado? ¿Puedo mirarlo a usted, a mi esposa, a mi amigo, a mi vecino, sin la imagen que he formado a través de la relación? ¿Puedo mirarlo sin que surja toda esa imagen? ¿Es eso posible? Usted me ha ofendido, ha dicho de mí cosas desagradables, ha diseminado rumores escandalosos acerca de mi persona. ¿Puedo mirarlo sin cargar con el recuerdo de todo eso? Lo cual implica: ¿Puedo mirarlo sin ninguna interferencia del pensamiento, el cual ha conservado el insulto, la ofensa o el halago? ¿Puedo mirar un árbol sin el conocimiento que tengo de ese árbol? ¿Puedo escuchar el sonido del río que pasa, sin nombrarlo ni reconocerlo, simplemente escuchar la belleza del sonido? ¿Puedo hacer esto? Puedo escuchar el río, puedo contemplar la montaña sin ningún propósito calculado, pero ¿puedo mirarme a mí mismo con todas mis acumulaciones conscientes o inconscientes, mirarme con ojos que jamás hayan sido contaminados por el pasado? ¿Han tratado de hacer alguna de estas cosas? Lo siento, no debí haber dicho «tratado». Es erróneo «tratar»; ¿han *hecho* esto? ¿Han mirado a la esposa, a la novia, al novio o a quien fuere, sin un solo recuerdo del pasado? Entonces descubren que el pensamiento es repetitivo, mecánico, y que la relación no lo es; descubren que el amor no es producto del pensamiento. Por consiguiente; no hay tal cosa como amor divino y amor humano, sólo hay amor.

Sin la palabra, ¿hay pensamiento? ¿O la mente es tan esclava de las palabras que sin la palabra no puede ver el movimiento del pensar? O sea: ¿puedo, puede la mente observar

el «yo», observar todo el contenido de «mí mismo» sin la palabra? Observar lo que soy sin que intervenga la asociación —la asociación es la palabra, la memoria, el recuerdo—; entonces hay un aprender acerca de mí mismo, sin ningún recuerdo, sin el conocimiento acumulado como experiencias de ira, celos, antagonismo, deseo de poder. ¿Puedo, pues, mirarme a mí mismo —no yo—, puede la mente mirarse sin el movimiento de la palabra, porque la palabra es el pensador, la palabra es el observador?

Ahora bien, para mirar con tanta claridad, la mente debe estar asombrosamente libre de cualquier atadura, ya sea a una conclusión, que es una imagen, o a una idea, que es el producto del pensamiento —la idea está compuesta de palabras, frases, conceptos—, o libre del apego a cualquier principio, o cualquier movimiento de temor o placer. Una percepción así es, en sí misma, la más elevada forma de disciplina en el sentido de aprender, no de amoldarse.

Comenzamos investigando y, por lo tanto, compartiendo juntos la pregunta: ¿Qué lugar ocupa el pensamiento en la existencia? Porque nuestra vida tal como es ahora, toda nuestra existencia, se basa en el pensamiento; el pensamiento puede imaginar que la existencia no está basada en él, que se basa en algo espiritual, pero eso sigue siendo el producto del pensamiento. Nuestros dioses, nuestros salvadores, nuestros instructores, nuestros gurúes, son el producto del pensamiento. Y, ¿qué lugar tiene el pensamiento en la vida, en la existencia? Tiene un lugar de manera lógica, sensata y efectiva, cuando el conocimiento funciona sin la interferencia del «yo» que usa al conocimiento, del «yo» que dice: «Soy un científico mejor que Fulano», «soy un gurú mejor que aquel gurú». Por lo tanto, cuando el conocimiento es usado sin el «yo» —que es el producto del pensar, que crea la división entre el «yo» y el «tú»—, es la cosa más extraordinaria, porque tal conocimiento podrá dar origen a un mundo mejor, a una mejor estructura del mundo, a una sociedad mejor. Tenemos

conocimiento suficiente como para producir un mundo feliz en el que no haya ghettos, pero eso es negado porque el pensamiento se ha dividido como el «yo» y el «tú», mi país y tu país, mi detestable dios y tu detestable dios... y así estamos en guerra unos con otros.

De manera que el pensamiento como memoria, recuerdo, imaginación, proyecto, tiene un lugar lógico, sano, pero jamás puede entrar en relación. Si ven eso, no desde el punto de vista lógico, verbal, no con el sentido de «seré feliz si hago eso», no por medio de palabras, de la imaginación o de fórmulas, sino que ven la verdad de ello, entonces han comprendido. Entonces no hay conflicto. Ello ocurre naturalmente, como la fruta que madura en el árbol.

Interlocutor: ¿Cuál es la relación entre el cuerpo y el pensamiento?

Krishnamurti: Si yo no tuviera cuerpo, ¿sería capaz de pensar? Sin el cuerpo, sin todo el organismo con sus nervios, con su sensibilidad, con todos los procesos del sistema físico que operan mecánicamente, sin eso, ¿habrá un pensar? Si yo no tuviera cerebro, las células que contienen la memoria y que están conectadas con todo el cuerpo a través de los nervios, ¿habría un pensar?

Cuando el cuerpo muere, ¿qué ocurre con el pensamiento que hemos creado? He vivido treinta, cincuenta o cien años; he gastado la mayor parte de mi tiempo trabajando en una oficina —Dios sabrá por qué— ganándome la subsistencia, luchando, riñendo, discutiendo por insignificancias, lleno de celos, de ansiedad. Ustedes conocen esa vida, la forma terrible como vivimos. Todo eso soy yo. Ese «yo», ¿es diferente del cuerpo? Investiguémoslo muy cuidadosamente. Ese «yo», ¿es distinto del instrumento? Obviamente, es distinto. El «yo» es el resultado de recordar las ofensas, el dolor, el placer, todo eso, la memoria almacenada como pensamiento

en las células. ¿Continuará ese pensamiento cuando el cuerpo muera? Usted formula la pregunta: Cuando mi hermano o mi amigo, a quien he amado, con quien he paseado y disfrutado de las cosas, muere, ¿lo recuerdo y él sigue existiendo? Estoy apegado a él y no quiero perderlo. Veo lo que ocurre. No quiero perderlo. Conservo un gran recuerdo de las experiencias de placer y dolor vividas con él, estoy apegado a eso y a eso me aferro.

Así, pues, el pensamiento dice: «Él vive realmente, nos encontraremos en la próxima vida, o nos encontraremos en el cielo. Me agrada esa idea, me brinda consuelo». Pero viene usted y dice: «¡Qué disparate!, usted no es más que un viejo supersticioso», y yo riño con usted porque en esto encuentro un gran consuelo. Lo que estoy buscando, pues, es consuelo; no la verdad acerca de algo, sino consuelo. Ahora bien, si no busco consuelo en ninguna forma, ¿cuál es el hecho? Si he vivido una vida vulgar, mezquina, celosa, ansiosa, como ocurre con millones de personas, ¿cuál es la importancia del yo? Soy como el vasto océano de la gente. Muero. Pero me aferro a mi insignificante vida, quiero que continúe, esperando ser feliz en alguna fecha futura. Y con esta idea muero. Y soy como un millón de otras personas en el inmenso océano de la existencia, sin sentido alguno, sin significación, sin belleza, sin nada verdadero. Pero si la mente se sale de esta enorme corriente, como debe hacerlo, entonces hay una dimensión completamente distinta. Y ése es todo el proceso del vivir: salirse de esta enorme corriente de fealdad y brutalidad. Y como no podemos hacerlo, porque no tenemos la energía, la vitalidad, la intensidad, el amor que ello requiere, seguimos en la corriente.

BROCKWOOD PARK, 9 DE SEPTIEMBRE DE 1972

Uno puede ver por sí mismo, si lo ha observado, cómo el pensamiento, por sutil que sea, ha engendrado esta extraordinaria estructura humana de relación, conducta social y división; y donde hay división tiene que haber conflicto, violencia. Ya se trate de diferencias lingüísticas o de clase, o de la diferencia producida por las ideologías o los sistemas, tales divisiones, invariablemente, deben engendrar violencia. Y hasta que no aprendamos muy profundamente cómo ha surgido esta violencia, no sólo la causa de la violencia sino más allá de eso, mucho más allá, jamás podremos liberarnos —al menos es lo que me parece— de esta desdicha, confusión y violencia extraordinarias que imperan en el mundo.

De manera que me pregunto y nos lo preguntamos el uno al otro: ¿Qué relación tiene la libertad con el pensamiento y la conducta humana? Porque es nuestra conducta en la vida cotidiana la que da origen a este caos en el mundo. ¿Puede haber, pues, libertad completa, libertad respecto del pensamiento? Y si existe tal libertad, ¿qué lugar tiene, entonces, el pensamiento? Por favor, ésta no es una filosofía intelectual. «Filosofía» quiere decir amor a la verdad, no significa opinión especulativa, conclusión o percepción teórica. Su verdadero significado es el amor a la verdad en nuestra vida y conducta diaria. Y, para investigar esto seriamente —como es-

pero que lo hagan— tenemos que examinar, aprender, y no memorizar algo que creemos que es verdadero o acerca de lo cual hemos llegado a una conclusión. Por el contrario, la verdad no es una conclusión. Una conclusión sólo tiene lugar cuando el pensamiento produce opiniones, verdades dialécticas. Con su conclusión, el pensamiento se convierte entonces en un medio de separación.

Lo que debemos hacer, pues, es descubrir por nosotros mismos y, en consecuencia, aprender qué es el pensamiento, y si el pensamiento, por racional, lógico, cuerdo, objetivo que sea, puede dar origen a una revolución psicológica en nuestra conducta. El pensamiento está siempre condicionado, porque es la respuesta de la memoria, la experiencia, del conocimiento y la acumulación. El pensar brota de ese condicionamiento; por lo tanto, jamás puede dar lugar a una conducta recta. ¿Vemos esto? He conocido en todo el mundo a muchos psicólogos que, viendo lo que los seres humanos son en la realidad, lo contradictoria de su conducta, lo infelices y desdichados que se sienten, dicen que lo que debemos hacer es gratificarles y, de tal modo, condicionarles de una manera diferente. O sea, en vez de castigarles por su mala conducta, recompensarles por una conducta buena y olvidar su mal comportamiento. Así, desde la infancia, a ustedes les condicionan mediante la recompensa para que se comporten correctamente, o según lo que ellos piensan que es el comportarse correctamente: no comportarse antisocialmente. Ellos siguen viviendo en el campo del pensamiento. Consideran que el pensamiento es tremendamente importante y, al igual que los comunistas y otros, dicen que el pensamiento debe ser moldeado, condicionado de una manera distinta, y que desde esa estructura diferente surgirá una conducta diferente. Pero siguen viviendo dentro del patrón del pensar.

Esto lo han intentado los budistas en la India antigua; todas las religiones han tratado de hacerlo. Pero la conducta humana, con todas sus contradicciones, su fragmentación, es

el resultado del pensamiento. Y si queremos cambiar radicalmente esa conducta humana —no en la periferia, no en los bordes exteriores de la existencia humana, sino en el núcleo mismo de nuestro ser—, entonces debemos investigar la cuestión del pensamiento. *Ustedes* deben ver esto, no yo. Son *ustedes* los que deben ver la verdad de esto: que el pensamiento tiene que ser comprendido, que uno debe aprenderlo todo al respecto. Ello tiene que ser muy importante para *ustedes*, no porque lo diga quien les habla. Él no tiene importancia alguna. Lo que importa y vale es lo que *ustedes* aprenden, no lo que memorizan. Si se limitan a repetir lo que uno les dice, ya sea aceptándolo o negándolo, en realidad no han investigado el problema en absoluto, mientras que si de verdad quieren resolver este problema humano de cómo vivir en paz, con amor, sin miedo, sin violencia, deben investigar esto.

Entonces, ¿cómo va uno a aprender qué es la libertad? No la libertad con respecto a la opresión, al temor, a todas las pequeñas cosas que nos inquietan, sino la libertad con respecto a la causa misma del temor, a la causa misma de nuestro antagonismo, a la raíz misma de nuestro ser, en la que se encuentra esta espantosa contradicción, esta alarmante persecución del placer, así como todos los dioses que hemos creado, con todas sus iglesias y sus sacerdotes... *ustedes* conocen todo este asunto. De modo que uno debe preguntarse, me parece, si queremos libertad en la periferia o en el propio núcleo de nuestro ser. Y si queremos aprender qué es la libertad en la fuente misma de toda existencia, entonces tenemos que aprender acerca del pensamiento. Si esta cuestión está clara —no la explicación verbal, no la idea que *ustedes* deducen de la explicación, sino que sienten esto como una necesidad verdadera y absoluta—, entonces podemos viajar juntos. Porque si somos capaces de comprender esto, todas nuestras preguntas encontrarán respuesta.

Uno ha de averiguar, pues, qué es el aprender. Primero, quiero aprender si existe la libertad respecto del pensamien-

to; no cómo usar el pensamiento, ésa es la cuestión siguiente. Pero ¿puede la mente estar libre alguna vez del pensamiento? ¿Qué significa esta libertad? Nosotros sólo conocemos la libertad con respecto a algo: estar libres del temor, libres de esto o de aquello, de la ansiedad, de muchísimas cosas. Y ¿existe una libertad que no sea la de estar libre *de* algo, sino una libertad *per se*, libertad en sí misma? Cuando se formula esta pregunta, ¿la respuesta depende del pensamiento? ¿O la libertad es la no existencia del pensamiento? Y el aprender significa percepción instantánea; por consiguiente, el aprender no requiere tiempo. No sé si ven esto. Por favor, ¡esto tiene una importancia verdaderamente fascinante!

SAANEN, 15 DE JULIO DE 1973

Espero que ustedes y yo estemos viendo la misma cosa, comprendiendo no sólo verbalmente sino también de manera no verbal que, para abordar estos problemas, cualesquiera que sean, económicos, sociales, religiosos o personales, necesitamos una mente y un corazón no abrumados por el pensamiento. El pensamiento no va a resolver nuestros problemas, porque estos problemas han nacido a causa de las actividades del pensamiento. Y nuestro principal problema es dar origen a un cambio psicológico fundamental, radical, revolucionario.

DE «KRISHNAMURTI Y LA EDUCACIÓN»

Para terminar con el pensamiento, primero tengo que investigar el mecanismo del pensar. Debo comprender completamente, en lo profundo de mí mismo. Tengo que examinar cada pensamiento sin dejar que escape uno solo antes de haberlo comprendido plenamente, de modo tal que el cerebro, la mente, todo el ser, se tornen muy atentos. Tan pronto persiga completamente cada pensamiento hasta su raíz, veré que el pensamiento termina por sí mismo. No tengo que hacer nada al respecto, porque el pensamiento es memoria, recuerdo. El recuerdo es la huella de la experiencia; y mientras la experiencia no sea comprendida de manera plena, completa, total, deja una huella. Cuando he experimentado algo completamente, la experiencia no deja huella alguna. Por lo tanto, si examino cada pensamiento y veo dónde está la huella y permanezco con esa huella, con ese hecho, entonces el hecho se revelará poniendo fin a ese proceso particular del pensar; y de ese modo son comprendidos cada pensamiento, cada sentimiento. Así el cerebro y la mente son liberados de una masa de recuerdos. Eso requiere una atención extraordinaria, no sólo atención a los árboles y a los pájaros, sino también interna para ver que sea comprendido cada pensamiento.

SAANEN, 28 DE JULIO DE 1974

¿Puede la mente vaciarse del pasado y dar, dentro de sí misma, con ese área que no ha sido tocada por el pensamiento? Veán, hasta ahora sólo hemos operado dentro de las áreas del pensamiento, del conocimiento. ¿Hay alguna otra parte, alguna otra área de la mente —la cual incluye el cerebro— que no haya sido alcanzada por la lucha, la pena, la ansiedad, el temor y toda la violencia, todas las cosas que el hombre ha hecho a causa del pensamiento? El descubrimiento de ese área es meditación. Implica descubrir si el pensamiento puede terminar pero, no obstante, operar cuando es necesario en el campo del conocimiento. Necesitamos el conocimiento; de lo contrario no podríamos funcionar, no seríamos capaces de hablar, escribir y demás. El conocimiento es indispensable para funcionar, y ese funcionamiento se vuelve neurótico cuando el estatus llega a ser sumamente importante, lo cual implica la intervención del pensamiento como el «yo», como el estatus. De modo que el conocimiento es necesario y, sin embargo, la meditación consiste en observar, descubrir, dar con un área en la que no haya movimiento alguno del pensar. ¿Pueden ambos movimientos vivir juntos, armoniosamente, en la vida cotidiana? Ése es el problema; no el respirar de una manera especial ni el sentarse erguido ni el repetir mantras, pagando cien dólares para aprender alguna fea e insignificante palabra y repetirla hasta que uno cree encontrarse en el cielo, ¡lo cual constituye un disparate trascendental!

SAANEN, 24 DE JULIO DE 1975

Entonces, ¿por qué razón construimos la estructura llamada el «yo»? ¿Por qué ha hecho esto el pensamiento? Ésta es, en verdad, una pregunta extraordinariamente importante, porque se trata de nuestra vida. Tenemos que tomar esto extremadamente en serio. ¿Por qué el pensamiento ha creado el «yo»? ¿Ven ustedes el hecho de que el pensamiento ha creado el «yo», o dicen que el «yo» es algo divino, algo que existía antes aún de la existencia del tiempo, lo cual muchos sostienen realmente? También tenemos que investigar esto.

¿Por qué el pensamiento ha creado el «yo»? ¿Por qué? No lo sé, voy a descubrirlo. ¿Cuál piensan ustedes que es la razón de que el pensamiento haya creado el «yo»?

Hay aquí dos cosas. Una es que el pensamiento exige estabilidad, porque sólo donde hay seguridad el cerebro funciona maravillosamente, ya sea de manera neurótica o racional. De modo que una de las razones es que el pensamiento, siendo en sí mismo inseguro, estando fragmentado, dividido, ha creado el «yo» como algo permanente, el «yo» que se ha separado del pensamiento; por eso el pensamiento lo reconoce como algo permanente. Y esta permanencia se identifica por medio del apego: mi casa, mi carácter, mi anhelo, mi deseo... Todo eso da al «yo» una sensación de completa seguridad y continuidad. ¿No es así? En cuanto a la idea de que el «yo» es algo anterior al pensamiento, ¿es así? ¿Y quién puede decir que el «yo» existía antes del pensamiento? Si uno afirma eso

—como muchos lo hacen—, entonces, ¿sobre qué razonamiento, sobre qué base lo afirma? ¿Acaso lo afirma sobre la base de la tradición, de la creencia, de no querer reconocer que el «yo» sea un producto del pensamiento, sino de sostener que es algo maravillosamente divino? ¿No es otra vez una proyección del pensamiento afirmar que el «yo» es permanente?

Habiendo, pues, observado esto, uno descarta la idea de que el «yo» sea algo perpetuamente divino, perpetuamente intemporal o lo que fuere, lo cual es demasiado absurdo. Podemos ver con mucha claridad que el pensamiento ha creado el «yo», el «yo» que ha llegado a ser independiente, el «yo» que ha adquirido conocimientos, el «yo» que es el observador, el pasado. El «yo», que es el pasado, atraviesa el presente y se modifica como futuro; sigue siendo el «yo» producido por el pensamiento, y ese «yo» se ha independizado del pensamiento. ¿Correcto? ¿Avanzaremos a partir de ahí? Por favor, no acepten la descripción, las palabras, sino vean *la verdad* de esto. Vean esto tal como ven el hecho del micrófono. El «yo» tiene un nombre, una forma. El «yo» tiene un rótulo, se llama *K* o *Juan*, se identifica con el cuerpo, el rostro, todas esas cosas. Está, pues, la identificación del «yo» con el nombre y la forma, que es la estructura, y con el ideal que él desea perseguir, o con el deseo de cambiar el «yo» por otra forma de «yo», por otro nombre. Así que éste es el «yo». Este es el producto del tiempo y, por ende, del pensamiento. Este «yo» es la palabra. Eliminen la palabra y ¿qué es el «yo»?

Este «yo» sufre. El «yo», al igual que usted, sufre. El «yo» que sufre es usted. El «yo», en su gran ansiedad, es la gran ansiedad de usted. Por lo tanto, usted y yo somos iguales; ésa es la esencia básica. Aunque usted pueda ser más alto, más bajo, más inteligente, tener un temperamento distinto, un carácter distinto, todo esto es el movimiento periférico de la cultura, pero muy en el fondo, básicamente, somos iguales.

De modo que el «yo» se mueve en la corriente de la codicia, en la corriente del egocentrismo, del miedo, de la ansiedad, etc., lo mismo que usted en la corriente. O sea: usted es egoísta y otro es egoísta, usted tiene miedo y otro tiene miedo —básicamente—, uno tiene ansias, sufre, derrama lágrimas, codicia, envidia... es el destino común a todos los seres humanos. Ésta es la corriente en la que hoy estamos viviendo, la corriente en la que estamos atrapados todos nosotros. En esa corriente vivimos, la corriente del egocentrismo —expresémoslo de este modo—. Esa palabra «egocentrismo» incluye todas las descripciones del «yo» que acabamos de hacer. Y cuando morimos, muere el organismo, pero la corriente egocéntrica continúa.

Considerémoslo. Supongamos que he vivido una vida muy egoísta, basada en actividades egocéntricas: mis deseos, la importancia de mis deseos, las ambiciones, la codicia, la envidia, la acumulación de propiedades, de conocimientos, de toda clase de cosas que he acopiado; a todo eso lo he calificado como «egocentrismo». Y en eso vivo, éste es el «yo» y ése es también usted. Lo mismo ocurre en nuestras relaciones. Por lo tanto, mientras vivimos estamos flotando juntos en la corriente del egocentrismo. Esto es un hecho, no es mi opinión ni una conclusión. Si lo observa, lo verá. cuando uno va a América, a la India o recorre toda Europa, ve el mismo fenómeno modificado por las presiones ambientales y demás, pero básicamente es el mismo movimiento. Y cuando el cuerpo muere, el movimiento continúa.

De modo que esta vasta corriente del egocentrismo, si puedo usar esa palabra para incluir todas las cosas que implica, es el movimiento del tiempo; y cuando el cuerpo muere, eso continúa. Vivimos dentro de esta corriente en nuestra vida cotidiana hasta que morimos, y cuando morimos esa corriente continúa. Esa corriente es el tiempo. Ése es el movimiento del pensar, el cual ha creado el sufrimiento, ha creado el «yo»; a causa de ese movimiento, el «yo» se ha afirmado

ahora como algo independiente y se ha separado de usted, pero cuando ese «yo» sufre, es igual a usted. Así, pues, el «yo» es la palabra, el «yo» es la estructura imaginaria del pensamiento. En sí mismo carece de realidad. Es lo que de él ha hecho el pensamiento; como el pensamiento necesita seguridad, certidumbre, ha depositado toda su certidumbre en el «yo». Y en eso hay sufrimiento. Mientras vivimos, somos llevados por ese movimiento, por esa corriente del egocentrismo. Cuando morimos, esa corriente continúa existiendo.

¿Es posible que esa corriente cese? Muero físicamente, eso es obvio. Mi mujer puede lamentarse y llorar por ello, pero el hecho es que muero, el cuerpo muere. Y este movimiento del tiempo, del cual todos formamos parte, continúa. Por eso yo soy el mundo y el mundo es lo que yo soy. ¿Podrá, pues, haber una terminación para esta corriente y, en tal caso, implicará ello una manifestación que se diferencia por completo de la corriente? O sea, ¿puede el egocentrismo, con todas sus sutilezas, llegar totalmente a su fin? Y ese fin es el fin del tiempo; por lo tanto, hay una manifestación por completo diferente, la cual es no egocentrismo en absoluto.

SAANEN, 13 DE JULIO DE 1976

Estuvimos hablando acerca del movimiento del pensar, de cómo el pensamiento ha construido este mundo moderno, tanto tecnológica como psicológicamente, de lo que ha hecho en el campo de la ciencia y en el campo de la psicología. Y el pensamiento ha creado diversas religiones, múltiples sectas, creencias, dogmas, rituales, salvadores, gurúes y todas esas cosas con las que ustedes están bien familiarizados. Dijimos también que el pensamiento tiene su lugar, limitado, fragmentado, pero que no puede abarcar o comprender lo total, no puede dar con ello. El pensamiento jamás puede descubrir aquello que es intemporal, saber si existe la realidad, la verdad. Jamás puede, en ninguna circunstancia, dar con esa inmensidad; y sin la comprensión de esa totalidad, de esa dimensión en la que el tiempo como pensamiento y medida no existe, el pensamiento tiene que encontrar su lugar propio y limitarse a ese espacio.

Ahora quisiera, si me lo permiten, investigar el problema que constituye la observación de nosotros mismos. Cuando nos observamos a nosotros mismo no nos estamos aislando, limitando, volviéndonos egocéntricos, porque, como lo hemos explicado, somos el mundo y el mundo es lo que somos. Esto es un hecho. Y cuando, como seres humanos, examina-

mos todo el contenido de nuestra conciencia, de nosotros mismos, estamos investigando, de hecho, la totalidad del ser humano, ya sea que viva en Asia, Europa o América. Por consiguiente, no se trata de una actividad egocéntrica. Cuando nos observamos a nosotros mismos, no nos volvemos egoístas, egocéntricos, más y más neuróticos, desequilibrados; por el contrario, al observarnos a nosotros mismos estamos examinando todo el problema humano de la desdicha, del conflicto y de todas las cosas terribles que el hombre se ha hecho a sí mismo y a los demás. Es muy importante, pues, comprender este hecho: que somos el mundo y el mundo es lo que somos. Podemos tener peculiaridades superficiales distintas, pero básicamente, todos los seres humanos de este desdichado mundo pasan por la desdicha, la confusión, la agitación, la violencia, la desesperación, la angustia. Hay, pues, un suelo común sobre el cual todos nos encontramos. Así que cuando uno se observa a sí mismo, está observando a todos los seres humanos.

MADRÁS, 31 DE DICIEMBRE DE 1977

¿Por qué se ha vuelto tan extraordinariamente importante el pensamiento? Si el pensamiento crea temor, si ha hecho que el pasado, que es conocimiento, sea tan tremendamente importante, ¿es posible dar al pensamiento su lugar exacto, de modo tal que no penetre en ningún otro campo? ¿Nos estamos comunicando?

¿Qué es, entonces, el pensar? Cuando les formulo esta pregunta, ¿están ustedes pensando o están escuchando? ¿Qué es lo que hacen? El hecho de dar al pensamiento su lugar genuino, nos libera del miedo. ¿Están escuchando realmente esta declaración? ¿O se preguntan cómo van a poner al pensamiento en su lugar exacto y esperan que yo les diga lo que deben hacer? ¡Entonces no están escuchando realmente! Se han desconectado. ¿De acuerdo?

Por favor, descubran, aprendan el arte de vivir poniéndolo todo en su lugar exacto: el sexo, la emoción, todo. ¿Puede el pensamiento darse cuenta de sí mismo y de sus actividades y así encontrar su justo lugar? ¿Comprenden? El pensamiento se mueve ahora en todas direcciones, y una de las direcciones es el miedo. Por consiguiente, para comprender el miedo deben ustedes comprender el lugar del pensamiento, no detener el pensamiento. Aunque traten de hacerlo, no podrán detener el pensamiento. Pero si pueden ponerlo en su lu-

gar exacto... no *ustedes*, cuando el pensamiento mismo se pone en su lugar exacto, entonces ha comprendido, conoce su limitación, conoce su capacidad de razonar, de ser lógico, etc., pero en el lugar genuino que le corresponde. Nos preguntamos, pues: ¿Puede uno, puede el pensamiento, verse a sí mismo, ver su propia limitación, su propia capacidad, y decir: «Esta razón, esta capacidad, tienen su lugar y no tienen cabida en ninguna otra parte»? Porque el amor no es el pensamiento, ¿verdad? ¿Es el amor un producto del pensamiento, de la memoria?

El recuerdo de nuestros placeres sexuales o de otro tipo de placeres, ¿es amor? Decimos que deben aprender, no memorizar, no repetir lo que ha dicho quien les habla, sino descubrir realmente por sí mismos si el pensamiento tiene su lugar propio, si se da cuenta de ello y si, al darse cuenta, no se moverá en ninguna otra dirección y que, debido a eso, no habrá temor. Esto requiere dedicación, requiere que lo pongan a prueba; no que estén verbalmente de acuerdo, sino que lo pongan a prueba todos los días, de modo tal que comprendan —no «ustedes»— que el pensamiento ha creado el «yo». ¿Correcto? El pensamiento ha hecho que «uno» sea diferente de su pensamiento, y ése es uno de nuestros problemas. El pensamiento se origina con el comienzo de la memoria. Ya en el hombre primitivo o en el antropoide, la memoria es el principio del pensar. Al igual que una cinta magnetofónica, el cerebro registra, lo cual quiere decir que recuerda. Y el recordar es el origen del pensar. Esto es un hecho simple, común. De modo que el pensamiento, al despertar a sí mismo, se reconoce como la causa del miedo, y dice: «Sé cuál es mi lugar genuino». Esto requiere una gran percepción alerta —no concentración— con respecto a las implicaciones de todo el movimiento del miedo; requiere la comprensión de todo el movimiento del pensar.

Vean, si lo hacen, si el pensamiento de ustedes investiga esto, ello forma parte de la verdadera meditación; porque uno

no puede meditar si su vida no está en orden. Si nuestra vida cotidiana no está en perfecto orden, entonces la meditación es una cosa sin valor, una escapatoria, una búsqueda ilusoria y sin sentido. Por eso decimos que, si ha de haber una verdadera meditación, en el pleno sentido de esa palabra, si ha de existir la profundidad de ese estado, la belleza, la claridad y la compasión que implica, debemos empezar por echar los cimientos del orden en nuestra vida cotidiana. Pero ustedes encuentran eso extremadamente difícil. Por eso se marchan a sentarse bajo un árbol o se tapan las narices y hacen toda clase de cosas pensando que eso es meditar.

Existe, pues, una enorme posibilidad de estar completamente libres de temor, si es que han escuchado muy atentamente lo que ha dicho quien les habla, porque estamos viajando, paseando juntos, estamos compartiendo nuestra exploración. Por lo tanto, no aprendemos *de* nadie. Aprendemos mientras paseamos, mientras exploramos. No hay autoridad alguna. Y bien, ahora ¿ha comprendido el pensamiento cuál es su lugar? Mediten sobre ello. Reflexionen. Investíguenlo. Dedicuen media hora de su vida a descubrir; ¡no, no media hora, dediquen *la vida* a descubrir! Porque entonces ustedes, como seres humanos que representan a la humanidad, cuya conciencia es la conciencia de la humanidad, verán por sí mismos que, cuando en esa conciencia no hay miedo, cada uno de ustedes que ha comprendido y ha ido más allá de esa comprensión, influye en la conciencia de la humanidad. Esto es un hecho. De modo que, si se me permite preguntarlo, ¿han aprendido, el pensamiento ha aprendido el arte de ponerse en su lugar exacto? Entonces, una vez que haya hecho eso, las puertas del cielo estarán abiertas.

MADRÁS, 7 DE ENERO DE 1978

Estamos tratando de descubrir la naturaleza íntima del «yo», porque toda nuestra actividad se basa en el «yo»: primero el «yo», y en segundo lugar usted. En todos nuestros vínculos, en todas nuestras actividades de oficina, en las actividades sociales, en la relación de unos con otros, opera constantemente la actividad egocéntrica, incluso cuando meditamos, cuando se supone que somos religiosos. Entonces, ¿qué es el «yo»? Por desgracia, es probable que casi todos ustedes hayan leído filosofía, libros sagrados —yo no los llamaría sagrados, porque son sólo libros— o quizás el gurú o la autoridad religiosa que tienen les hayan dicho que el «yo» es algo extraordinario, algo que ha de vivirse perpetuamente del principio al fin.

Así, pues, estamos formulando una pregunta muy simple que, en realidad, es tremendamente compleja. Importa muchísimo el modo como abordan esa pregunta, si la abordan con temor, con una conclusión, aceptando la autoridad de otros, y entonces la manera de abordarla ya es limitada, restringida; o si ven que para investigar uno tiene que estar libre de todo eso porque, de lo contrario, no puede investigar. Si alimentan prejuicios, si tienen algún ideal, alguna conclusión, algún deseo, entonces eso dictará la investigación que hagan. ¿Pueden, pues, si se me permite preguntarlo, estar libres para investigar esta cuestión de manera muy cuidadosa, lógica, sensata, abierta, a fin de descubrir la naturaleza y la

esencia íntima del «yo»?... Aunque su forma, su nombre, puedan ser diferentes, el individuo, la identidad de un ser humano que siente o piensa que está separado, ¿está realmente separada? Su idiosincrasia, el carácter, las excentricidades, tendencias y cualidades, ¿son el resultado de la cultura en que ha nacido, o el desarrollo del carácter es una resistencia a la cultura? Esto es muy, muy importante.

Así que, en primer lugar, ¿qué es cada uno de ustedes? Su actividad está basada, de la mañana a la noche, en el «yo», en los actos egocéntricos. ¿Qué es, entonces, ese centro desde el cual están actuando, el centro desde el cual meditan, si es que meditan —espero que no—, el centro desde el cual surgen todos sus temores, sus ansiedades, pesares, penas, angustias y afectos, el centro desde el cual buscan la felicidad, la iluminación, la verdad o Dios o como quieran llamarlo, el centro desde el cual dicen: «Tomo votos para ser monje», el centro desde el cual, si están en los negocios, tratan de volverse más poderosos, más ricos? Ése es el centro que estamos examinando, el «yo». ¿Qué es ese «yo» y cómo ha surgido a la existencia? ¿Es posible que se conozcan a sí mismos, tal como son en realidad, no lo que *piensan* que son o lo que abrigan la esperanza de ser? ¿Es posible conocer por completo ese «yo», su esencia, y es posible ir más allá de toda la actividad fragmentada del «yo»?

Ese «yo», ese centro, ¿es creado por el pensamiento? Les ruego que piensen e investiguen, que razonen como si reflexionaran sobre ello por primera vez; entonces es algo nuevo, entonces pueden investigar. Pero si dicen: «Ya sé qué es el “yo”, ya he llegado a ciertas conclusiones acerca de eso», se impedirán a sí mismos toda posibilidad de examinarlo.

Entonces, ¿qué es el «yo»? ¿Qué es cada uno de ustedes? No quién es, sino qué es realmente. Hay una diferencia entre quién es alguien y qué es alguien. Cuando decimos *quién* es, estamos investigando a alguien apartándonos más y más del centro; pero si decimos *qué* es realmente, o sea, «lo que es»,

entonces estamos tratando con la realidad. La realidad es aquello que realmente ocurre. Así, pues, ¿qué es cada uno de ustedes? Uno es un nombre, una forma, el resultado de una sociedad, de una cultura que ha recalcado durante siglos y siglos que cada uno de nosotros está separado, que es algo indefinidamente identificable. ¿Correcto? Uno tiene su carácter, su tendencia particular, ya sea agresiva o complaciente. ¿Eso no está producido por la cultura que ha sido engendrada por el pensamiento? A la gente le resulta muy difícil aceptar un examen muy simple y lógico, porque quisiera creer que el «yo» es algo sumamente extraordinario. Estamos señalando que *el «yo» no es sino palabras y recuerdos*. Por consiguiente, *el «yo» es el pasado*. Y conocernos a nosotros mismos significa observar lo que somos realmente en nuestra relación con otro. Entonces, ya sea esa relación íntima o no íntima, en ella afloran las reacciones del «yo». Así comenzamos a ver lo que somos, nuestras reacciones, los prejuicios, las conclusiones, los ideales, esto y aquello. ¿No es todo eso un resultado? Lo que es un resultado tiene una causa. ¿Es, pues, la causa una serie de recuerdos, de reminiscencias y, por lo tanto, un centro que ha sido creado por el pensamiento y *al cual el pensamiento se aferra?*

¿Qué es, entonces, el amor? Y ¿cuál es el verdadero significado de la meditación? ¿Es el vaciado de esta conciencia con todo su contenido: miedo, codicia, envidia, nacionalidad, mi Dios, y tu Dios, mis rituales y mis posesiones, el vaciado de todo eso? Eso significa enfrentarse con la nada, observar la nada. Esa nada [*nothing*] es ninguna cosa [*not a thing*]. Ustedes saben, *nada significa ninguna cosa*.* Una cosa es aque-

* Obviamente, esta explicación sólo es válida para el idioma inglés, en cuanto a su aspecto etimológico. (*N. del T.*)

llo que ha sido producido por el pensamiento. Me pregunto si ven todo esto. La naturaleza no ha sido producida por el pensamiento; el árbol, las estrellas, los ríos, el hermoso atardecer y la belleza de la luz solar, no son producto del pensamiento. Pero el pensamiento ha hecho del árbol una silla, una mesa; eso es una cosa. De modo que, cuando decimos nada, ello quiere decir ninguna cosa puesta allí por el pensamiento. No se trata de una negación.

Entonces, ¿qué es el amor? ¿Es una cosa del pensamiento, un asunto fragmentario? ¿O hay amor cuando el pensamiento se halla ausente? Y ¿qué relación tiene el amor con el dolor, y el dolor con la pasión? ¿Y cuál es el significado de la muerte? El amor no es una cosa, algo producido por el pensamiento. Si el pensamiento fuera amor, entonces ese amor sería fragmentario, algo que el pensamiento como deseo hizo aceptable en su carácter de placer, ya sea sensorial, sexual u otras formas de placer. Así, pues, si el amor no es pensamiento, ¿cuál es, entonces, la relación del amor con la compasión? ¿Surge la compasión con la determinación del dolor? Y ¿qué significa el dolor? Por favor, tienen que comprender, esto es nuestra vida, es de nuestra vida cotidiana de lo que estamos hablando. Porque todos experimentamos gran dolor; dolor ante la muerte de alguien, diferentes y múltiples formas de dolor: angustia, soledad, desesperación absoluta sin esperanza alguna. ¿Qué sienten ustedes antes esos pobres seres sin ninguna esperanza en la vida?

Uno tiene, pues, que explorar esta cuestión del dolor, ver si es posible terminar con él completamente. Ésta ha sido una de las cosas que, en el curso de los tiempos, la humanidad ha tratado de comprender, de aceptar, de trascender, de racionalizar, de explicar mediante el uso de diversas palabras sánscritas o, como han hecho los cristianos, cargando todo el dolor sobre una persona. Si no hacen nada de eso, puesto que todo son escapatorias, están frente a frente con su dolor. Ustedes conocen el dolor de la soledad, ¿no es así?, el dolor de

la frustración, de amar a alguien y no ser correspondido, o el dolor que sobreviene cuando alguien a quien amaban ha muerto, el dolor que todos experimentamos cuando en lo interno nos sentimos totalmente vacíos, sin valor, insuficientes, Ustedes conocen las múltiples formas de dolor. ¿Es auto-compasión el dolor? He perdido a alguien, y eso trae consigo una gran angustia. En esa angustia hay auto-compasión, soledad, falta de compañía, la sensación de que nos hemos quedado completamente sin fuerzas, sin vitalidad. Estamos totalmente solos. Todos conocemos esa clase de dolor. Racionalizándolo, explicándolo, buscamos evadirlo —eso es lo que hacemos— y quedamos atrapados en una red de escapatorias. Si no escapamos, porque comprendemos la inutilidad de las escapatorias, de la represión, de largarnos a los templos y todo ese desatino, entonces nos enfrentamos con el hecho y no nos movemos de ahí. ¿Comprenden?, *no nos movemos*. El pensamiento quiere escapar, pero nosotros permanecemos con el hecho, observamos cómo se desarrolla, florece y declina. Y eso puede hacerlo sólo cuando lo observamos, cuando sentimos afecto por esa cosa que llamamos dolor.

Ustedes saben, cuando sienten afecto por algo, lo observan con gran delicadeza, gran cuidado y atención. Una madre se preocupa por su bebé, se levanta muchas veces en mitad de la noche, está agotada, ¡pero cuida, vigila! Así, pues, si ustedes observan del mismo modo esa cosa llamada dolor, si la observan con cuidado, vacilación, afecto, entonces verán que no escapan de ella, y esa cosa misma que ha sido llamada dolor, se convierte en algo por completo diferente, que es pasión. No lujuria, sino pasión. Y sin pasión la vida no tiene sentido.

De modo que el «yo» y la estructura del «yo» se basan en nada. La más recóndita profundidad del «yo» es absolutamente nada. Y la belleza, la inmensidad, la magnitud del amor sólo es posible cuando el pensamiento se da cuenta de que no tiene cabida en la relación; y entonces hay amor.

Lo siguiente que debemos descubrir, pues, es qué relación existe entre el amor y la muerte. ¿Cuál es la relación que nuestra existencia tiene con la muerte? Estamos tremendamente interesados en lo que sucede *después* de la muerte, pero jamás nos interesa lo que sucede antes. Jamás nos interesa cómo vivimos nuestra vida, sino que siempre estamos preocupados acerca de cómo terminamos la vida. Ahora vamos a invertir el proceso y ver cómo vivimos nuestra vida cotidiana, si en esa vida cotidiana hay una terminación, una terminación para nuestro apego. Ustedes saben cómo es la vida que viven, ¿no es así? Es una batalla desde el momento en que nacen hasta que mueren, una serie de conflictos interminables, de esfuerzos desesperados que no llevan a ninguna otra parte que a más dinero, más placer, más cosas; cosas que incluyen a sus dioses, dado que éstos están hechos por la mano o la mente. Todo eso es la actividad del pensamiento: ansiedad, depresión, exaltación, confusión, incertidumbre, búsqueda permanente de la seguridad sin encontrarla jamás. Ésta es nuestra vida de todos los días, controlándonos, controlando el sexo o complaciéndonos en él, una vida de ambición, codicia, poder, posición. ¿Correcto? Ésta es nuestra fea, brutal vida cotidiana. Y la disimulamos bajo diversos nombres y dándole un significado peculiar. Pero ésta es, de hecho, nuestra vida de cada día, y tenemos miedo de abandonarla. Estamos obligados a abandonarla cuando morimos; no podemos razonar con la mente. La muerte a causa de un accidente, de una enfermedad, de la vejez... ustedes saben, nos enfrentamos a todo eso.

Ésta es, pues, nuestra vida, y estamos diciendo que es mucho más importante que la muerte; no en el final, sino ahora. La muerte significa —les ruego que escuchen— el final. Yo sé que a ustedes les gustaría continuar. Pensamos que existe la reencarnación, quizás. Si hay o no hay vida en el más allá carece totalmente de importancia. Lo importante en sumo grado es lo que ocurre ahora, es ver si podemos transformar la ma-

nera como vivimos hoy. Aun si creen en esta idea de la reencarnación, ¿qué es lo que va a nacer en la próxima vida, quién va a nacer? ¿Nuestro «yo», nuestra codicia, nuestra envidia, nuestra brutalidad, nuestra violencia modificada? Y si creen en eso, entonces lo que hacen ahora importa enormemente; pero en realidad llegan hasta ahí, juegan con la idea, y son codiciosos, envidiosos, brutales, competitivos.

Nos preguntamos, pues, si la muerte significa que el cerebro, sin oxígeno, sin sangre, se deteriora, se acaba. Ahora bien, ¿puede uno ahora, mientras vive, terminar con algo que conserva como sumamente preciado: el propio «yo»? ¿Puede uno terminar con su apego? Terminar con él, no argumentar al respecto, terminar con el apego y ver qué sucede. Si uno termina con todas las cosas tales como la codicia, la envidia, la ansiedad, la soledad, si termina con ellas *ahora*, la mente tiene un significado por completo diferente. Entonces no hay muerte, uno está viviendo con la muerte todo el tiempo. La muerte es la vida, el fin es un comienzo. Si la misma cosa se mantiene continuamente, no hay nada nuevo. Sólo cuando existe una determinación, tiene lugar un florecimiento. ¿Comprenden? Háganlo, por favor, en sus vidas, háganlo. Póngalo a prueba. Eso es lo que entiendo cuando digo que deben ser serios. Es sólo el hombre serio el que *vive*; serio en el sentido de que sabe que siente temor, codicia, de que es consciente de su propio placer particular y, sin argumentar, sin reprimir, termina con todo ello, fácilmente, con gracia, con belleza. Entonces, si hacen eso, verán un comienzo totalmente distinto. Porque entonces hay un real enfrentarse a la nada, y eso es muerte, es invitar a la muerte mientras vivimos. Tal invitación es el final de todos nuestros apegos.

Entonces, de todo ello surge un factor extraño, el factor de la suprema inteligencia, Esa inteligencia se basa en la compasión y la claridad, y gracias a esa inteligencia hay una gran destreza. Por lo tanto, si son serios actúan, obran, no persiguen alguna vaga teoría o algún ideal, sino que termi-

Sobre la mente y el pensamiento

nan con algo que conservan como muypreciado: su ambición, ya sea ésta una ambición espiritual, física o comercial; terminan con ella. Entonces verán por sí mismos que tiene lugar un nuevo florecimiento.

OJAI, 15 DE MAYO DE 1980

Interlocutor: ¿Qué relación hay entre la atención y el pensamiento? ¿Existe una brecha entre la atención y el pensamiento?

Krishnamurti: Es una buena pregunta, porque nos afecta a todos. O sea, qué es la atención, cómo se relaciona el pensamiento con la atención y si en la atención hay libertad. Sabemos qué es la concentración, casi todos estamos adiestrados desde la infancia para concentrarnos, y lo que esta concentración hace es limitar toda nuestra energía a un punto determinado y mantenerla aferrada a ese punto. Un chico en la escuela mira hacia afuera por la ventana viendo una ardilla que trepa a un árbol, y el educador le dice: «Oye, no estás prestando atención, concéntrate en el libro. Escucha lo que estoy diciendo», lo cual equivale a considerar la concentración mucho más importante que la atención. Si yo fuera el educador, ayudaría al chico a observar la ardilla completamente, a que observara el movimiento de la cola, la forma de las uñas, todo. Entonces, si aprende a observar atentamente eso, ¡prestará atención al libro! De este modo no hay contradicción.

La atención es un estado de la mente en el que no hay contradicción alguna. No hay una entidad, un centro o un punto que diga: «Debo prestar atención». Es un estado en el que no hay desperdicio de energía, mientras que en la concentración siempre se desarrolla el proceso de controlar: quiero concen-

trarme en una página pero el pensamiento divaga, y entonces lo hago retroceder y hay una batalla constante, mientras que en la atención es realmente muy simple lo que ocurre: cuando alguien dice «te amo» y eso es lo que quiere decir, uno presta atención. No responde: «¿Me amas por mi buena apariencia, o porque tengo dinero, o por razones sexuales?», o esto o aquello. Así, pues, la atención es algo completamente diferente de la concentración.

Y el interlocutor pregunta qué relación hay entre la atención y el pensamiento. Ninguna, obviamente. La concentración se relaciona con el pensamiento porque el pensamiento la dirige: «Debo aprender, debo concentrarme a fin de poder controlarme a mí mismo». El pensamiento imprime una dirección desde un punto a otro punto, mientras que en la atención no tiene cabida el pensamiento; simplemente atiendo.

Y, ¿existe una brecha entre la atención y el pensamiento? Una vez que usted haya captado todo el movimiento del pensar, no formulará esta pregunta. Comprender lo que es el pensamiento no implica que alguien le diga lo que es el pensamiento, sino que usted lo vea, que vea cómo el pensamiento surge de la existencia.

No podría haber pensamiento si hubiera amnesia total. Pero nosotros no nos encontramos en un estado de amnesia, y uno quiere descubrir qué es el pensamiento, qué lugar tiene en la vida. El pensar ocurre como una reacción de la memoria. La memoria responde a un reto, a una pregunta, a una acción, o en relación con algo, con una idea, una persona. Uno ve todo esto en la vida; por lo tanto se pregunta: ¿qué es la memoria? Cuando uno ha pisado a cierto insecto y éste lo pica y el dolor se registra y almacena en el cerebro, eso es memoria, recuerdo. El dolor que se ha convertido en un recuerdo no es un dolor real. El dolor se ha ido, pero el recuerdo permanece, de modo que la próxima vez uno tiene cuidado. Está la experiencia como dolor, la cual se ha convertido en conocimiento; ese conocimiento, esa experiencia, se almace-

na como memoria, y esa memoria responde como pensamiento. La memoria es pensamiento. Y el conocimiento, por amplio, profundo y extenso que sea, siempre debe ser limitado. No existe el conocimiento completo.

Así que el pensamiento es siempre parcial, limitado, divisivo, porque en sí mismo no es completo, nunca puede ser completo; puede *pensar* acerca de la integridad, de la totalidad, pero el pensamiento mismo no es total. Por eso, cualquier cosa que pueda crear filosóficamente, religiosamente, sigue siendo parcial, limitada, fragmentaria, ya que el conocimiento forma parte de la ignorancia. Como el conocimiento jamás puede ser completo, debe marchar siempre junto con la ignorancia. Y si comprendemos la naturaleza del pensamiento, qué es la concentración, vemos que el pensamiento no puede prestar atención, porque la atención consiste en entregar toda nuestra energía sin limitación alguna. Si está prestando atención ahora, ¿qué ocurre? No hay un «yo» que atienda. No hay un centro que diga «debo atender». Están atendiendo porque se trata de la vida de ustedes. Si no están interesados, ése es un asunto diferente. Pero si son serios y prestan atención, encontrarán que sus problemas han desaparecido, al menos por el momento.

Por lo tanto, resolver problemas es prestar atención. ¡No se trata de ningún truco!

Se han presentado más de doscientos cincuenta preguntas, siempre sin abordar de algún modo los hechos que nos conciernen a cada uno de nosotros. Ustedes no preguntan: «¿Por qué parlorea mi mente, por qué está tan inquieta?» ¿Se han formulado alguna vez esa pregunta, por qué están tan inquietos, pasando de una cosa a otra, buscando constante entrenamiento? ¿Por qué parlorea la mente de ustedes? y ¿qué harán al respecto? La respuesta inmediata que tienen es que de-

ben controlarla, dicen: «No debo parlotear». ¿Qué significa eso? El controlador mismo *parlotea*. Hay un controlador que dice: «No debo parlotear»; él mismo forma parte del parloteo. ¡Vean la belleza de ese descubrimiento! ¿Qué harán, pues?

Yo no sé si han advertido que la mente, toda la estructura del cerebro, necesita estar ocupada con algo; con el sexo, con problemas, con la televisión, con ir al fútbol, a la iglesia. ¿Por qué debe estar ocupada? Si no lo está, ¿acaso eso no hace que se sientan inseguros, atemorizados? Se sienten vacíos, ¿verdad? Se sienten perdidos, comienzan a darse cuenta de lo que son, de que hay una tremenda soledad interna. Por consiguiente, a fin de evitar esa profunda soledad con toda la angustia que implica, la mente parlotea, se ocupa de todo lo demás excepto de esa sensación de soledad. Y entonces eso se convierte en la ocupación. Si no me ocupo de todas las cosas exteriores, tales como el cocinar, el lavar, el limpiar la casa, etc., la mente dice: «Me siento sola, ¿cómo puedo superarlo?, hablaré de ello, de lo desdichada que soy»... otra vez el parloteo. Pero, ¿por qué parlotea la mente? Formúlense la pregunta. ¿Por qué parlotea la mente de ustedes sin estar quieta ni por un momento, sin hallarse ni por un solo instante libre de algún problema?

Esa ocupación, ¿es el resultado de nuestra educación, de la naturaleza social de nuestra vida? Obviamente todo son excusas. Dense cuenta, en cambio, de que la mente de ustedes parlotea, véanlo, permanezcan con ello, trabajen con ello. Si mi mente está parloteando, observaré eso. Diré: «Muy bien, parlotea», pero prestaré atención, lo cual quiere decir que no estoy tratando de que no parlotee. No digo que debo reprimir eso, simplemente presto atención al parloteo. Si lo hacen, verán lo que ocurre. Entonces la mente está muy clara, libre de todo esto. Y probablemente ése es el estado de un ser humano sano y normal.

CONVERSACIÓN CON EL PROFESOR DAVID BOHM, EN BROCKWOOD PARK, 14 DE SEPTIEMBRE DE 1980

Krishnamurti: Ahora bien, la pregunta es: ¿Existe algo más allá de este caos, algo que jamás haya sido alcanzado por el pensamiento, por la mente del hombre?

David Bohm: Sí, ése es un punto difícil, no alcanzado por la mente humana; pero la mente podría ir más allá del pensamiento.

K: Eso es lo que quiero descubrir.

DB: Entonces, ¿qué entiende usted por mente? ¿Entiende tan sólo el pensamiento, el sentimiento, el deseo, la voluntad, o algo que es mucho más que eso?

K: No, por ahora hemos dicho que la mente, la mente humana, es eso.

DB: Consideramos, pues, que la mente es limitada.

Sobre la mente y el pensamiento

K: Mientras la mente humana está atrapada en eso, es limitada.

DB: Sí, pero la mente tiene un potencial.

K: Un potencial tremendo.

DB: Del que no se percata ahora, por estar atrapada en el pensamiento, el sentimiento, el deseo, la voluntad y esa clase de cosas.

K: Exacto.

DB: Entonces diremos que aquello que está más allá de eso no es alcanzado por esta clase limitada de mente. ¿Qué hemos de entender, pues, por la mente que está más allá de este límite?

K: Ante todo, señor, ¿existe una mente así?

DB: Sí, ésa es la primera pregunta.

K: ¿Existe una mente así que de hecho, no desde el punto de vista teórico, romántico y todas esas insensateces, sino que de hecho haya dicho: «He ido hasta el final de esto»?

DB: Usted quiere decir de todas esas cosas.

K: Sí. Ir hasta el final de algo significa haber terminado con ello. ¿Existe una mente así? ¿O debido a que piensa que ha terminado con eso, crea la ilusión de que hay otra cosa? No lo aceptaré. Como ser humano, como una persona, como «X», digo: «He comprendido esto. He visto la limitación de todo esto. Lo he vivido completamente y he llegado al final de ello». Y esta mente, por haber llegado al final de ello, ya no es la mente limitada. ¿Existe una mente que sea por completo ilimitada?

DB: Sí, ahora eso suscita la pregunta de cómo puede el cerebro establecer contacto con esa mente. ¿Qué relación hay entre la mente ilimitada y el cerebro?

K: Estoy llegando a eso. Ante todo, quiero ser claro sobre este punto; es muy interesante si lo examinamos. Esta mente, en su totalidad, toda la naturaleza y estructura de la mente —que incluye las emociones, el cerebro, las reacciones y respuestas físicas— ha vivido en la confusión, en el caos, en la soledad, y ha comprendido, ha tenido un discernimiento directo y profundo en todo eso. Y, al tener un discernimiento semejante, ha clarificado el campo. *Esta* mente ya no es más *aquella* mente.

DB: Sí, ya no es más la primitiva mente limitada con la que uno comenzó.

K: Ya no es más la mente limitada, la mente dañada. Usemos la palabra *dañada*.

DB: La mente dañada, también el cerebro dañado; el funcionamiento de esa mente ha dañado el cerebro.

K: Sí, muy bien. La mente dañada significa emociones dañadas, cerebro dañado.

DB: Las células mismas no están en su orden correcto.

K: Así es. Pero cuando existe este discernimiento y, por lo tanto, hay orden, el daño se repara. No sé si está de acuerdo con eso.

DB: Sí, por cierto. Razonando, uno ve que eso es muy posible, porque podría decirse que la causa del daño fueron los pensamientos y sentimientos desordenados que sobreexcita-

ron y desorganizaron a las células. Y ahora, con el discernimiento, ese proceso se detiene y se origina uno nuevo.

K: Sí, es como una persona que durante cincuenta años ha estado marchando en una dirección, y de pronto se da cuenta de que ésa no es la dirección; cambia todo el cerebro.

DB: Cambia en el núcleo mismo, y entonces la estructura equivocada se desarma y recupera su salud. Usted dijo que eso puede requerir tiempo.

K: Correcto.

DB: Pero el discernimiento que...

K: ...es el factor que habrá de cambiarla.

DB: Sí, y ese discernimiento no ocupa tiempo; ello significa que todo el proceso ha cambiado su origen.

K: Correcto. Esa mente, la mente limitada con toda su conciencia y su contenido dice que esa parte se ha acabado. Ahora bien, si es una realidad que esa mente limitada ha tenido un discernimiento directo en esta limitación y, debido a eso, se ha apartado de esa limitación, ¿no es ello, en verdad, algo tremendamente revolucionario? ¿Entiende? Por consiguiente, ésa ya no es más la mente humana. Perdóneme por usar esa palabra.

DB: Bueno, creo que deberíamos aclarar eso, qué entendemos por mente humana.

K: La mente humana con su conciencia limitada.

DB: Sí, esa conciencia limitada que se halla condicionada y no es libre.

K: Ésa se ha acabado.

DB: Sí, de modo que ello ocurre en la conciencia general, quiero decir, no sólo en los individuos, sino en toda la conciencia.

K: Por supuesto, no hablo de un individuo aislado, eso es demasiado tonto.

DB: Sí, pero creo que ya discutimos eso, que el individuo es el resultado de la conciencia general, un resultado particular antes que algo independiente. Vea, ésa es una de las dificultades.

K: Sí, es una de las confusiones.

DB: La confusión consiste en que tomamos la mente individual como si fuera la realidad concreta. Hemos discutido en el pasado la necesidad de considerar esta mente general como la realidad desde la cual se forma la mente individual.

K: Sí, todo eso está muy claro.

DB: Pero ahora usted habla de apartarse incluso de esa mente general; ¿qué significa eso?

K: Sí, de la general y de la particular.

DB: Y de la mente particular.

K: Ahora bien, si uno se ha apartado de ella, ¿qué es, entonces, la mente?

DB: Sí, ¿y qué es la persona, qué es el ser humano? ¿Correcto?

Sobre la mente y el pensamiento

K: ¿Qué es, entonces, un ser humano? Y ¿cuál es, entonces, la relación entre esa mente, no hecha por el hombre, y la mente hecha por el hombre? No sé si me expreso con claridad.

DB: Bueno, ¿estaríamos de acuerdo si la llamáramos la mente universal? ¿O preferiría usted no llamarla así?

K: No me agrada esa expresión *mente universal*, muchísima gente la ha empleado. Usemos una más simple.

DB: Bueno, es la mente no hecha por el hombre.

K: Creo que esa expresión es más simple, atengámonos a ella: una mente no hecha por el hombre.

DB: Ni individualmente ni en general.

K: En lo general o en lo individual, no está hecha por el hombre. Señor, ¿puede uno observar de verdad, profundamente, sin prejuicios y todo lo demás, que una mente así *existe*? ¿Entiende lo que trato de decir?

DB: Sí, veamos qué significa observar eso. Creo que aquí se suscitan algunas dificultades de lenguaje, porque ya lo ve, decimos que uno debe observar y esas cosas, mientras...

K: Observo eso, observo.

DB: ¿Quién lo observa? Ése es uno de los problemas que surgen.

K: Hemos pasado por todo eso. En la observación no hay división alguna. No es que «yo observo», sólo existe la observación.

DB: Tiene lugar la observación.

K: Sí.

DB: ¿Diría usted que tiene lugar en un cerebro particular, por ejemplo, o que un cerebro particular participa en la observación?

K: Hay una trampa en esto, lo conozco. No, señor, no tiene lugar en un cerebro particular.

DB: Sí, pero al parecer, un cerebro particular puede responder.

K: Por supuesto, pero no es «el cerebro de K».

DB: No, no quise decir eso. Lo que entiendo por la palabra *cerebro particular* es que, dadas las peculiaridades que caracterizan a cierto ser humano en el espacio y en el tiempo, cualquiera que sea su forma y no dándole un nombre, podríamos decir que se distingue de otro ser humano que podría encontrarse ahí.

K: Vea, señor, seamos claros en este punto. Vivimos en un mundo hecho por el hombre, a base de una mente hecha por el hombre, somos el resultado de mentes hechas por el hombre, de nuestros cerebros con todas sus respuestas, etc.

DB: Bueno, el cerebro en sí no está hecho por el hombre, sino que ha sido condicionado; su condicionamiento es hechura del hombre.

K: Condicionado por el hombre, correcto, eso es lo que quiero decir. Ahora bien, ¿puede esa mente liberarse de su condicionamiento de manera tan completa que ya no sea más hechura del hombre? Ésa es la pregunta; mantengámosla en ese nivel simple. ¿Puede esa mente hecha por el hombre (como

ahora lo está), puede llegar hasta el punto de liberarse tan completamente de sí misma?

DB: Sí, por supuesto, en cierto modo ésa es una afirmación paradójica.

K: Desde luego. Paradójica pero verdadera, *es* así. Empecemos nuevamente. Uno puede observar que la conciencia de la humanidad es su contenido. Y su contenido son todas las cosas hechas por el hombre; ansiedad, miedo y demás. Y esa conciencia no es sólo la particular, es también la general. Al haberse producido un discernimiento directo en esto, la conciencia se ha limpiado de ese contenido.

DB: Bueno, eso implica que siempre fue potencialmente más que ese contenido, y que el discernimiento la habilitó para liberarse de él. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

K: Ese discernimiento... yo no diría que es potencial.

DB: Aquí hay una pequeña dificultad verbal. Si usted dice que el cerebro o la mente tiene un discernimiento directo en su propio condicionamiento, entonces casi está diciendo que se convirtió en otra cosa.

K: Sí, eso es lo que estoy diciendo, justamente. El discernimiento transforma la mente hecha por el hombre.

DB: Correcto. Entonces ya no es más la mente hecha por el hombre.

K: No es más la mente hecha por el hombre. El discernimiento implica acabar con todo el contenido de la conciencia. ¿De acuerdo? No parte por parte, sino la totalidad del contenido. Y ese discernimiento no es el resultado del esfuerzo del hombre.

DB: Sí, pero entonces parece suscitarse la pregunta: ¿Desde dónde surge ese discernimiento?

K: Muy bien. ¿Desde dónde surge? Sí, surge en el cerebro mismo, en la mente misma.

DB: ¿En cuál de los dos? ¿En el cerebro o en la mente?

K: En la mente, me refiero a la totalidad de la mente. Espere un momento, señor. Vayamos despacio, esto es muy interesante, vayamos despacio. La conciencia está hecha por el hombre, la conciencia general y la particular. Y lógicamente, razonablemente, uno ve la limitación de esa conciencia. Entonces la mente ha ido mucho más lejos. Llega a un punto en que dice: «¿Puede esto ser barrido en un instante, de un soplo, con un solo movimiento?». Y *eso* es el discernimiento. Sigue estando en la mente. Pero no ha nacido de esa conciencia. No sé si me estoy expresando con claridad.

DB: Sí. Entonces, usted dice que la mente tiene la posibilidad, un potencial que le permite moverse más allá de la conciencia.

K: Sí.

DB: Pero en realidad el hombre no ha hecho mucho en ese sentido.

K: Por supuesto. Eso tiene que formar parte del cerebro, parte de la mente.

DB: El cerebro, la mente puede hacerlo, pero por lo general no lo ha hecho.

K: Así es. Ahora bien, habiendo pasado por todo esto, ¿hay una mente no hecha por el hombre, que el hombre no puede concebir, no puede crear, y que no es una ilusión? ¿Existe una mente así? No sé si soy claro.

DB: Bueno, creo que lo que usted dice es que, habiéndose liberado a sí misma, la mente...

K: ... habiéndose liberado de lo general y lo particular...

DB: ... se ha liberado de la estructura general y particular de la conciencia de la humanidad, de sus límites, y ahora esta mente es mucho más grande. Y usted dice, entonces, que esta mente da lugar a una pregunta.

K: Esta mente da lugar a una pregunta.

DB: ¿Cuál es?

K: En primer lugar, ¿está esa mente libre de la mente hecha por el hombre? Ésa es la primera pregunta.

DB: Puede tratarse de una ilusión.

K: Ilusión; a eso quiero llegar, uno tiene que ser muy claro. No, no es una ilusión, porque él ve que la medida es una ilusión, él conoce la naturaleza de las ilusiones, sabe que donde hay deseo tiene que haber ilusiones. Y las ilusiones deben crear limitación y todo eso. Él no sólo ha comprendido esto, ha terminado con ello.

DB: Está libre del deseo.

K: Libre del deseo. Ésa es la naturaleza de la mente. Está libre del deseo.

DB: Pero está llena de energía.

K: Sí; así pues, esta mente que ya no es general ni particular y, por ende, no es limitada —la limitación ha sido desbaratada por el discernimiento—, ha dejado de ser una mente condicionada. Entonces, ¿qué es esa mente? Al darse cuenta de eso, ya no está más presa en la ilusión.

DB: Sí, pero usted decía que eso da lugar a una pregunta acerca de si hay algo mucho más grande.

K: Sí, por eso planteo la pregunta.

DB: Cualquier cosa que ello pueda ser.

K: Sí. ¿Existe una mente no hecha por el hombre? Y si existe, ¿qué relación tiene con la mente hecha por el hombre? Esto es muy difícil. Uno ve que toda forma de afirmación, toda forma de enunciación verbal, no es *eso*. ¿Correcto? Preguntamos, pues: ¿Existe una mente no hecha por el hombre? Creo que esta pregunta puede formularse sólo cuando lo otro, las limitaciones, ha llegado a su término; de lo contrario es tan sólo una pregunta absurda.

DB: Será igualmente...

K: Sólo una pérdida de tiempo. Quiero decir, se vuelve teórica, carece de sentido.

DB: Forma parte de la estructura hecha por el hombre.

K: Por supuesto, por supuesto. Por eso uno debe estar absolutamente... uno debe estar...

DB: Creo que la palabra *absoluto* puede usarse si somos muy cuidadosos.

K: Muy cuidadosos, sí. Absolutamente libres de todo esto. Sólo entonces podemos formular esa pregunta. ¿Existe una mente no hecha por el hombre y, si existe una mente así, que relación tiene con la mente hecha por el hombre? Ahora bien, en primer lugar, ¿*existe* una mente así? Por supuesto que existe. Por supuesto, señor. Sin ser dogmático ni personal ni todas esas cosas, una mente así existe. Pero no es Dios.

DB: Correcto, de acuerdo.

K: Porque Dios... ya hemos visto todo eso.

DB: Forma parte de la estructura hecha por el hombre...

K: La cual ha generado caos en el mundo. Muy bien. Entonces, la pregunta que sigue es: Si una mente así existe —y hay alguien que dice que existe— ¿qué relación hay entre esa mente y la mente hecha por el hombre?

DB: Sí, la mente general.

K: La particular y la general. ¿Tiene relación alguna?

DB: Bueno, la pregunta es difícil, porque uno podría decir que la mente hecha por el hombre está saturada de ilusiones, que la mayor parte de su contenido no es real.

K: No, y esta mente es real.

DB: Verdadera, o lo que fuere.

K: Usaremos la palabra *real* en el sentido de verdadera, y aquélla es medible, confusa; ¿tiene *esta* mente alguna relación con *aquella*? Obviamente, no.

DB: Bueno, yo diría que hay una relación superficial, en el sentido de que la mente hecha por el hombre tiene algún contenido real en cierto nivel, un nivel técnico, digamos, por ejemplo, el sistema de televisión, etc.

K: Bueno...

DB: De modo que en ese sentido podría haber una relación en esa área pero, como usted decía, es un área muy pequeña. Pero en lo fundamental...

K: La mente hecha por el hombre no tiene relación con la otra, pero la otra tiene una relación con la mente hecha por el hombre.

DB: Sí, pero no con las ilusiones en la mente hecha por el hombre.

K: Espere un momento, seamos claros. Mi mente es la mente de hechura humana. Tiene ilusiones, deseos y demás. Y existe esa otra mente que no las tiene, que está más allá de todas las limitaciones. Esta mente ilusoria, la mente de hechura humana, está siempre buscando eso.

DB: Sí, ésa es su principal ocupación.

K: Ésa es su principal ocupación. Esta siempre midiendo, avanzando, acercándose, alejándose... todo eso. Esa mente, la mente hecha por el hombre, está buscando eso todo el tiempo y, en consecuencia, creando más y más daño y confusión. Esta mente hecha por el hombre no tiene relación alguna con aquélla.

DB: No, porque cualquier intento para alcanzar a aquélla es el origen de la ilusión.

K: Desde luego, desde luego, obviamente. Ahora bien, ¿tiene *aquélla* alguna relación con *ésta*?

DB: Bueno, lo que yo estaba sugiriendo es que tendría que tenerla, pero que si consideramos las ilusiones que hay en esta mente, tales como el deseo, el miedo, etc., aquélla no tiene ninguna relación con eso, porque de cualquier modo se trata de ficciones.

K: Sí, comprendido.

DB: Pero *aquélla* puede tener una relación con la mente hecha por el hombre cuando ésta comprende su verdadera estructura.

K: ¿Está usted diciendo, señor, que aquella mente tiene una relación con la mente humana en el momento en que ésta se aparta de las limitaciones?

DB: Sí, al comprender esas limitaciones, se aparta de ellas.

K: Se aparta. Entonces aquélla tiene una relación con ésta.

DB: Entonces tiene una relación genuina con lo que esta mente limitada es en realidad, no con las ilusiones acerca de lo que ella piensa que es.

K: Seamos claros.

DB: Bueno, tenemos que encontrar las palabras apropiadas: la mente que no es limitada, que no está hecha por el hombre,

no puede relacionarse con las ilusiones que contiene la mente hecha por el hombre.

K: De acuerdo.

DB: Pero tiene que estar relacionada por la fuente, por decirlo así, con la naturaleza real de la mente hecha por el hombre, naturaleza que está detrás de la ilusión.

K: O sea, ¿en qué se basa la mente hecha por el hombre?

DB: Bueno, en todas estas cosas que hemos mencionado.

K: Sí, que son su naturaleza. Por lo tanto, ¿cómo puede *aquella* tener una relación con *ésta*, aun básicamente?

DB: La única relación está en la comprensión acerca de su naturaleza, y de ese modo alguna comunicación entre ambas mentes sería posible, la cual podría, entonces, transmitirse a la otra persona...

K: No, yo cuestiono eso.

DB: Porque usted decía que la mente no hecha por el hombre, puede relacionarse con la mente limitada, y no a la inversa.

K: Aún eso lo cuestiono.

DB: Puede que sea así o no; ¿es eso lo que usted está diciendo al cuestionarlo?

K: Sí, lo estoy cuestionando.

DB: Muy bien.

K: ¿Cuál es, entonces, la relación del amor con los celos? No hay ninguna relación.

DB: No con los celos en sí, que son una ilusión, pero puede haberla con el ser humano que está celoso.

K: No, estoy considerando el amor y el odio, dos palabras, amor y odio; el amor y el odio no tienen ninguna relación el uno con el otro.

DB: No, no realmente.

K: *Ninguna*, no «no realmente».

DB: Vea, yo pienso que el amor podría comprender el origen del odio.

K: Ah, podría... sí, sí.

DB: En ese sentido, yo consideraría que hay una relación.

K: Ya lo veo, entiendo. Lo que usted dice es que el amor puede comprender el origen del odio y cómo el odio surge y todo lo demás. ¿Comprende eso el amor?

DB: Bueno, pienso que en cierto sentido comprende el origen del odio en la mente hecha por el hombre, que al ver a esa mente en toda su naturaleza y apartarse...

K: ¿Estamos diciendo, señor, que el amor —usaremos esa palabra por el momento—, que el amor tiene una relación con lo que no es amor, con el no amor?

DB: Sólo en el sentido de disolverlo.

K: No estoy seguro, no estoy seguro, aquí debemos ser terriblemente cautos. ¿O es con la terminación misma...?

DB: ¿Cuál...?

K: Con la terminación del odio, existe lo otro; no que lo otro tiene una relación con la comprensión del odio.

DB: Sí, bueno, debemos preguntarnos, entonces, cómo ha empezado el odio.

K: Eso es muy simple.

DB: No, me refiero a... supongamos que sentimos odio.

K: Siento odio. Supongamos que siento odio. Puedo ver su origen. Es porque usted me ha insultado.

DB: Bueno, ése es un concepto superficial acerca del origen; me refiero al origen más profundo de que uno se comporte tan irracionalmente. Vea, ése no es el origen real; si usted dice meramente que lo he insultado, yo digo: ¿Por qué debe responder al insulto?

K: Porque todo mi condicionamiento es ése.

DB: Sí, eso es lo que entiendo por su comprensión acerca del origen de...

K: Entiendo eso, pero ¿me ayuda el amor a comprender el origen del odio?

DB: No, pero creo que alguien que odia, si comprende el origen de su odio y se aparta...

K: ... entonces existe lo otro. Lo otro no puede ayudar a terminar con el movimiento del odio.

DB: No, pero la pregunta es: Supongamos que una persona –si usted quiere plantearlo de ese modo– tiene este amor y la otra no lo tiene; ¿puede la primera comunicar algo que ponga en marcha el movimiento en la segunda?

K: ¿Significa eso que A puede influir sobre B?

DB: Influir no, me refiero a que uno podría preguntarse, por ejemplo, por qué debería alguien estar hablando acerca de todo esto.

K: Ésa es una cuestión diferente, por completo diferente. No, señor, la pregunta es: El odio, ¿es disipado por el amor?

DB: No, eso no; no.

K: ¿O, más bien, al comprender el odio y terminar con él, tiene existencia lo otro?

DB: Correcto, pero si decimos que aquí, en A, ahora hay amor, A ha alcanzado eso.

K: Sí.

DB: A tiene amor y ve que B...

K: B tiene lo otro que no es amor.

DB: Entonces, lo que preguntamos es qué va él a hacer; ésa es la pregunta.

K: ¿Qué relación hay entre los dos?

DB: Ésa es misma pregunta.

K: La misma pregunta, sí.

DB: Qué va él a hacer es otra forma de plantearla.

K: Creo... espere un momento, señor. Mi esposa ama y yo odio. Ella puede hablarme al respecto, puede señalármelo, hacerme ver la irracionalidad que ello implica, etc., pero su amor no va a transformar el origen de mi odio.

DB: Eso está claro, sí, excepto que el amor de ella es la energía que estará detrás de las palabras.

K: Detrás de las palabras, sí.

DB: No es el amor mismo el que en cierto modo penetra allí y disuelve el odio.

K: Por supuesto que no; eso no es un enfoque romántico y todas esas cosas. Así, pues, el hombre que odia y tiene un discernimiento en el origen, en la causa, en el movimiento del odio y termina con él, ese hombre tiene lo otro.

DB: Sí, pienso que estamos diciendo que A es el hombre que ha visto todo esto y que ahora posee la energía para exponérselo a B; lo que ocurra depende de B.

K: Por supuesto. Creo que sería mejor que prosiguiéramos con esto.

OJAI, 3 DE MAYO DE 1981

La crisis no está en la política, en los gobiernos, ya sean los totalitarios o los así llamados democráticos; la crisis no está en los científicos ni en las respetables religiones establecidas. La crisis está en nuestra conciencia, o sea, en nuestras mentes, en nuestros corazones, en nuestra conducta, en nuestra relación. Y la crisis no puede ser comprendida plenamente ni quizás encarada de manera total, a menos que comprendamos la naturaleza y estructura de la conciencia, la cual es un producto del pensamiento.

Estamos, pues, aprendiendo, observamos el estado de nuestra propia mente. Ahí es donde comienza la verdadera educación, la educación de nosotros mismos. Hemos estudiado acerca de nosotros mismos a base de lo que otros dicen al respecto, siempre estamos esperando que otros guíen, no sólo externamente, sino especialmente en lo interno, en el reino psicológico. Si hay cualquier dificultad, cualquier perturbación, acudimos inmediatamente a alguien para que nos ayude a esclarecerla. Somos aficionados a las instituciones y organizaciones, esperando que éstas arreglen nuestros problemas, que contribuyan a clarificar nuestras propias mentes. Así siempre estamos dependiendo de alguien; y esa dependencia producirá, inevitablemente, corrupción. De modo que

aquí nosotros no dependemos de nadie, incluido quien les habla (y particularmente quien les habla), porque no hay intención alguna de persuadirles de pensar en cierta dirección particular ni de estimularles con palabras y teorías extravagantes. Se trata, más bien, de observar lo que de hecho ocurre en el mundo, así como nuestra propia confusión interna y, al observar de ese modo, no hacer una abstracción de lo que observamos convirtiéndolo en una idea.

Por favor, seamos muy claros en este punto. Cuando observamos un árbol, la palabra *árbol* es una abstracción, no es el árbol. Espero que eso esté claro: la palabra, la explicación, la descripción, no es el hecho, «lo que es». Por lo tanto, desde el principio mismo debemos ser muy claros en esto. Cuando observamos lo que realmente ocurre en el mundo y en lo hondo de nuestra propia conciencia, esa observación puede seguir siendo pura, directa, clara, cuando no haya abstracción de lo que observamos, cuando no lo convirtamos en una idea. Casi todos vivimos a base de ideas, y las ideas no son realidades. Las ideas son las que se vuelven, entonces, sumamente importantes, no lo que realmente *es*. Los filósofos emplean las ideas en diversos sentidos, pero nosotros no estamos tratando con ideas. Sólo nos interesa la observación de lo que ocurre; lo que ocurre en realidad, no teóricamente, no conforme a un patrón determinado de pensamiento, sino *lo que es*. Y, en esa observación de *lo que es*, lograr que ello se vuelva muy claro. Al hacer una abstracción de *lo que es* convirtiéndolo en una idea, sólo engendramos más confusión.

Como decíamos, la crisis está en nuestra conciencia, y esa conciencia es el suelo común que comparte toda la humanidad. No es una conciencia particular, no es mi conciencia o la conciencia de algún otro; es la conciencia del hombre, del ser humano, porque dondequiera que uno vaya, al Lejano Oriente, al Oriente Medio o a Occidente, en todo el mundo el ser humano sufre, se angustia, vive en profunda incertidumbre, en la soledad, en una total desesperación, atrapado en diver-

sos e irreales conceptos religiosos que actualmente carecen por completo de sentido. Así, pues, esto es común a toda la humanidad. Les ruego que lo vean muy claramente. No es la conciencia de cada uno de ustedes, es la conciencia de todos los seres humanos quienes pasan por tales tormentos, desdichas y conflictos, deseando identificarse con algo, con la nación, con una figura religiosa o con un concepto.

Capten, por favor, el significado de esto. Es muy importante que se comprenda, porque nos hemos separado a nosotros como individuos, pero en realidad no lo somos. Somos el resultado de un millón de años en los que se nos ha alentado a aceptar la idea —la *idea*— del individuo. Pero cuando observamos detenidamente, vemos que no somos individuos; cada uno de nosotros es, psicológicamente, igual al resto de la humanidad. Esto es algo difícil de percibir, porque la mayoría se aferra a esta idea —*idea*— de que todos somos individuos separados con nuestras propias ambiciones personales, nuestra codicia, nuestra envidia, nuestro sufrimiento, nuestra soledad. Pero cuando uno observa, ve que esto es lo que hacen y sienten todos. Y el concepto de ser un individuo nos hace mucho más egoístas, egocéntricos, neuróticos y competitivos; la competencia también está destruyendo al hombre. De modo que el mundo somos nosotros, y cada uno de nosotros es el mundo. Éste es un sentimiento maravilloso si uno lo comprende realmente. Hay en él una gran vitalidad y percepción, una belleza inmensa. No la mera belleza de una pintura, de un poema o de un rostro hermoso. Somos, pues, el mundo, y el mundo es lo que soy yo, lo que es cada uno de nosotros.

Y en esta parte del mundo, la libertad es mal empleada, exactamente igual que en el resto del mundo, porque cada uno desea realizarse en lo personal, ser, convertirse en «alguien». Por consiguiente, el contenido de nuestra conciencia es una lucha constante por llegar a ser, por triunfar, por tener poder, posición, estatus. Y eso sólo pueden tenerlo si poseen dinero, talento o capacidad en una dirección particular. De

este modo, la capacidad y el talento fomentan la individualidad. Pero si lo observan, advertirán que la individualidad es un producto del pensamiento.

Vemos, pues, al observar todo esto, que la crisis está en la naturaleza misma del pensamiento. El mundo externo y el mundo interno del hombre son producidos por el pensamiento. El pensamiento es un proceso material. El pensamiento ha construido la bomba atómica, el transbordador espacial, el ordenador, el robot y todos los instrumentos de guerra. El pensamiento también ha construido las maravillosas catedrales e iglesias y todo lo que contienen. Pero no hay absolutamente nada que sea sagrado en el movimiento del pensar. Lo que el pensamiento ha creado como un símbolo que ustedes veneran, no es sagrado. Los rituales, todas las religiones y las divisiones nacionales, son el resultado del pensamiento. Por favor, considérenlo muy atentamente. No estamos persuadiendo a nadie, ni condenando o fomentando nada; sólo estamos observando. Esto es un hecho.

De modo que la crisis está en la naturaleza misma del pensamiento. Y como hemos dicho, el pensamiento tiene su origen en los sentimientos, en las respuestas sensoriales, en la experiencia, en el encuentro con algo que se registra como conocimiento, como memoria; y de esa memoria surge el pensamiento. Esto ha sido el proceso y la naturaleza del pensar durante incontables años. Toda cultura, desde el antiguo Egipto y antes, se basa en el pensamiento. Y el pensamiento ha creado esta confusión externa e interna. Les ruego que lo observen por sí mismos. Yo no les estoy enseñando ni explicando nada; quien les habla tan sólo pone esto en palabras a fin de comunicar lo que ha observado. Ambos, ustedes y él, están observando la naturaleza y estructura del pensamiento. O sea, están las respuestas sensoriales cuando uno se encuentra con algo que constituye una experiencia; esa experiencia se registra como conocimiento, ese conocimiento se convierte en memoria y esa memoria actúa como pensamiento. De esa

acción, uno aprende más, acumula más conocimiento. Así es como el hombre ha vivido durante un millón de años en este proceso: experiencia, conocimiento, memoria, pensamiento, acción; en esta secuencia. Me pregunto si lo ven con claridad.

Nuestra crisis está, pues, en la naturaleza misma del pensamiento. Ustedes dirán: «¿Cómo podemos actuar sin conocimientos, sin pensamientos?». Ése no es el punto. Ante todo, observen la naturaleza del pensamiento, obsérvenla muy claramente, sin prejuicios, sin dirección alguna, simplemente vean que es así. Nuestros cerebros, por vivir en este ciclo de experiencia, conocimiento, acción, memoria y más conocimiento, tienen problemas, porque el conocimiento es siempre limitado. Por eso nuestros cerebros se han adiestrado para resolver problemas. Éste es un cerebro hecho para resolver problemas, jamás está libre de ellos. Nuestros cerebros han sido adiestrados para resolver problemas tanto en el mundo científico como en el mundo psicológico, el de la relación. Uno espera que ustedes vean la diferencia entre ambos mundos. Los problemas surgen y tratamos de resolverlos. La solución se busca siempre en el campo del conocimiento.

Como decíamos, el conocimiento es siempre incompleto. Esto es un hecho. Es un punto más bien importante que debemos observar con percepción sensible y alerta: que el conocimiento jamás es complejo, bajo ninguna circunstancia.

Consideremos ahora otra cosa. ¿Qué es la belleza? Porque hay muy poca belleza en el mundo. Aparte de la naturaleza, de los cerros, las arboledas, los ríos, los pájaros y las cosas de la tierra, ¿por qué hay tan poca belleza en nuestras vidas? Vamos a los museos y vemos pinturas, esculturas y las cosas extraordinarias que ha hecho el hombre; están los poemas, la literatura, la magnífica arquitectura... pero cuando miramos en nuestro interior, ¡hay tan poca belleza! Queremos rostros

hermosos, los maquillamos, pero internamente —otra vez estamos observando, no rechazamos ni aceptamos— hay muy poco sentido de la belleza, de la quietud, de la dignidad. ¿Por qué? ¿Por qué el hombre se ha convertido en esto? ¿Por qué los seres humanos, que son tan ingeniosos, tan eruditos en todas las otras direcciones, que viajan a la Luna y plantan allá arriba un trozo de tela, que crean una maquinaria maravillosa, por qué han llegado a ser lo que son: vulgares, ruidosos, mediocres, llenos de vanidad por alguna insignificante profesión, arrogantes en sus mezquinos conocimientos? ¿Por qué? ¿Qué le ha sucedido a la humanidad? ¿Qué les ha sucedido a ustedes?

Pienso que ésta es la crisis. Y nosotros queremos eludirla, no queremos mirarnos claramente a nosotros mismos. Y la educación propia es el principio de la sabiduría; no está en los libros ni en otra persona, sino en la comprensión de nuestra propia actividad egoísta, estrecha, distorsionada, que se desarrolla día tras día, día tras día. La crisis está en nuestro corazón y en nuestra mente, en nuestro cerebro. Y como el conocimiento es siempre limitado y nosotros estamos siempre actuando dentro de ese campo, hay un conflicto perpetuo. Esto debemos comprenderlo claramente. Tratamos de resolver problemas, políticos, religiosos, problemas de relaciones personales, etc., y estos problemas jamás se resuelven. Tratamos de resolver un problema y la solución misma de ese problema genera otros problemas, que es lo que ocurre en el mundo político. Y entonces acudimos a la fe, a la creencia. No sé si han observado que la creencia atrofia el cerebro. Considérenlo, obsérvenlo. La constante afirmación: «Yo creo en Dios», «Yo creo en esto, creo en aquello», la repetición de eso —cosa que ocurre en las iglesias, en los templos, en las mezquitas— atrofia gradualmente el cerebro al privarlo de alimento. Cuando alguien está apegado a una creencia, a una persona o a un idea, en ese apego hay conflicto, miedo, celos, ansiedad, y eso forma parte de la atrofia del cerebro, esta

constante repetición. «Yo soy americano, soy inglés, soy hindú», y todo ese desatino nacionalista. La repetición de eso, si lo observan, desnuda el cerebro; y así el cerebro se embota más y más, como ustedes deben haberlo observado en esas personas que repiten perpetuamente que sólo hay un Salvador, que sólo existe el Buda, el Cristo, éste o aquél.

Si se observan a sí mismos, verán que este apego a una creencia es parte del deseo de estar seguros, y ese deseo y exigencia de seguridad psicológica en cualquier forma, produce esta atrofia del cerebro. De ello se deriva toda clase de comportamientos neuróticos. La mayoría de nosotros tiende a rechazar esto, porque es demasiado alarmante de observar. Ésa es la naturaleza misma de la mediocridad. Cuando acuden a algún gurú o sacerdote, a alguna iglesia, y repiten, repiten, repiten —y la meditación de ustedes es una forma de esa repetición—, en eso hay un sentimiento de seguridad, de que están a salvo; y así, gradualmente, el cerebro se atrofia, se marchita, se empequeñece. Obsérvenlo por sí mismos. Yo no les estoy enseñando esto, pueden observarlo en sus propias vidas. La crisis que está en nuestra mente, en nuestro corazón, en nuestra conciencia, genera siempre conflicto porque jamás somos capaces de resolver completamente un solo problema sin dar lugar a otros problemas. Observemos, pues, lo que ocurre con nosotros: problema tras problema, crisis tras crisis, incertidumbre tras incertidumbre.

¿Puede, pues, el cerebro estar libre alguna vez de los problemas? Por favor, pregúntenselo. Es una pregunta fundamental que debemos formularnos. Pero el cerebro está tan adiestrado para resolver problemas, que no puede entender lo que significa estar libre de problemas. Estando libre, puede resolver problemas, pero no a la inversa...

Si esto quedó bien claro, entonces uno comienza a averiguar si existe otro instrumento capaz de liberar al cerebro de todos los problemas a fin de que pueda afrontar problemas. ¿Alcanzan a ver la diferencia? Sólo la mente libre, el cerebro

libre que no tiene problemas, puede afrontar los problemas y resolverlos inmediatamente. Pero el cerebro adiestrado en la solución de problemas, siempre estará en conflicto. Y entonces surge la pregunta: ¿Cómo es posible estar libres del conflicto cuando, como hemos visto, el pensar es el instrumento que crea nuestros problemas?

Consideremos esto muy detenidamente en otra dirección. Tenemos problemas en la relación entre hombre y mujer, o entre hombre y hombre —homosexualidad—, en este país y en todas partes. Observen el problema con mucha atención, obsérvenlo, no traten de cambiarlo, no traten de dirigirlo diciendo que debe ser así o que no debe ser así, o pidiendo a alguien que les ayude a superarlo; simplemente observen. Ustedes no pueden cambiar el contorno de aquella montaña, o el vuelo de un pájaro, o el rápido curso de un río; sólo observan y ven la belleza de ello. Pero si observan y dicen: «Esa montaña no es tan hermosa como la que vi ayer», no están observando, solamente están comparando.

Observemos, pues, muy atentamente este problema de la relación. La relación es vida. Uno no puede existir sin relación. Podrá negar la relación, podrá apartarse de la relación porque le atemoriza, porque en ella hay conflicto, daño. Por eso casi todos erigimos un muro alrededor de nosotros en la relación. Pero miremos muy atentamente, observemos; no aprendamos, no hay nada que aprender, tan sólo observar. ¿Ven la belleza de ello? Porque siempre queremos aprender y poner en la categoría del conocimiento eso que aprendemos. Entonces nos sentimos seguros. Mientras que si observamos sin ninguna dirección, sin ningún motivo, sin ninguna interferencia, si simplemente observamos, no sólo visualmente, a simple vista, sino también con una mente, un corazón y un cerebro libres para observar sin prejuicio alguno, entonces descubrimos por nosotros mismos la belleza de la relación. Pero no tenemos tal belleza. Observemos, pues, eso con mucha atención.

¿Qué es la relación? Estar relacionado, no por vínculos de sangre, sino estar relacionado con otro ser humano. ¿Estamos alguna vez relacionados con alguien?... Psicológicamente, internamente, profundamente, ¿estamos jamás relacionados con alguien en absoluto? ¿O deseamos estar así de hondamente relacionados y no sabemos cómo podría ocurrir? Por lo tanto, nuestra relación con otro está llena de lágrimas, alguna alegría, algún disfrute ocasional, y la repetición del placer que nos brinda el sexo.

Así, pues, si lo observamos bien, ¿estamos relacionados con alguien en absoluto? ¿O nos relacionamos con otro por medio del pensamiento, de la imagen que el pensamiento ha elaborado acerca de nuestra esposa o nuestro marido, la imagen que tenemos de ella o de él? Por consiguiente, nuestra relación es entre la imagen que la otra persona tiene de uno y la que uno tiene de esa persona. Y cada cual lleva consigo esa imagen, y cada cual marcha en su propia dirección: ambición, codicia, envidia, competencia, búsqueda de poder, de posición. Ustedes saben qué ocurre en la relación, cada uno moviéndose en direcciones opuestas o quizá paralelas, pero sin encontrarse jamás. Porque esto es la civilización moderna, esto es lo que ustedes están ofreciendo al mundo. Existe, pues, una constante lucha, conflicto, divorcio, cambio de las así llamadas parejas. Ustedes conocen todo esto.

Es más bien alarmante cuando uno lo observa, y esto es lo que llaman libertad. Pero si observamos el hecho muy atentamente, sin motivo alguno, sin ninguna dirección, el hecho comienza a transformarse porque estamos prestando nuestra atención total a la observación. ¿Entienden esto? Cuando ustedes conceden atención completa a algo, proyectan una luz sobre el hecho. Entonces esa luz clarifica, y la clarificación disuelve lo que es. ¿Comprenden? ¿Nos estamos comunicando el uno al otro? El hecho está ahí es una imagen que el pensamiento ha creado a través de cinco, veinte, treinta días, o

diez años. Y la otra persona también tiene una imagen, y ambas son ambiciosas, codiciosas, desean satisfacerse sexualmente, de este modo, de aquel modo... ustedes saben, todo el alboroto que tiene lugar en la así llamada relación. Y se trata de observar eso, de la pura observación de eso. Sólo cuando queremos escapar de ello comienza todo el asunto neurótico, y entonces tenemos a los psicólogos que nos ayudan a que nos volvamos menos neuróticos. Enfrentense al problema, considérenlo, concédanle su atención total. Cuando prestan una atención semejante, con el corazón, el cerebro, los nervios, con todo lo que tienen, cuando dedican toda la energía a mirar, entonces, en esa observación atenta, hay clarificación. Y lo que está claro no engendra problemas. Entonces la relación llega a ser algo por completo diferente.

De modo que la vida, para la mayoría de nosotros, se convierte en un problema enorme, porque la vida es relación. Si no estamos relacionados, como no lo estamos, de allí provienen todos los problemas. Hemos creado una sociedad que se ha engendrado en la falta de relación. Y los socialistas, los comunistas, todos los políticos, tratan de cambiar la naturaleza y estructura de la sociedad. La cuestión básica es tener una relación genuina con otro. Si uno la tiene con una persona, la tiene con todo el mundo, con la naturaleza, con toda la belleza de la Tierra.

Tenemos, pues, que investigar muy a fondo por qué el pensamiento ha creado este estrago en nuestras vidas, ya que es el pensamiento el que ha elaborado esta imagen de mi esposa y de mí mismo, o de mí y de otra persona. Uno no puede escapar de esto yendo a la iglesia, orando; eso es demasiado infantil, completamente inmaduro, porque jamás ha resuelto nada. Debemos empezar muy cerca para llegar muy lejos. Empezar muy cerca es observar nuestra relación con otro, quienquiera que sea —nuestro jefe, nuestro carpintero, nuestro capataz, nuestra esposa—, porque la vida es un movi-

miento en la relación. Hemos destruido esa relación a causa del pensamiento. Y el pensamiento no es amor. El amor no es placer, no es deseo. Pero nosotros lo hemos reducido todo a eso.

RAJGHAT,

25 DE NOVIEMBRE DE 1981

Tenemos que investigar primero no sólo qué es la religión, sino qué es el pensamiento, qué es el pensar. Porque todas nuestras actividades, nuestra imaginación, todas las cosas descritas en los Upanishads o en otros libros religiosos, son producto del pensamiento. La arquitectura, la extraordinaria tecnología que hay en el mundo, todos los templos y las cosas que contienen, ya se trate de un templo hindú, una mezquita, una iglesia, son el resultado del pensamiento. Todos los rituales, el *puja*, el culto, han sido inventados por el pensamiento. Nadie puede negar eso. Toda nuestra relación se basa en el pensamiento, así como nuestra estructura política y económica, nuestras divisiones nacionales; todo es el resultado del pensamiento. Vean, nosotros siempre hemos investigado las cosas externas, pero jamás nos hemos preguntado: ¿Qué es el pensar? ¿Cuál es la raíz del pensar y cuáles son sus consecuencias? No lo que ustedes piensan *acerca* de ello, sino el *movimiento* del pensar, no el *resultado* del pensar, que es una cosa diferente de investigar el pensar en sí. ¿Estamos juntos en esto?

El pensar es común a toda la humanidad. El pensamiento no es *mi* pensamiento, sólo hay pensamiento, que no es oriental ni occidental; tanto en Oriente como en Occidente, sólo existe el pensar.

Ahora vamos a explicar qué es el pensar, pero la explicación no es la verdadera percepción de cómo surge el pensamiento en sí. Quien les habla puede examinar eso, describirlo, pero tal explicación no es la propia comprensión de ustedes acerca del origen del pensar. La descripción verbal no es el descubrimiento factual de ustedes, pero gracias a la explicación, a la comunicación verbal, ustedes mismos pueden descubrirlo. Eso es mucho más importante que mi explicación.

Quien les está hablando ha hablado muchísimo en todo el mundo durante los últimos sesenta años. De modo que ellos han inventado la expresión «sus enseñanzas» [*risas*]. Esperen un momento. Las enseñanzas no son algo que está allí, en un libro; lo que las enseñanzas dicen es: «Mírense a sí mismos, examínense, investiguen lo que encuentren, compréndanlo y vayan más allá de eso», etc. Las enseñanzas son sólo un modo de señalar, de explicar; pero ustedes deben comprender, no las enseñanzas, sino que deben comprenderse *a sí mismos*. ¿Está claro eso? Les ruego, pues, que no traten de entender lo que dice quien les habla; comprendan, más bien, que lo que él dice actúa como un espejo en el que se están mirando a sí mismos. Cuando se miran así, muy cuidadosamente, el espejo carece de importancia, pueden desecharlo. Así que eso es lo que estamos haciendo.

¿Qué es el pensar, del cual todos ustedes dependen para su subsistencia, del que dependen en sus relaciones, en su búsqueda de algo que está más allá del propio pensar? Es muy importante que se comprenda la naturaleza del pensamiento. Quien les habla ha discutido este tema con muchos científicos occidentales que han investigado la cuestión del cerebro. Los seres humanos sólo utilizan una parte muy pe-

queña del cerebro total. Ustedes pueden observarlo en sí mismos; eso forma parte de la meditación: descubrir por uno mismo si está funcionando todo el cerebro o sólo una parte muy pequeña. Ésa es una de las cuestiones. El pensamiento es la respuesta de la memoria, la memoria ha sido almacenada por obra del conocimiento, y el conocimiento se ha reunido a través de la experiencia. O sea experiencia, conocimiento, memoria almacenada en el cerebro; después surge el pensamiento, luego la acción. De esa acción aprendemos más, es decir, acumulamos más experiencia, más conocimientos, y así almacenamos más memoria en el cerebro; luego actuamos y de esa acción aprendemos más. Por consiguiente, todo el proceso se basa en este movimiento: experiencia, conocimiento, memoria, pensamiento, acción.

Éste es nuestro modelo de vida, el cual es pensamiento. Acerca de esto no hay disputa posible. Reunimos muchísima información por medio de nuestra experiencia o de la experiencia ajena, almacenamos este conocimiento en nuestro cerebro, del cual surge el pensamiento, y actuamos. El hombre, atrapado en este ciclo que es el movimiento del pensar, ha hecho esto a lo largo del último millón de años. Nuestras opciones se encuentran dentro de este área, aunque podamos ir de un rincón a otro y decir: «Ésta es nuestra opción, éste es nuestro movimiento de libertad», pero eso se encuentra siempre dentro del área limitada del conocimiento, por lo que siempre estamos funcionando dentro del campo de lo conocido; y el conocimiento va siempre acompañado por la ignorancia, porque no hay conocimiento completo acerca de nada. Por eso nos hallamos siempre en este estado contradictorio: conocimiento e ignorancia. El pensamiento es incompleto, fragmentario, porque el conocimiento nunca puede ser completo; en consecuencia, el pensamiento es limitado, se halla condicionado. Y el pensamiento nos ha creado miles de problemas.

El conocimiento es necesario en cierta dirección, y el conocimiento es lo más peligroso que tenemos internamente. ¿Comprenden esto? Hoy en día estamos acumulando gran cantidad de conocimientos: acerca del universo, acerca de la naturaleza de todas las cosas; científicamente, arqueológicamente, etc., reunimos un conocimiento infinito. Y este conocimiento puede estar impidiendo que actuemos como seres humanos completos, totales. Éste es, pues, uno de nuestros problemas. O sea, el ordenador puede aventajar al hombre en el pensar, puede aprender más que el hombre, puede corregirse a sí mismo, puede aprender a jugar al ajedrez con los maestros y vencerles después de la cuarta o quinta partida. Y ahora se está trabajando en lo máximo: el ordenador inteligente.

El ordenador puede acumular más conocimientos que cualquier persona. En el tamaño que tiene la uña del dedo de una mano puede contener la *Enciclopedia británica*, la totalidad de ella. ¿Comprenden? Entonces, ¿qué es el hombre? El hombre ha vivido hasta ahora basado en la actividad de su cerebro, manteniéndolo activo porque ha luchado para sobrevivir, para acumular hábilmente conocimientos a fin de sentirse seguro, a salvo. Ahora que la máquina está tomando a su cargo todo eso, ¿qué son ustedes? La máquina, el ordenador, con el robot, está fabricando automóviles. El ordenador le dice al robot lo que debe hacer; y si el robot comete un error, el ordenador lo corrige y el robot prosigue con su tarea. ¿Qué ha sido, pues, del hombre? ¿Cuál es el futuro del hombre si la máquina puede encargarse de todas las operaciones que el pensamiento realiza ahora y hacerlas mucho más rápidamente, aprender con una velocidad mucho mayor, competir con el hombre haciendo mejor todo lo que éste hace? Desde luego, no puede contemplar la estrella vespertina y ver su

belleza, su extraordinaria quietud, estabilidad e inmensidad. El ordenador no puede sentir todo eso, pero quizá pueda hacerlo un día; están trabajando furiosamente en ello.

¿Qué le está ocurriendo, pues, a nuestra mente, a nuestro cerebro? Nuestros cerebros han vivido hasta ahora luchando para sobrevivir mediante el conocimiento. Y cuando la máquina se encargue de todo eso, ¿qué va a pasar con ese cerebro? Sólo hay dos posibilidades: o el hombre se compromete totalmente con el entretenimiento externo, fútbol, deportes, etc., el entretenimiento religioso de ir al templo, ustedes saben, jugar con todas esas cosas; o bien se vuelve hacia lo interno, porque el cerebro tiene una capacidad infinita, realmente infinita. Esta capacidad se usa ahora tecnológicamente, pero de eso se encargará la máquina. La capacidad del cerebro se ha empleado para reunir información, conocimiento, ya sea científico, político, social o religioso, y de pronto eso lo está asumiendo la máquina, todo lo cual va a deteriorar el cerebro. Si no uso mi cerebro todo el tiempo, éste se marchitará. Por lo tanto, si el cerebro no se mantiene activo, trabajando, pensando —cosa que la máquina puede hacer mucho mejor que el cerebro—, ¿qué va a suceder, entonces, con el cerebro humano? O el entretenimiento, o la investigación dentro de sí mismo, la cual es infinita.

Hemos dicho que el pensamiento es la expresión o reacción de la memoria, y la memoria es el resultado del conocimiento, que es la experiencia. En este ciclo ha sido atrapado el hombre. Es un campo en el cual el pensamiento puede inventar dioses, puede inventar cualquier cosa. Y la máquina se ha hecho cargo de eso. Así pues, o investigamos dentro de nosotros mismos, o nos sumergimos en el entretenimiento. Y casi todas las religiones son entretenimientos; todos los rituales, los *pujas*, son sólo una forma de entretenimiento. Tenemos que preguntarnos, pues: ¿Qué es la religión? O sea, tenemos que preguntarnos si podemos poner nuestra casa en orden: nuestra casa, la casa interior, la estructura interna, las

luchas, el dolor, la ansiedad, la soledad, la agresión, el sufrimiento, la angustia... todo lo que implica un desorden tan tremendo dentro de nosotros. Desde esa confusión, desde ese desorden tratamos de producir orden allí fuera, políticamente, económicamente, socialmente y demás, sin tener orden en lo interno. Es, pues, imposible esperar orden allí fuera sin tener orden aquí dentro. Por favor, vean la lógica de esto. En este país, que está degenerando tan rápidamente —hay anarquía, desorden total, corrupción, sobornos, todas las formas de sucias tretas que uno puede jugar de arriba abajo—, la casa que hemos creado se halla en total desorden y siempre estamos pidiendo que haya orden allí fuera. Decimos a los políticos: «Por favor, establezcan el orden». Jamás decimos que el orden debe llegar primero *aquí, en nuestra casa*. Y sólo entonces habrá orden allí fuera.

DE «*EL FUTURO
DE LA HUMANIDAD*»,
20 DE JUNIO DE 1983

Krishnamurti: ¿No deberíamos distinguir primero entre el cerebro y la mente?

David Bohm: Bueno, esa distinción se ha hecho, y no es clara. Desde luego, hay diversas opiniones. Una de ellas sostiene que la mente no es más que una función del cerebro; es la opinión materialista. Otros opinan que la mente y el cerebro son dos cosas diferentes.

K: Sí, pienso que son dos cosas diferentes.

DB: Pero tiene que haber...

K: ... un contacto, una relación entre ambas.

DB: Sí, con ello no indicamos necesariamente que haya una separación entre las dos.

K: No. Primero veamos el cerebro. Yo no soy un experto en la estructura del cerebro y todo ese tipo de cosas, pero uno puede ver dentro de sí mismo, puede observar, por lá

actividad de su propio cerebro, que éste es realmente como un ordenador que ha sido programado y recuerda su programa.

DB: Indudablemente, una gran parte de la actividad es así, pero uno no está seguro de que toda la actividad se desarrolle de ese modo.

K: No, y el cerebro está condicionado, condicionado por las generaciones pasadas, por la sociedad, por los diarios, por las revistas, por todas las actividades y presiones externas. Está condicionado.

DB: Bien, ¿en qué consiste, según usted, este condicionamiento?

K: El cerebro se halla programado; ha sido obligado a ajustarse a cierto patrón y vive enteramente en el pasado, modificándose con el presente y continuando.

DB: Hemos concordado en que cierta parte de ese condicionamiento es útil y necesaria.

K: Por supuesto.

DB: Pero el condicionamiento que determina que existe el yo, determina que exista...

K: ... la psique. Por el momento, llamemos a eso la psique, el yo.

DB: El yo, la psique, ése es el condicionamiento al que usted se refiere. Ese condicionamiento no sólo puede ser innecesario sino perjudicial.

K: Sí. El acento puesto en la psique, en dar importancia al yo, está creando un gran daño en el mundo, porque el yo es separativo y, por lo tanto, está constantemente en conflicto, no sólo consigo mismo, sino con la sociedad, con la familia y demás.

DB: Y también está en conflicto con la naturaleza.

K: Con la naturaleza, con todo el universo.

DB: Hemos dicho que el conflicto surgió a causa...

K: ... de la división...

DB: La división aparece porque el pensamiento es limitado. Al basarse en este condicionamiento, en el conocimiento y la memoria, es limitado.

K: Sí, y la experiencia es limitada; por lo tanto, son limitados el conocimiento, la memoria y el pensamiento. Y la propia estructura y naturaleza de la psique es el movimiento del pensar, el cual pertenece al tiempo.

DB: Sí; ahora quisiera plantear un interrogante. Usted ha tratado el movimiento del pensar, pero a mí no me parece claro qué es lo que se mueve. Veamos: si yo considero el movimiento de mi mano, ése es un movimiento real. Está claro lo que implica. Pero cuando discutimos el movimiento del pensar, a mí me parece que estamos discutiendo acerca de algo que es una especie de ilusión, porque usted ha dicho que el movimiento del pensar es el devenir.

K: Eso es lo que quiero decir, el movimiento es devenir.

DB: Pero usted dice que el movimiento es, en cierto modo, ilusorio, ¿verdad?

K: Sí, desde luego.

DB: Que es más bien como el movimiento proyectado sobre la pantalla cinematográfica. Decimos que no hay objetos moviéndose sobre la pantalla, sino que el único movimiento real es el girar del proyector. ¿Podemos decir, entonces, que en el cerebro hay un movimiento real, el cual es el condicionamiento que está proyectando todo esto?

K: Eso es lo que queremos averiguar. Discutámoslo un poco. Ambos estamos de acuerdo, ambos vemos que el cerebro está condicionado.

DB: Queremos decir que, en realidad, ha sido impreso físicamente y químicamente.

K: ... y genéticamente, así como psicológicamente.

DB: ¿Cuál es la diferencia entre físicamente y psicológicamente?

K: Psicológicamente, el cerebro está centrado en el yo, ¿correcto?, y la constante afirmación del yo es el movimiento, el condicionamiento... una ilusión.

DB: Pero dentro algo se está moviendo realmente. El cerebro, por ejemplo, está haciendo algo. Ha sido condicionado física y químicamente, y algo sucede física y químicamente cuando pensamos en el yo.

K: ¿Se está usted preguntando si el cerebro y el yo son dos cosas diferentes?

DB: No, digo que el yo es el resultado del condicionamiento del cerebro.

K: Sí, el yo es el condicionamiento del cerebro.

DB: Pero ¿existe el yo?

K: No.

DB: Pero el condicionamiento del cerebro, tal como lo veo, consiste en estar complicado en una ilusión que llamamos el yo.

K: Exacto. ¿Puede disiparse ese condicionamiento? Ésa es toda la cuestión.

DB: Tiene que disiparse realmente en algún sentido físico, químico o neurofisiológico.

K: Sí.

DB: Ahora bien, la primera reacción de cualquier científico sería que parece improbable que podamos disipar el condicionamiento mediante esa clase de cosas. Vea, algunos científicos podrían sentir que tal vez se descubran drogas o haya nuevos cambios genéticos o un conocimiento más profundo acerca de la estructura cerebral, y que de ese modo quizá podría ayudarse a hacer algo al respecto. Pienso que esa idea podría tener curso entre algunas personas.

K: ¿Cambiará eso la conducta humana?

DB: ¿Por qué no? Pienso que algunos creen que podría cambiarla.

K: Espere un momento. Ése es todo el punto. *Podría*, lo cual significa en el futuro.

DB: Sí, tomaría tiempo descubrir todo esto.

K: Mientras tanto, el hombre va a destruirse.

DB: Ellos quizás abriguen la esperanza de que el hombre se las arreglará para descubrirlo a tiempo. Podrían criticar, asimismo, lo que hacemos nosotros, preguntando qué beneficio puede traer. Veá, ello no parece afectar a nadie y, por cierto, no a tiempo para hacer una gran diferencia.

K: Para nosotros dos eso está muy claro. ¿De qué modo afecta a la humanidad?

DB: ¿La afectará de hecho a tiempo de salvar...?

K: Obviamente, no.

DB: Entonces, ¿por qué deberíamos estar haciendo esto?

K: Porque es la cosa correcta que hay que hacer. Independientemente de la recompensa y el castigo; no tiene nada que ver con eso.

DB: Ni con metas. ¿Hacemos lo correcto aun cuando no sabemos cuál será el resultado de ello?

K: Así es.

DB: ¿Está usted diciendo que no hay otro modo?

K: Decimos que no hay otro modo; exactamente.

DB: Bueno, eso tenemos que aclararlo. Algunos psicólogos, por ejemplo, podrían sentir que, investigando esta clase de cosas, sería posible producir una transformación evolutiva de la conciencia.

K: Volvemos otra vez al punto de que por medio del tiempo esperamos cambiar la conciencia. Yo pongo eso en tela de juicio.

DB: Hemos cuestionado eso y dijimos que, a causa del tiempo, todos quedamos inevitablemente presos en el devenir y la ilusión, y que así no podemos saber qué es lo que estamos haciendo.

K: Correcto.

DB: ¿Podríamos afirmar, entonces, que la misma cosa sería válida aun para aquellos científicos que tratan de hacerlo física, química o estructuralmente, que ellos mismos siguen presos en esto y que, en el curso del tiempo, quedan atrapados en el intento de llegar a ser mejores?

K: Sí, los experimentadores y los psicólogos y nosotros mismos estamos todos tratando de llegar a ser algo o alguien.

DB: Sí, aunque quizá no sea obvio al principio. Puede parecer que los científicos son realmente observadores desinteresados e imparciales que trabajan sobre el problema. Pero uno siente que en la persona que investiga de ese modo, en el fondo alienta el deseo de llegar a ser mejor.

K: De llegar a ser, por supuesto.

DB: No está libre de eso.

K: Justamente.

DB: Y ese deseo dará origen al autoengaño, a la ilusión, etc.

K: Entonces, ¿dónde nos encontramos ahora? Cualquier forma del «llegar a ser» es una ilusión que implica tiempo, tiem-

po que la psique necesita para cambiar. Pero estamos diciendo que el tiempo no es necesario.

DB: Bien, esto se enlaza con la otra cuestión de la mente y el cerebro. El cerebro está activo en el tiempo, como un complejo proceso físico-químico.

K: Yo pienso que la mente está separada del cerebro.

DB: ¿Qué significa *separada*? ¿Están en contacto?

K: Separada en el sentido de que el cerebro está condicionado y la mente no.

DB: Digamos que la mente tiene cierta independencia con respecto al cerebro. Aun si el cerebro está condicionado...

K: ... la mente no lo está.

DB: No necesita estar...

K: ... condicionada.

DB: ¿Sobre qué base afirma usted eso?

K: No empecemos preguntando sobre qué base lo digo.

DB: Bueno, ¿qué le hace decirlo?

K: Mientras el cerebro está condicionado no es libre, y la mente es libre.

DB: Sí, eso es lo que usted dice. Pero vea, el hecho de que el cerebro no sea libre significa que no tiene libertad para investigar imparcialmente.

K: A eso voy. Preguntémosnos: ¿qué es la libertad? La libertad de inquirir, de investigar. Sólo en libertad existe el discernimiento profundo.

DB: Sí, eso está claro, porque si uno está libre para inquirir, o si prejuzga, entonces está limitado de un modo arbitrario.

K: Por lo tanto, mientras el cerebro está condicionado, su relación con la mente es limitada.

DB: Tenemos la relación del cerebro con la mente y también a la inversa.

K: Sí, pero la mente, al ser libre, está relacionada con el cerebro.

DB: Sí, ahora decimos que la mente, en cierto sentido, es libre, no está subordinada al condicionamiento del cerebro.

K: De acuerdo.

DB: ¿Cuál es la naturaleza de la mente? ¿Está la mente localizada dentro del cuerpo, o se encuentra en el cerebro?

K: No, no tiene nada que ver con el cuerpo ni con el cerebro.

DB: ¿Tiene que ver con el espacio o el tiempo?

K: El espacio... ¡espere un momento! Tiene que ver con el espacio y el silencio. Éstos son dos factores de...

DB: ¿Pero no tiene que ver con el tiempo?

K: Con el tiempo, no. El tiempo pertenece al cerebro.

Sobre la mente y el pensamiento

DB: Usted dice espacio y silencio; ahora bien, ¿qué clase de espacio? No es el espacio en el cual vemos que se mueve la vida.

K: Espacio. Considerémoslo de otro modo. El pensamiento puede inventar el espacio.

DB: Además, está el espacio que vemos. Pero el pensamiento puede inventar toda clase de espacios.

K: Y el espacio de aquí hasta allá.

DB: Sí, ése es el espacio a través del cual nos movemos.

K: El espacio entre dos ruidos, entre dos sonidos.

DB: El espacio entre dos sonidos.

K: Sí, el intervalo entre dos ruidos, dos pensamientos, dos notas, el espacio entre dos personas.

DB: El espacio entre las paredes.

K: Y así sucesivamente. Pero esa clase de espacio no es el espacio de la mente.

DB: ¿Dice usted que no es limitado?

K: Exactamente, pero no quisiera usar la palabra *limitado*.

DB: Pero está implícita. Esa clase de espacio no corresponde a la naturaleza de lo que se halla limitado por algo.

K: No, no está limitado por la psique.

DB: Pero ¿está limitado por alguna cosa?

K: No. ¿Puede, entonces, cambiar el cerebro con todas sus células condicionadas? ¿Pueden esas células cambiar radicalmente?

DB: Esto lo hemos discutido a menudo. No es seguro que todas las células estén condicionadas. Por ejemplo, hay quienes piensan que sólo utilizamos algunas células o una pequeña parte de ellas, y que las demás permanecen inactivas, en estado latente.

K: Casi sin uso en absoluto, o tocadas tan sólo ocasionalmente.

DB: Tocadas sólo ocasionalmente... Pero es evidente que son esas células condicionadas, cualesquiera que fueren, las que hoy dominan la conciencia.

K: Sí. ¿Pueden esas células transformarte? Decimos que pueden hacerlo mediante el discernimiento directo; este discernimiento no pertenece al tiempo, no es el resultado de la memoria, no es una intuición, un deseo o una esperanza. No tiene nada que ver con ninguna clase de tiempo ni de pensamiento.

DB: El discernimiento, ¿pertenece, entonces, a la mente, a la naturaleza de la mente? ¿Es una actividad de la mente?

K: Sí.

DB: Por lo tanto, usted está diciendo que la mente puede actuar en la materia del cerebro.

K: Sí, eso dijimos antes.

DB: Pero, vea, esta cuestión de cómo la mente puede actuar en la materia es difícil.

K: Puede actuar sobre el cerebro. Por ejemplo, tomemos cualquier crisis o problema. La raíz etimológica de *problema* es, como usted sabe, «algo que a uno le arrojan». Y eso lo afrontamos con toda la memoria del pasado, con un prejuicio, etc. En consecuencia, el problema se multiplica. Podemos resolver un problema, pero en la solución misma de un problema en particular, aparecen otros problemas, como ocurre en la política y demás. Ahora bien, si abordamos el problema, o tenemos una percepción de él sin ningún tipo de recuerdos del pasado, sin pensamientos que interfieran o se proyecten...

DB: Eso implica que la percepción es también de la mente...

K: Sí, correcto.

DB: ¿Está usted diciendo que el cerebro es una especie de instrumento de la mente?

K: Es un instrumento de la mente cuando no está centrado en sí mismo.

DB: Todo el condicionamiento puede ser concebido como el cerebro excitándose y cuidándose de mantenerse exactamente dentro del programa; esto ocupa todas sus capacidades.

K: Todos nuestros días, sí.

DB: El cerebro es más bien como un receptor de radio que puede generar su propio ruido, pero que sería incapaz de captar una señal.

K: No es del todo así, investiguémoslo un poco. La experiencia es siempre limitada. Puedo inflar esa experiencia convirtiéndola en algo fantástico, y después abrir una tienda para vender mi experiencia, pero esa experiencia es limitada. Y así, el conocimiento es siempre limitado; y este conocimiento está operando en el cerebro, este conocimiento es el cerebro. Y el pensamiento también forma parte del cerebro, y el pensamiento es limitado. De modo que el cerebro está operando en un área muy, muy pequeña.

DB: Sí. ¿Qué le impide operar en un área más amplia, en un área ilimitada?

K: El pensamiento.

DB: Pero a mí me parece que el cerebro funciona por sí mismo, desde su propio programa.

K: Sí, como un ordenador.

DB: Lo que usted plantea, en esencia, es que en realidad el cerebro debería estar respondiendo a la mente.

K: Sólo puede responder si está libre de lo limitado, del pensamiento, que es limitado.

DB: De este modo, el programa no lo domina. Vea, aún seguimos necesitando de ese programa.

K: Por supuesto, lo necesitamos para...

DB: ... para muchas cosas. Pero la inteligencia, ¿pertenece a la mente?

K: Sí, la inteligencia es la mente.

DB: Es la mente.

K: Tenemos que investigar otra cosa. Debido a que la compasión está relacionada con la inteligencia, no hay inteligencia sin compasión. Y la compasión sólo puede existir cuando hay amor, el cual está completamente libre de todos los recuerdos, de los celos personales y demás.

DB: Toda esa compasión, todo ese amor, ¿es también de la mente?

K: De la mente. Uno no puede ser compasivo si está apegado a alguna experiencia particular o a un ideal determinado.

DB: Sí, eso es nuevamente el programa.

K: Por ejemplo, están esas personas que viajan a distintos países asolados por la pobreza y trabajan, trabajan, trabajan; y a eso lo llaman compasión. Pero están apegadas o atadas a una forma particular de creencia religiosa. Por lo tanto, su acción es simplemente piedad o simpatía, no es compasión.

DB: Sí, entiendo que tenemos aquí dos cosas que, en cierto modo, pueden ser independientes. Están el cerebro y la mente, aunque pueden establecer contacto. Entonces decimos que la inteligencia y la compasión vienen desde más allá del cerebro. Ahora me gustaría investigar la cuestión de cómo establecen contacto.

K: ¡Ah! El contacto entre la mente y el cerebro puede existir sólo cuando el cerebro está quieto.

DB: Sí, ése es el requisito para que haya contacto: el cerebro ha de estar quieto.

K: Quieto no quiere decir adiestrado en la quietud. No se trata de un deseo de silencio autoconsciente, contemplativo. Es el resultado natural de comprender nuestro propio condicionamiento.

DB: Y uno puede ver que si el cerebro estuviera quieto, podría prestar atención a algo más profundo, ¿verdad?

K: Exacto. Entonces, si está quieto, está relacionado con la mente. Entonces la mente puede funcionar a través del cerebro.

K: ¿Podemos, pues, permanecer con «lo que es», no con «lo que debería ser» o con «lo que tiene que ser», no inventar ideales y todo eso?

DB: Sí, pero ¿podríamos volver a la cuestión de la mente y el cerebro? Ahora estamos diciendo que no se trata de una división.

K: Oh, no, no es una división.

DB: Están en contacto, ¿verdad?

K: Dijimos que hay contacto entre la mente y el cerebro cuando el cerebro está quieto y tiene espacio.

DB: Estamos afirmando, pues, que aunque estén en contacto y no haya división alguna, la mente puede, sin embargo, tener cierta independencia con respecto al condicionamiento del cerebro.

K: ¡Ahora seamos cautos! Supongamos que mi cerebro está condicionado; por ejemplo, está programado como hindú, y

Sobre la mente y el pensamiento

toda mi vida y mi acción se hallan condicionadas por la idea de que soy un hindú. Es obvio que la mente no tiene ninguna relación con ese condicionamiento.

DB: Usted emplea la palabra *mente*, no dice «mi» mente.

K: La mente; no es «mía».

DB: Es universal o general.

K: Sí, y tampoco es «mi» cerebro.

DB: No, pero hay un cerebro particular, este cerebro o aquel cerebro. ¿Diría usted que hay una mente particular?

K: No.

DB: Ésa es una diferencia importante. Usted dice que la mente es, de hecho, universal.

K: La mente es universal —si es que podemos usar esa peligrosa palabra.

DB: Es ilimitada e indivisa.

K: Es incontaminada, no está contaminada por el pensamiento.

DB: Pero pienso que para la mayoría de la gente sería difícil ver cómo es que sabemos algo acerca de esta mente. Sólo sabemos que la primera sensación que uno tiene es la de «mi» mente, ¿verdad?

K: Usted no puede llamarla *su* mente; sólo puede tener *su* cerebro, el cual está condicionado. No puede decir: «Es *mi* mente».

DB: Pero yo siento que todo lo que ocurre en mi interior es mío, que es muy diferente de lo que ocurre en otra persona.

K: No, yo pongo en duda que sea diferente.

DB: Al menos parece diferente.

K: Yo cuestiono que lo que ocurre dentro de mí como ser humano sea diferente de lo que ocurre dentro de usted como otro ser humano. Ambos pasamos por toda clase de problemas: sufrimiento, temor, ansiedad, soledad, etc. Tenemos nuestros dogmas, nuestras creencias y supersticiones. Y todos experimentan estas cosas.

DB: Podemos decir que todo es muy similar, pero parece como si cada uno estuviera aislado del otro.

K: Aislado por el pensamiento. Mi pensamiento ha elaborado la creencia de que yo soy diferente de usted, porque mi cuerpo es diferente del suyo, o mi cara es diferente de la suya. Y la misma cosa la extendemos al campo psicológico.

DB: Pero, ¿y si dijéramos ahora que esa división tal vez sea ilusoria?

K: ¡No, no «tal vez»! *Es* ilusoria.

DB: Es ilusoria, muy bien. Aunque eso no es evidente a primera vista.

K: Por supuesto.

DB: En realidad, ni siquiera el cerebro está dividido, porque estamos diciendo que no sólo somos básicamente similares, sino que nos hallamos realmente conectados. Y también de-

timos que, más allá de todo esto, se encuentra la mente, la cual no tiene división en absoluto.

K: Es incondicionada.

DB: Sí, eso casi parecería implicar, entonces, que en cuanto una persona siente que es un ser separado, tiene muy poco contacto con la mente...

K: Totalmente de acuerdo, eso es lo que dijimos.

DB: ... no es la mente.

K: Por eso es muy importante comprender, no la mente, sino nuestro condicionamiento. Y ver si nuestro condicionamiento, el condicionamiento humano, puede ser disuelto alguna vez. Ése es el verdadero problema.

K: Tomemos un problema, entonces esto es más fácil de entender. Tomemos el problema del sufrimiento. Los seres humanos han sufrido interminablemente a causa de guerras, de enfermedades físicas y de la errónea relación que han establecido los unos con los otros. Entonces, ¿puede eso terminar?

DB: Yo diría que la dificultad de terminar con eso es que se encuentra en el programa. Estamos condicionados para todo eso.

K: Sí, ese programa ha continuado durante siglos.

DB: De modo que es muy profundo.

K: Muy, muy profundo. ¿Puede, entonces, terminar ese sufrimiento?

DB: No puede terminar mediante una acción del cerebro.

K: O sea, del pensamiento.

DB: Porque el cerebro está atrapado en el sufrimiento y no puede emprender una acción para terminar con su propio sufrimiento.

K: Por supuesto que no puede. Por eso el pensamiento no puede terminar con él. Es el pensamiento el que lo ha creado.

DB: Sí, el pensamiento lo ha creado, y de todas maneras es incapaz de habérselas con él.

K: El pensamiento ha creado las guerras, la desdicha, la confusión. Y el pensamiento se ha vuelto un factor dominante en la relación humana.

DB: Sí, pero creo que la gente podría estar de acuerdo con eso y, no obstante, seguir pensando que, tal como el pensamiento puede hacer cosas malas, también puede hacer cosas buenas.

K: No, el pensamiento no puede obrar ni bien ni mal. Es pensamiento, es limitado.

DB: Y no puede habérselas con el sufrimiento. O sea, estando el sufrimiento en el condicionamiento físico y químico del cerebro, el pensamiento ni siquiera tiene modo de saber lo que este sufrimiento es.

K: Quiero decir, por ejemplo, que pierdo a mi hijo y estoy...

DB: ... sí, pero no puedo saber, por medio del pensamiento, qué ocurre dentro de mí. No puedo cambiar el sufrimiento interno, porque el pensar no me revelará lo que es ese sufrimiento. Ahora bien, usted dice que la inteligencia es percepción.

K: Pero lo que nosotros preguntamos es: ¿puede terminar el sufrimiento? Ése es el problema.

DB: Sí, y está claro que el pensar no puede terminar con él.

K: El pensamiento no puede hacerlo. Ése es el punto. Si tengo un discernimiento directo con ello...

DB: ... ese discernimiento se producirá gracias a la acción de la mente, de la inteligencia y la atención.

K: Cuando ese discernimiento actúa, la inteligencia acaba con el sufrimiento.

DB: Usted dice, por lo tanto, que hay un contacto de la mente con la materia, el cual elimina toda la estructura física y química que nos hace continuar con el sufrimiento.

K: Así es; con esa terminación del sufrimiento hay una mutación en las células cerebrales.

DB: Y esa mutación es la que, precisamente, acaba con toda la estructura que nos hace sufrir.

K: Exactamente. Por lo tanto, es como si yo hubiese estado siguiendo una tradición; súbitamente cambio esa tradición y hay un cambio en todo el cerebro. Éste había estado yendo hacia el norte, y ahora va hacia el este.

DB: Desde luego, ésta es una noción muy extrema desde el punto de vista de las ideas tradicionales en la ciencia, porque si aceptamos que la mente es distinta de la materia, casi todos encontrarán difícil de ver que la mente podría, de hecho...

K: ¿Lo expresaría usted diciendo que la mente es energía pura?

DB: Bueno, podríamos expresarlo de ese modo, pero la materia también es energía.

K: Pero la materia es limitada, el pensamiento es limitado.

DB: ¿Lo que estamos diciendo, entonces, es que la energía pura de la mente es capaz de introducirse en la energía limitada de la materia?

K: Sí, correcto, y es capaz de cambiar la limitación.

DB: Eliminar parte de la limitación.

K: Cuando hay algo profundo, un problema o un reto profundo al que uno se está enfrentando.

DB: Podríamos agregar también que todos los métodos tradicionales que se han intentado para hacer esto, no pueden operar...

K: No han operado.

DB: Bueno, eso no es suficiente. Tenemos que decir —porque la gente quizás abrigara la esperanza de que podrían operar— que *realmente* no pueden hacerlo.

K: No pueden.

DB: Porque el pensamiento no puede alcanzar su propia base físico-química en las células y hacer algo con respecto a esas células.

K: El pensamiento no puede producir un cambio en sí mismo.

DB: Y, no obstante, prácticamente todo lo que la humanidad ha estado tratando de hacer se basa en el pensamiento. Hay, desde luego, un área limitada donde todo está muy bien, pero desde ese modo habitual de abordar los problemas, no podemos hacer nada con respecto al futuro de la humanidad.

K: Cuando uno escucha a los políticos, que tan activos están en el mundo, ve que crean problema tras problema, y que para ellos el pensamiento y los ideales son las cosas más importantes.

DB: Hablando en general, ninguno conoce otra cosa.

K: Exactamente. Nosotros decimos que el viejo instrumento que es el pensar se halla agotado, excepto en ciertos campos.

DB: Jamás fue adecuado, salvo en esas áreas.

K: Por supuesto.

DB: Y, hasta donde llega la historia, el hombre siempre ha estado en dificultades.

K: Siempre ha vivido en el infortunio, en la confusión y el miedo. Entonces, al enfrentarnos con toda la confusión del mundo, ¿puede haber una solución para todo esto?

DB: Eso nos trae de vuelta a la pregunta que me gustaría repetir. Al parecer, hay unas pocas personas que hablan de ello.

Y tal vez consideren que saben, o que meditan y esas cosas. Pero, ¿cómo va a afectar eso a esta vasta corriente de la humanidad?

K: Probablemente muy poco. Pero, ¿por qué habría de afectarla? Podría hacerlo o no. ¿Qué importa eso?

DB: Sí, ése es el punto. Pienso que hay un sentimiento instintivo que a uno le hace formular la pregunta.

K: Pero yo considero que es una pregunta equivocada.

DB: Vea, el primer impulso natural es decir: «¿Qué podemos hacer para detener esta tremenda catástrofe?»

K: Sí, pero si cada uno de nosotros, quienquiera que escuche, ve la verdad de que el pensamiento, en su actividad tanto externa como interna, ha creado una confusión terrible, un gran sufrimiento. Entonces debe preguntarse, inevitablemente, si existe una terminación para todo esto. Si el pensamiento no puede terminar con ello, ¿qué lo hará? ¿Cuál es el nuevo instrumento que pondrá fin a toda esta desdicha? Vea, hay un instrumento nuevo que es la mente, la inteligencia. Pero la dificultad es también que la gente no escuchará todo esto. Tanto los científicos como los profanos en la materia han llegado a conclusiones definidas y no escucharán.

DB: Sí, bueno, en eso estaba pensando cuando dije que unos pocos no parecen tener mucho efecto.

K: Desde luego. Pienso que, después de todo, unas pocas personas han cambiado el mundo —si para bien o para mal no es la cuestión—. Hitler y también los comunistas lo han cambiado, pero han vuelto al mismo patrón. La revolución física jamás ha cambiado psicológicamente el estado humano.

DB: ¿Piensa usted que es posible que un determinado número de cerebros, al entrar de este modo en contacto con la mente, podrán tener sobre la humanidad un efecto que está más allá del simple efecto inmediato y obvio de su comunicación? Lo que quiero decir es que, quienquiera que haga esto, puede comunicarlo del modo habitual y ello tendrá un efecto pequeño, pero que esta posibilidad implica algo por completo diferente.

K: Sí, correcto. Pero ¿cómo comunica uno —lo he pensado a menudo— esta sutil y muy compleja cuestión, a una persona empapada en tradiciones, condicionada, y que ni siquiera se tomará tiempo para escuchar esto, para considerarlo?

DB: Bueno, ése es el problema. Vea, uno podría decir que este condicionamiento no puede ser absoluto, que no puede tratarse de un bloqueo total, o de lo contrario no habría ninguna salida posible. Pero uno puede concebir el condicionamiento como dotado de alguna clase de permeabilidad.

K: Después de todo, entiendo que el papa no nos escuchará, pero el papa tiene una influencia tremenda.

DB: ¿Es posible que haya algo que toda persona estaría capacitada para escuchar, si ello pudiera encontrarse?

K: Si la persona tiene un poco de paciencia. ¿Quién escuchará? Los políticos no escucharán, los idealistas no escucharán, los totalitarios no escucharán, las personas profundamente versadas en religión no escucharán. Por eso, quizás una persona de las así llamadas ignorantes, que no está altamente educada ni condicionada por su carrera profesional, o por el dinero, el hombre pobre que dice: «Estoy sufriendo, por favor, terminemos con este»...

DB: ... pero él tampoco escucha, ya lo ve. Él quiere conseguir un empleo.

K: Por supuesto. Él dice: «Primero aliménteme». Hemos pasado por todo esto durante los últimos sesenta años. El pobre no escuchará, el rico no escuchará, el erudito no escuchará, y los creyentes religiosos profundamente dogmáticos no escucharán. De modo que esto tal vez sea como una ola en el mundo; podría atrapar a alguien. Pienso que la pregunta: «¿Afecta ello de algún modo?», es errónea.

DB: Sí, muy bien. Diremos que eso introduce el tiempo, lo cual implica devenir. Además, introduce a la psique en el proceso del devenir.

K: Sí. Pero si uno dice... ello *tiene* que influir en la humanidad...

DB: ¿Está usted planteando que ello influye en la humanidad de manera directa a través de la mente, antes que a través de...?

K: Sí. La acción puede no revelarse inmediatamente.

DB: Usted considera muy seriamente lo que dijo acerca de que la mente, siendo universal, no localizada en nuestro espacio habitual, no estando separada...

K: Sí, pero hay un peligro en decir esto, que la mente es universal. Es lo que algunas personas dicen de la mente, y eso se ha vuelto una tradición.

DB: Uno puede convertirlo en una idea, por supuesto.

K: Ése es justamente el peligro, a eso me refiero.

Sobre la mente y el pensamiento

DB: Sí, pero el verdadero problema es que tenemos que entrar directamente en contacto con eso para hacerlo real. ¿Correcto?

K: Así es. Sólo podemos entrar en contacto con ello cuando el yo está ausente. Para expresarlo de manera muy simple: cuando el yo no está, hay belleza, silencio, espacio; entonces esa inteligencia, que nace de la compasión, opera a través del cerebro. Es muy sencillo.

SAANEN, 25 DE JULIO DE 1983

Interlocutor: ¿Podríamos hablar acerca del cerebro y la mente? El pensar tiene lugar materialmente en las células cerebrales. O sea, el pensar es un proceso material. Si el pensar se detiene y hay percepción sin pensamiento, ¿qué ocurre con el cerebro material? Usted parece indicar que la mente está situada fuera del cerebro, pero ¿dónde tiene lugar la percepción pura si no es en alguna parte del cerebro? Y ¿cómo es posible que se produzca una mutación en las células cerebrales si la percepción pura no tiene conexión alguna con el cerebro?

Krishnamurti: ¿Han captado ustedes la pregunta? En primer lugar, el interlocutor habla de diferenciar entre la mente y el cerebro. Luego pregunta si la percepción pura está fuera del cerebro, lo cual significa que el pensar no es el movimiento de la percepción. Y plantea que, si la percepción tiene lugar fuera del cerebro, o sea, fuera del proceso del pensar, del recordar, ¿qué ocurre, entonces, con las células cerebrales mismas, que están condicionadas por el pasado? Y ¿habrá una mutación en las células del cerebro si la percepción se encuentra fuera de éste? ¿Está claro?

Comencemos, pues, con el cerebro y la mente. El cerebro es una función material, es un músculo como el corazón, ¿correcto?, y las células cerebrales contienen todos los recuerdos. Por favor, no soy un especialista del cerebro ni he estu-

diado a los expertos, pero he vivido un largo tiempo y he observado muchísimo, no sólo las reacciones de otros —lo que dicen, lo que piensan, lo que quieren decirme—, sino que también he observado cómo reacciona el cerebro. El cerebro ha evolucionado en el curso del tiempo desde la simple célula; tardó millones de años hasta que llegó al simio y siguió otro millón de años hasta que el hombre pudo erguirse y así, finalmente, se llegó al cerebro humano. El cerebro humano está contenido dentro del cráneo pero puede proyectarse más allá de sí mismo. Ustedes pueden estar sentados aquí y pensar en su país, en su hogar, y encontrarse instantáneamente allá —en pensamiento, no físicamente—. El cerebro tiene una capacidad prodigiosa, tecnológicamente ha hecho cosas extraordinarias.

El cerebro tiene, pues, una capacidad extraordinaria. Ha sido condicionado por la limitación del lenguaje, no por el lenguaje mismo sino por la limitación que implica el lenguaje; ha sido condicionado por el clima en que vive, por el alimento que ingiere, por la sociedad que lo rodea. Y esa sociedad ha sido creada por el cerebro, no es diferente de las actividades del cerebro. Éste ha sido condicionado por millones de años de experiencia, de conocimiento acumulado a base de esa experiencia; ese conocimiento es la tradición. Yo soy inglés, usted es alemán, él es hindú, él es negro, es esto, es aquello... toda la división nacionalista, que es una división trivial, y el conocimiento religioso. De modo que el cerebro está condicionado. Tiene una capacidad notable pero, debido a su condicionamiento, es limitada. No es limitada en el mundo tecnológico de los ordenadores y demás, pero es muy, muy limitada en relación con la psique. Desde la época de los griegos, de los antiguos hindúes, etc., se ha dicho: «Conócete a ti mismo». Se estudia la psique en otros, pero nadie estudia jamás su propia psique. Los psicólogos, los filósofos, los expertos, nunca se estudian a sí mismos. Estudian ratas, conejos, palomas, monos, etc., pero nunca dicen: «Voy a obser-

varme a mí mismo. Soy ambicioso, codicioso, envidioso, compito con mi vecino, con mis colegas científicos». Es la misma psique que ha existido durante miles de años, aunque exteriormente seamos maravillosos en lo tecnológico. Pero internamente somos muy primitivos, ¿verdad?

De modo que en el mundo de la psique, el cerebro es limitado, primitivo. Ahora bien, ¿es posible acabar con esta limitación? ¿Puede eliminarse toda esa limitación que es el yo, el sí mismo, el interés egocéntrico? Lo cual significa que el cerebro es, entonces, incondicionado. ¿Comprenden lo que estoy diciendo? Entonces no tiene miedo. Ahora casi todos nosotros vivimos con miedo, con ansiedad, atemorizados por lo que va a suceder, por la muerte, por muchísimas cosas. ¿Podemos extirpar completamente todo eso y afrontar la vida con frescura, de una manera nueva? De ese modo, el cerebro está libre y su relación con la mente es, entonces, por completo distinta. Lo cual significa ver que no quede vestigio del «yo». Y eso es extraordinariamente difícil, ese ver que el «yo» no penetre en ningún campo. El «yo» se oculta de muchos modos, se esconde bajo cada piedra, puede esconderse en la compasión, yendo a la India para ocuparse de los pobres... porque el «yo» está apegado a alguna idea, a la fe, a la conclusión, a la creencia, la cual me hace ser compasivo porque amo a Jesús o a Krishna y subiré al cielo. El «yo» tiene muchas máscaras, la máscara de la meditación, la máscara de alcanzar lo supremo, la máscara de la iluminación personal, la máscara de «yo sé de qué hablo». Todo este interés en la humanidad es otra máscara.

Uno ha de tener, pues, un cerebro extraordinariamente sutil y rápido para ver dónde se está escondiendo el «yo». Eso requiere gran atención, requiere observar, observar, observar. Ustedes no quieren hacer esto. Probablemente todos son demasiado perezosos o demasiado viejos y dicen: «¡Por amor de Dios!, todo esto no vale la pena, déjenme en paz». Pero si uno quiere de veras investigar esto muy a fondo, tiene que vi-

gilar como un halcón cada movimiento del pensar, cada movimiento de reacción de modo que el cerebro pueda librarse de su conocimiento. Quien les habla lo hace por su cuenta, no por cuenta de nadie más. Puede estar engañándose, puede tratar de aparentar ser esto o aquello, ¿comprenden? Podría estar haciéndolo, ustedes no lo saben. De modo que tengan una gran dosis de escepticismo, duden, cuestionen, no acepten lo que dicen otros.

Así, pues, cuando el cerebro no está condicionado, ya no se deteriora. A medida que ustedes envejecen, quizá no *ustedes*, pero cuando las personas van envejeciendo más y más, sus cerebros comienzan a agotarse, pierden sus recuerdos, se comportan de una manera peculiar... ya conocemos todo eso. La degeneración, que primero tiene lugar en el cerebro, no ocurre solamente en América. Y cuando el cerebro está completamente libre del «yo» y, por lo tanto, ya no está más condicionado, entonces podemos preguntarnos: ¿Qué es la mente?

Los antiguos hindúes investigaron la mente y postularon varias cosas al respecto. Pero descartando todo eso, no dependiendo de nada por antiguo o tradicional que sea, ¿qué es la mente?

Nuestro cerebro está constantemente en conflicto y, por lo tanto, hay desorden. Un cerebro así no puede comprender qué es la mente. La mente, no mi mente, *la* mente que ha creado el universo, la mente que ha creado la célula, la mente que es energía pura e inteligencia, puede tener una relación con el cerebro sólo cuando el cerebro está libre; pero si el cerebro está condicionado, no hay relación. (Ustedes no tienen que «creer» todo esto). Así, pues, la inteligencia es la esencia de esa mente; no la inteligencia del pensamiento, no la inteligencia del desorden, sino la inteligencia que es orden puro,

inteligencia pura y, por eso, es compasión pura. Y esa mente tiene una relación con el cerebro cuando el cerebro es libre.

¿Se están ustedes escuchando a sí mismos o sólo me escuchan a mí? ¿Hacen ambas cosas? ¿Están observando sus propias reacciones, la manera como trabaja el cerebro de ustedes? O sea, acción, reacción, de atrás para adelante, de adelante para atrás, lo cual implica que no escuchan. Escuchan sólo cuando se detiene esta acción-reacción; entonces hay un puro escuchar. Vean, el mar está en movimiento constante. La marea entra, la marea sale; ésta es su acción. Y con los seres humanos también tiene lugar esta acción y reacción. La reacción en mí produce otra reacción, y así sigue, para atrás y para adelante. Por consiguiente, cuando existe este movimiento es natural que no haya quietud. Sólo en la quietud pueden oír la verdad o la falsedad de algo, no cuando están moviéndose de acá para allá. Al menos vean intelectualmente, lógicamente, que si existe este movimiento constante, no están escuchando. ¿Cómo van a escuchar? Sólo cuando hay absoluto silencio pueden escuchar. ¿De acuerdo? Vean la lógica de ello. Y ¿es posible detener este movimiento de acá para allá? Quien les habla dice que es posible cuando se han estudiado a sí mismos, y entonces podrán decir que el movimiento se ha detenido realmente.

Y el interlocutor pregunta: Si la mente se halla fuera, no contenida en el cerebro, ¿cómo puede la percepción —que ocurre sólo cuando no hay actividad del pensamiento— producir una mutación en las células cerebrales, que son un proceso material?

Miren, mantengámoslo muy sencillo. Ésta es una de nuestras dificultades: jamás consideramos muy sencillamente una cosa compleja. Y ésta es una cuestión muy, muy compleja, pero debemos comenzar muy sencillamente para comprender algo muy inmenso. Empecemos, pues, de manera sencilla, simple. Tradicionalmente, ustedes han seguido cierto ca-

mino; en lo religioso, económico, social, moral, etc., se han movido durante toda la vida en cierta dirección. Supongamos que esto es lo que yo he hecho. Viene usted y me dice: «Mire, el camino que siguen todos ustedes no lleva a ninguna parte, sólo les traerá más infortunios, continuarán perpetuamente matándose unos a otros, tendrán enormes dificultades económicas», y me dan razones lógicas, ejemplos y demás. Pero yo digo: «No, lo lamento, ésta es mi manera de hacer las cosas». Y sigo por el mismo camino. La mayoría de las personas lo hace, el noventa y nueve por ciento de ellas sigue ese camino, incluyendo a los gurúes, a los filósofos, incluyendo a las personas recientemente realizadas, iluminadas. Y viene usted y dice: «Mire, ése es un camino peligroso, no vaya más allá. Vuélvase y vaya completamente en esta dirección». Y usted me convence, me muestra la lógica, la razón, la cordura de ello; y entonces me vuelvo y tomo una dirección totalmente distinta.

¿Qué ha ocurrido? Toda mi vida he estado yendo en una dirección, viene usted y me dice: «No vaya hacia allá, es peligroso, no lleva a ninguna parte. Tendrá más contratiempos, más aflicciones, más problemas. Vaya en otra dirección, las cosas serán por completo diferentes». Y yo acepto sensatamente su lógica, sus declaraciones, y me muevo en otra dirección. ¿Qué le ha sucedido al cerebro? Manténgalo así de simple. Iba en esa dirección, y súbitamente me muevo en otra dirección; las células mismas han cambiado. ¿Comprenden? He roto con la tradición. Es tan simple, tan sencillo como eso. Pero la tradición es muy fuerte, tiene todas sus raíces en la existencia presente y usted me pide que haga algo contra lo cual me rebelo; por lo tanto, no escucho. O, en vez de eso, escucho para descubrir si lo que usted dice es verdadero o falso. Quiero saber la verdad al respecto, no lo que dictan mis deseos, mis placeres, quiero saber la verdad acerca de ello; en consecuencia, siendo serio escucho con todo mi ser y veo que usted está completamente en

lo cierto. Me he movido, ¿correcto? En ese movimiento hay un cambio en las células del cerebro. Es tan simple como eso.

Vea, supongamos que practico la religión católica o hindú, y viene usted y me dice: «Mire, no sea tonto, todo eso es una insensatez. Son sólo tradiciones, palabras sin sentido, aunque las palabras hayan acumulado un sentido». ¿Comprende? De modo que usted señala eso y yo veo que lo que usted dice es la verdad; entro en acción, me libero de ese condicionamiento. En consecuencia, hay un cambio, una mutación en el cerebro. O he sido educado, todos lo hemos sido, para vivir con miedo; no sólo miedo con respecto a algo, sino miedo. Y usted me dice que eso puede terminar y yo, instintivamente, digo: «Demuéstrelo, descubramoslo juntos». Quiero averiguar si lo que usted dice es verdadero o falso, si el miedo puede terminar realmente. Así que empleo tiempo, lo discuto con usted, quiero aprender, descubrir, no que me digan lo que debo hacer; por lo tanto, mi cerebro está activo. Entonces, en el momento en que empiezo a investigar, a trabajar, a mirar y vigilar todo el movimiento del miedo, acepto lo que usted señala y digo: «Bueno, me agrada vivir con miedo», o me aparto de ello.

Esto es muy simple si tan sólo pudieran ustedes considerarlo muy sencillamente. Hay una mutación —para hacerlo un poco más complejo— en las células cerebrales mismas, no mediante esfuerzo alguno, no por medio de la voluntad o a causa de algún motivo, sino cuando hay percepción. La percepción ocurre cuando hay observación sin movimiento alguno del pensar, cuando hay un silencio absoluto de la memoria, la cual es tiempo, pensamiento. Miren algo sin que intervenga el pasado. Háganlo. Miren a quien les habla, sin todos los recuerdos que han acumulado acerca de él. Obsérvenlo, u observen de ese modo a sus padres, a sus esposas y maridos, a sus amigos, etc., no importa a quién, observen sin

que se introduzca en la observación ningún recuerdo del pasado, ninguna ofensa, ningún sentimiento de culpa y demás. Simplemente observen. Cuando observan así, sin prejuicio alguno, están libres de aquello que ya ha sido, están libres del pasado.

DE «*EL MUNDO DE PAZ*»,
BROCKWOOD PARK,
30 DE AGOSTO DE 1983

Todo cuanto estamos diciendo es: El pensamiento es necesario en ciertas áreas y no es necesario en otras. Requiere muchísima observación, atención, cuidado, descubrir dónde el pensamiento *no* es necesario. ¿Correcto? Pero nosotros somos muy impacientes, queremos llegar a ello rápidamente, como cuando tomamos un comprimido para el dolor de cabeza. Pero nunca descubrimos cuál es la causa del dolor de cabeza.

BROCKWOOD PARK, 25 DE AGOSTO DE 1984

Quien les habla, ¿está contándoles un cuento de hadas? ¿O está describiendo, estableciendo hechos? Y esos hechos son: No hay amor. Uno puede hablar de amor: «¡Oh, la amo tanto!» —ustedes conocen muy bien todo eso—. Y lo que hay en eso es dependencia, apego, miedo, antagonismo; gradualmente se introducen los celos, todo el mecanismo de la relación humana con sus angustias y temores, la pérdida y la ganancia, la desesperación, la depresión. ¿Cómo puede terminar todo esto de modo tal que tengamos una relación verdadera entre nosotros, entre el hombre y la mujer? ¿Por medio del conocimiento mutuo? Les ruego que lo miren, que lo consideren. Cuando digo que conozco a mi mujer, ¿qué significa eso? Cuando uno dice: «La conozco, ella es mi esposa (o mi amiga o lo que fuere)», ¿qué es lo que quiere decir? Todo eso, ¿es el placer, el dolor, la ansiedad, los celos, la constante lucha con sus ocasionales destellos de afecto? ¿Forma eso parte del amor? El amor, ¿es apego? Estoy formulando estas preguntas, examínenlas, descubran. Uno está apegado a su esposa, un apego tremendo. ¿Qué implica ese apego? No puedo habérmelas conmigo mismo; por lo tanto, dependo de alguien, ya sea mi esposa, algún psiquiatra o gurú, ¡y toda esa tontería! Donde hay apego, hay temor a la pérdida, un sentido profundo de posesión; en con-

secuencia, eso engendra miedo. Ustedes conocen todo esto.

¿Podemos, pues, considerar nuestra relación y descubrir el lugar que el pensamiento ocupa en la relación? Como dijimos, el pensamiento es limitado, lo cual es un hecho. Si en nuestra relación el pensamiento es un factor dominante, entonces es un factor limitativo; de modo que nuestra relación mutua es limitada y, por lo tanto, debe engendrar conflicto inevitablemente. Hay conflicto entre el árabe y el israelí porque cada uno de ellos se aferra a su propio condicionamiento, lo cual quiere decir que está programado; cada ser humano está programado como un ordenador. Sé que suena cruel, pero es un hecho. Cuando desde la infancia a uno le dicen que es un hindú, que pertenece a cierta categoría social o religiosa, uno queda condicionado y, por el resto de su vida, es hindú o inglés, francés, alemán, ruso o lo que fuere. Es así.

De modo que nuestra relación, que debería ser la cosa más extraordinaria en la vida, es una de las causas de desgaste. Estamos desgastando nuestra vida en el modo como nos relacionamos. Cuando ustedes vean esto realmente como un hecho, concédanle su atención, o sea, comprendan muy a fondo la naturaleza del pensamiento y del tiempo, la cual no tiene nada que ver con el amor. El pensamiento y el tiempo son un movimiento que tiene lugar en el cerebro. Y el amor está fuera del cerebro. Por favor, investiguen esto muy cuidadosamente, porque lo que está dentro del cráneo es muy importante; ver cómo funciona, cuáles son sus bloqueos, por qué es limitado, por qué existe este sentido de perpetuo parloteo, pensamiento tras pensamiento, una serie de asociaciones, reacciones, respuestas, todo el depósito de la memoria; y la memoria, obviamente, no es amor. Por lo tanto, el amor no puede estar, y no está, dentro del cerebro, del cráneo. Y cuando todo el tiempo, todos los días de nuestras vidas, vivimos tan sólo dentro del cráneo, pensando, pensando y pensando, problema tras problema, lo cual es vivir dentro de la limitación, eso debe engendrar, inevitablemente, conflicto e infelicidad.

DE «LA MENTE QUE NO MIDE», MADRÁS, 2 DE ENERO DE 1983

¿Qué es la compasión? No la definición de ella que uno puede buscar en un diccionario. ¿Qué relación hay entre el amor y la compasión? ¿O son el mismo movimiento? Cuando usamos la palabra «relación», ésta implica una dualidad, una separación, pero lo que preguntamos es qué lugar ocupa el amor en la compasión. ¿O el amor es la expresión más elevada de la compasión? ¿Cómo pueden ustedes ser compasivos si pertenecen a alguna religión, si siguen a algún gurú, si alimentan una creencia en algo, en sus Escrituras, etc., si están apegados a una conclusión? Cuando aceptan a su gurú, han llegado a una conclusión; o cuando creen firmemente en Dios o en un Salvador, en esto o en aquello, ¿puede haber compasión? Podrán hacer trabajo social, ayudar al pobre por piedad, simpatía o caridad, pero ¿es amor y compasión todo eso? Cuando uno comprende la naturaleza del amor, cuando uno tiene esa cualidad de la mente en el corazón, eso es inteligencia. *La inteligencia es la comprensión o el descubrimiento de lo que es el amor. La inteligencia no tiene absolutamente nada que ver con el pensamiento, con el ingenio, con el conocimiento.* Uno puede ser muy hábil en sus estudios, en su trabajo, puede ser capaz de argumentar con mucho ingenio y raciocinio, pero eso no es inteligencia. La inteligencia va junto con el amor y la compasión; y uno, como individuo sepa-

rado, no puede dar con esa inteligencia. La compasión no es de ustedes ni mía, tal como el pensamiento no es de ustedes ni mío. Cuando hay inteligencia, no existen el «yo» y el «tú». Y la inteligencia no reside en nuestro corazón o en nuestra mente. Esa inteligencia, que es suprema, está en todas partes. Es ella la que mueve la Tierra, lo cielos y las estrellas, porque esa inteligencia es compasión.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS Y RECONOCIMIENTOS

Del texto correspondiente a la plática pública en Seattle, 23 de julio de 1950; *Obras completas de J. Krishnamurti*, Volumen VI, © 1991, Krishnamurti Foundation of America (KFA).

Del texto correspondiente a la plática pública en Londres, 7 de abril de 1952; *Obras completas de J. Krishnamurti*, Volumen VI, © 1991, KFA.

Del texto correspondiente a la plática pública en Rajghat, 23 de enero de 1955; *Obras completas de J. Krishnamurti*, Volumen VIII, © 1991, KFA.

Del texto correspondiente a la plática pública en Rajghat, 6 de febrero de 1955; *Obras completas de J. Krishnamurti*, Volumen VIII, © 1991, KFA.

Del informe correspondiente a la plática pública en Ojai, 21 de agosto de 1955; *Obras completas de J. Krishnamurti*, Volumen IX, © 1991, KFA.

Del texto correspondiente a la plática pública en Rajghat, 25 de diciembre de 1955; *Obras completas de J. Krishnamurti*, Volumen IX, © 1991, KFA.

Sobre la mente y el pensamiento

Del texto correspondiente a la plática pública en Bombay, 28 de febrero de 1965; *Obras completas de J. Krishnamurti*, Volumen XV, © 1992, KFA.

De *La verdadera revolución*, © 1970, J. Krishnamurti.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Saanen, 23 de julio de 1970, © 1970/1993, Krishnamurti Foundation Trust Ltd. (KFTL).

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Saanen, 26 de julio de 1970, © 1970/1993, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Saanen, 18 de julio de 1972, © 1972/1993, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Saanen, 20 de julio de 1972, © 1972/1993, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Brockwood Park, 9 de septiembre de 1972, © 1972/1993, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Saanen, 15 de julio de 1973, © 1973/1993, KFTL.

De *Krishnamurti y la educación*, © 1974, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Saanen, 28 de julio de 1974, © 1974/1993, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Saanen, 24 de julio de 1975, © 1975/1993, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Saanen, 13 de julio de 1976, © 1976/1993, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Madrás, 31 de diciembre de 1977, © 1977/1993, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Madrás, 7 de enero de 1978, © 1978/1993, KFTL.

De la plática pública correspondiente a la sesión de preguntas y respuestas en Ojai, 15 de mayo de 1980, © 1980/1993, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a una conversación con el profesor David Bohm en Brockwood Park, 14 de septiembre de 1980, © 1980/1993, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Ojai, 3 de mayo de 1981, © 1981/1993, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Rajghat, 25 de noviembre de 1981, © 1981/1993, KFTL.

De *El ruturo de la humanidad*, © 1986, KFTL.

De la grabación magnetofónica correspondiente a la sesión de preguntas y respuestas en Saanen, 25 de julio de 1983, © 1983/1993, KFTL.

De *El mundo de paz*, correspondiente a la sesión de preguntas y respuestas en Brockwood Park, 30 de agosto de 1983, © 1985, KFTL.

Sobre la mente y el pensamiento

De la grabación magnetofónica correspondiente a la plática pública en Brockwood Park, 25 de agosto de 1984, © 1984/1993, KFTL.

De *La mente que no mide*, © 1983, KFTL.

SUMARIO

<i>Prólogo</i>	9
Seattle, 23 de julio de 1950	11
Londres, 7 de abril de 1952	13
Rajghat, 23 de enero de 1955	16
Rajghat, 6 de febrero de 1955	21
Ojai, 21 de agosto de 1955	22
Rajghat, 25 de diciembre de 1955	27
Bombay, 28 de febrero de 1965	28
De « <i>La verdadera revolución</i> »	30
Saanen, 23 de julio de 1970	34
Saanen, 26 de julio de 1970	42
Saanen, 18 de julio de 1972	50
Saanen, 20 de julio de 1972	58
Brockwood Park, 9 de septiembre de 1972	71
Saanen, 15 de julio de 1973	75
De <i>Krishnamurti y la educación</i>	76
Saanen, 28 de julio de 1974	77
Saanen, 24 de julio de 1975	78
Saanen, 13 de julio de 1976	82
Madrás, 31 de diciembre de 1977	84
Madrás, 7 de enero de 1978	87
Ojai, 15 de mayo de 1980	95
Conversación con David Bohm, Brockwood Park, 14 de septiembre de 1980	99
Ojai, 3 de mayo de 1981	118

Sobre la mente y el pensamiento

Rajghat, 25 de noviembre de 1981	129
De <i>El futuro de la humanidad</i> , 20 de junio de 1983 ..	135
Saanen, 25 de julio de 1983	161
De <i>El mundo de paz</i> , Brockwood Park, 30 de agosto de 1983	169
Brockwood Park, 25 de agosto de 1984	170
De <i>La mente que no mide</i> , Madrás, 2 de enero de 1983	172
Fuentes bibliográficas y reconocimientos	175